

LA FAMILIA BERNARDI

la

novia

DESAPARECIDA DEL JEFE

PARTE II

MAFIA ROMANCE

de la autora de bestsellers

AMELIA GATES

The background of the entire page is decorated with several detailed line drawings of roses. There are roses in the top left, top center, top right, middle left, middle right, bottom left, bottom center, and bottom right, creating a symmetrical floral pattern around the central text.

the
missing
BRIDE

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)

UNO

Aclan

Cuando tenía siete años, vi morir a una cierva. Vi cómo la bala atravesaba su piel suave y morena y se alojaba en su cuerpo. Vi cómo la sangre empañaba el blanco de su carne hasta llegar al suelo del bosque. Le habían disparado en el cuello. *Un buen tiro para que mueran rápidamente*, había dicho mi padre. Aciértale en una arteria y la pequeña bestia ni sufrirá.

Mi padre siempre ha sido un fanfarrón e, incluso ahora, recuerdo que pensaba que eso era exactamente lo que hacía cuando cogió su arma y apuntó bajo... fanfarronear. Pero yo era solo un niño y no necesitaba que mi padre matara un ciervo delante mis ojos para creer que era superhéroe. Pensaba que era guay por otras razones, le respetaba por otras razones. Como la forma en que podía levantarnos a mi hermano y a mí al mismo tiempo y hacernos girar hasta que estábamos tan mareados que creíamos que íbamos a vomitar. La forma en que todavía podía llevar a mamá en brazos a la cama cuando se quedaba dormida en el sofá. Esa era toda la fuerza de la que necesitaba fanfarronear. Pero no, allí estábamos nosotros y allí estaba él, esperando ganarse respeto desangrando a un animal.

El ciervo cayó, pero no murió. Con cada fibra de su ser, luchó por sobrevivir, soltando la clase de ruidos que oí en mis pesadillas durante semanas. El cervatillo detrás de ella se quedó mirando. Dos pequeños ciervos mirando a los faros del tren descarrilado de su madre.

Siempre he respetado a mi padre. Saltaba cuando su voz se elevaba una octava por encima de lo normal. Medía mi tono al responder a sus preguntas y terminaba siempre cada frase con un «señor».

Sí, señor.

No, señor.

Me gustaría un helado de chocolate, señor.

Cuando nos detuvimos junto al cuerpo del ciervo, más rojo que marrón en ese momento, mi respeto se convirtió en un miedo escalofriante.

¿Qué clase de hombre podía disparar a un animal delante de sus hijos? ¿Qué clase de monstruo podía mirar a una criatura tan hermosa e inofensiva y decidir que tenía que morir?

No éramos cavernícolas y mi familia no comía carne de ciervo. El cazar era solo por diversión, porque podíamos. Solo porque estábamos mejor equipados con nuestros rifles y nuestras balas y nuestros hobbies carentes de alma.

Tenía siete años la primera vez que fui a cazar con mi padre y tenía siete años la última vez que fui a cazar con nadie. Cada invitación que me hicieron después de aquel día era recibida con todo tipo de enfermedades. Diarrea. Vómitos. Dolor de cabeza. Estar incubando una gripe. Utilicé todas las excusas posibles, sin tener el valor suficiente a una edad tan temprana para decir las cosas como eran. Cuando te crías en una familia como la mía, haces las cosas que hacen los hombres. Te deleitas ante la menor muestra de sangre y floreces en la capacidad de demostrar a animales y hombres por igual que eres el ser más fuerte y dominante.

A los siete, ocho y nueve años, me importaba un carajo la dominación. Siempre hubo una parte de mí que despreció a la familia en la que me crie. Por fuera parecíamos buena gente. Ataviados con nuestros trajes de diseño y nuestros coches de lujo. Hablábamos el idioma de los nativos con tan solo un ligero acento italiano. En apariencia, éramos educados y respetuosos. Los niños nunca olvidaban sus «por favor», «gracias», «señora» y «señor». Bajo esa superficie, los adultos eran letales y los niños acabarían siéndolo.

Fui a clase con otras familias de mafiosos, pero también con hijos de médicos, abogados y violinistas, cuyos padres no mataban ciervos a tiros. Salvaban vidas y luchaban por la justicia. Permitían a sus hijos seguir sus sueños en lugar de tener todo su futuro planeado desde el momento en que respiraban por primera vez.

En algún momento, mi padre dejó de pedirme que fuera a cazar con él. Imaginé que sabía lo que pasaba. Al fin y al cabo, había sido él quien me había sujetado las manos para que dejaran de temblarme después de que aquel día él metiera la última bala en el cuerpo del ciervo.

Al mirarme ahora las manos, me doy cuenta de que me tiemblan tanto como cuando vi a aquella criatura desesperanzada exhalar su último aliento y a su cervatillo dispersarse por el bosque, desesperado por no correr la misma suerte.

Me miro las manos y sé que me parezco a mi padre más de lo que jamás pensé que podría llegar a parecerme. Que soy capaz de cosas aún peores que las que mi padre había hecho aquel día. He matado, pero nunca me ha gustado, nunca lo he ansiado. Era parte de un trabajo que había que hacer si no quería ser la persona para la que se planeaba el funeral.

A cada paso que doy, me imagino que otro Caruso tendrá que dar un paso al frente para verme ejecutar al cabeza de su familia. Primos, nietos, sus propios hijos. Ningún miembro de la familia quedaría excluido. Imagino sus lamentos, sus súplicas. Imagino el dolor que veré en los ojos de Ava cuando tenga que limpiar de los labios la materia cerebral de su propio padre. Imagino la sonrisa que se esbozará en mis propios labios cuando acabe con cada uno de los miembros de la familia Caruso, uno... por... uno...

Los gritos de mi hermana rasgan el aire, empujando mis pensamientos a asuntos más importantes. Como el hecho de que no puedo encontrar a mi Kailyn. Que no puedo encontrar a mi hijo. Que el amor de la vida de Maria no es más que un cuerpo frio esperando a que lo lleven a la morgue.

El nudo de mi estómago se aprieta dolorosamente mientras me paseo como un loco, corriendo de habitación en habitación, mirando debajo de cada puta cama, dentro de cada armario y detrás de cada puerta. Pero Kailyn no conoce este lugar como yo. Tímida como se mostró cuando se le pidió que subiera, dudo que se atreviera a curiosear por las profundidades de la casa de mis padres. Pero espero que lo haya hecho. Para salvar la vida de su hijo, una madre haría cualquier cosa, ¿no?

Kailyn, por favor dime que te estás escondiendo.

Por favor, dime que has cogido a Tommy y agachado en los rincones más profundos. Que te aterroriza salir hasta que tengas la certeza absoluta de que no hay moros en la costa.

Cada músculo de mi cuerpo siente la verdad de la situación, pero no me rindo todavía. Sigo adelante, aunque como un demente, mientras doblo cada esquina. Al ver un cuerpo en la cama de la habitación de invitados, entro corriendo con el corazón en un puño.

Jason.

Tiene la cara vuelta hacia el cielo, como si admirara el centelleo de las estrellas a través del techo de cristal. Sus ojos, sin embargo, sólo están entreabiertos. Parece congelado en el tiempo, sin vida nadando en su interior.

Otra piedra se deposita en el fondo de mi estómago al prever lo peor. Me abalanzo sobre él en un instante. Intento tomarle el pulso, pero no tengo los dedos lo bastante firmes cuando los aprieto contra el interior de su muñeca. Sabiendo que no lograré calmarme, me rindo y me dedico a buscar sangre, señales de muerte y esperando toparme con vida. Le sacudo y arreó una bofetada con la palma abierta. Grito su puto nombre. Me imagino lo despacio que arrancaré cada uno de los dedos de David Caruso de su puto cuerpo viscoso si otro miembro de nuestra familia aparece muerto. No, lo de arrancarle los miembros del cuerpo ya formaba parte del plan. Pensaré en un castigo peor que la muerte porque sólo entonces sentiré que me he acercado a la venganza apropiada.

No hay sangre en el cuerpo de Jason ni en las sábanas que lo cubren. Vuelvo a sacudirlo, rogándole que esté vivo, joder. Ya tengo una hermana destrozada, no necesito que otra pase por lo mismo. Y Rosie... por muy mal padre que Jason haya sido a veces, esa niña no se merece crecer sin el suyo.

Aprieto el cuello de Jason con los dedos y vuelvo a comprobar si tiene pulso. Pero no siento nada, salvo la rabia que me recorre el cuerpo.

Y entonces, de la nada, aspira una silbante bocanada de aire y su cuerpo se dispara como un resorte sobre la cama.

Un suspiro de alivio sale de mis labios. Puede que no sea mi persona favorita en el mundo,

pero es de la familia. Un inútil y arrogante que mi hermana lloraría. Que su hija lloraría.

—¿Qué? ¿Qué está pasando? —murmura, arrastrando la voz, nadando en su colocón.

Me hierve la sangre. Necesitamos tantas manos y ojos como podamos reunir, pero este conjunto concreto de ojos y manos no nos sirve de nada a ninguno.

Le agarro por los hombros, tiro de él hacia mí para que pueda saborear las palabras mientras se las escupo.

—¡Leonard ha muerto, tu niñera ha recibido un puto puñetazo en la cara y mi mujer y mi hijo han desaparecido! Eso es lo que pasa. —Se desploma y lo sujeto con firmeza, tirando de él hasta ponerlo en pie. No importa cuánto se tambalee, no dejaré que se caiga con la rabia y la desesperación que fluyen por mi cuerpo—. ¿No has oído nada? ¿Viste entrar a alguien? ¿Viste salir a alguien?

Jason cierra los ojos con fuerza como si intentara alejar el colocón. Cuando vuelve a abrirlos, no está ni más ni menos sobrio que al principio de esta terrible experiencia. En la puta casa de mis padres. ¿En serio? ¿No era que iba a ponerse mejor? ¿Que estaba a nada de estar limpia? Que estaba yendo a terapia y haciendo yoga y hablando de sus problemas en vez de tratar de adormecerlos. Todo putas mentiras. Como siempre que abre la boca.

Sacudo la cabeza, sabiendo muy bien que lo que Isolde me ha contado no eran más que ilusiones de su parte. Más mentiras de Jason cuando ella amenazó con irse. Pero joder, tiene una mujer y una hija y todo el apoyo que pueda necesitar. Rosie debería ser toda la motivación que necesita para mejorar, pero en cambio está atrapado aquí, una sombra de sí mismo y un estorbo para la familia en un momento en que nos vendría de lujo unas putas manos extra.

—Ponte las putas pilas —le advierto.

Le empujo de nuevo a la cama y vuelvo a salir de la habitación, corriendo como un puto pollo sin cabeza.

No soy el único.

Los guardias continúan peinando la casa, con la tensión evidente en cada uno de sus movimientos. Con los hombros erguidos, las armas apuntando al frente y la decepción palpitando en sus mandíbulas cuando, una y otra vez, no encuentran nada. Lo único que conseguimos encontrar es al personal de servicio y a los familiares que ya he visto y con los que he hablado.

La devastación se extiende por toda mi familia cuando la noticia del fallecimiento de Leonard llega al piso de abajo. No es que hiciera falta usar las palabras para contar lo que ha pasado, los gritos agónicos de Maria se bastan por sí solos.

Puedo sentir cómo la furia enciende un fuego en mi pecho. Siento las lágrimas amenazando con llegar al frente de mis ojos. Me mata no poder estar ahí para ella, no poder abrazarla y prometerle que todo irá bien. Porque incluso si hiciera esas promesas, serían mentiras. Da igual lo que haga, no puedo traer a Leonard de vuelta. En cuanto a mi mujer y mi hijo, no tengo ni idea de dónde están.

Ponemos la casa patas arriba, no una, sino dos veces, antes de que la policía nos honre con su

presencia. Las sirenas desatan una tormenta en la noche y las luces rojas y azules centellean sobre el césped. La ambulancia se pone en marcha y alcanza a los coches de policía. Se detiene con un chirrido sobre la hierba, a pocos metros de la escalinata, creando una imagen que sé que no olvidaré en mucho tiempo.

Esta noche debería haber sido diferente. En lugar de ser nuestro hogar el que se llenara con este tipo de caos, debería ser Caruso el que se enterrara la cara entre las manos y se lamentara como lo está haciendo mi hermana. Tarde o temprano, recibirá su puto merecido. Me aseguraré de ello.

Toda la finca está a reventar de policías y paramédicos uniformados. Los empujo para registrar yo mismo el exterior de la propiedad. Puede que sepan buscar a personas desaparecidas, pero no les importa tanto como a mí. No buscarán hasta debajo de las piedras como yo.

Uso la linterna del móvil para iluminar el camino de lado a lado, rezando a todos los dioses existentes para encontrar algo. Cualquier cosa. Cuando mis plegarias no son respondidas lo bastante rápido, maldigo al hombre de ahí arriba por joderme siempre. Por no darme nunca un maldito respiro. Y entonces, cambiando de idea, empiezo a rezar de nuevo. Esta vez para no encontrar nada porque encontrar algo da credibilidad a la idea de que Caruso se escapó con Kailyn y Tommy. Que entró y salió con dos cuerpos de más. Que entró en nuestra casa sin que ninguno de nosotros lo supiera y se marchó con la victoria asegurada de mi caída.

Llego a la parte trasera de la casa, con el teléfono aún en la mano y abriéndome paso entre los rosales de mi madre. Las espinas me arañan los brazos mientras sigo sin encontrar nada y sin poder respirar.

—Kaaailyn —bramo, con la garganta en carne viva, una rabia pura y una desesperación extrema.

Cuando llego justo debajo del dormitorio de la infancia de Isolde, siento como si alguien me hubiera arrancado el mundo entero bajo los pies. Hay huellas de zapatos y rosales desordenados de una manera que me hace pensar que quienquiera que haya entrado aquí lanzó a mi mujer y a mi hijo por la puta ventana.

Casi puedo ver el diminuto cuerpo de Tommy volando por los aires. Casi le oigo aterrizar con un ruido sordo al caer en el suelo. Miro hacia la ventana y calculo la distancia a la que habrían caído. No es mucha. No es una distancia mortal. Pero de aterrizar de mala manera podrían haberse roto un hueso. Y los cojones les va a dar su secuestrador la atención médica que puedan necesitar. No, no. No puedo pensar así. Tienen que estar bien. ¿Qué clase de dios permitiría que aparecieran de la forma en que lo hicieron, tan de la nada, sólo para que me los arrebataran en un instante?

Alejo de mi mente las imágenes de los cuerpos destrozados de Tommy y Kailyn, de ellos encogiéndose de dolor, suplicando ayuda y viendo cómo ésta no llega.

—¡Jodeeer!

—Ace. —La voz detrás de mí suena lo más tranquila que le he oído nunca y al sentir su

mano en mi hombro, me giro.

—Se los ha llevado, joder —digo, con los ojos llenos de lágrimas mientras miro a mi hermano mayor.

Llevo años sin llorar, desde que Kailyn se fue. No quiero tener una puta razón para llorar hoy.

Dicen que aquello que mandas al universo es lo que recibes de él. Pero por mucho que quiera mantener mis pensamientos positivos, no nada que me dé el más mínimo puto atisbo de esperanza.

—No están aquí, Fred. Caruso se los ha llevado, joder.

La vena a un lado de su cabeza hace tictac como una bomba de relojería, pero, aun así, no flaquea la tranquilidad en su voz.

—Cálmate, hermanito. Los encontraremos —promete.

Vivos o muertos, quiero preguntar, pero está eso del universo y, aunque no sea supersticioso, no quiero tentar a la puta suerte. Me limito a asentir con la cabeza y ambos dejamos que el silencio nos carcoma mientras intentamos procesarlo, hacer planes intentar arrastrarnos hasta la salida del caos y la entrada de la estrategia.

—Algo no me cuadra —acaba diciendo Fred. Me giro y veo que ahora me da la espalda. Sigo su mirada hacia el agujero entre los arbustos—. El perímetro era bastante seguro. ¿Cómo sabían qué habitación atacar? ¿Cómo sabían que el resto estaríamos abajo? ¿Cómo es que nadie oyó nada?!

—Ese fue su plan en todo momento —respondo—. En cuanto Ava me vio con Kailyn y Tommy, fue a contárselo a su papaíto, que decidió arrastrar a toda la puta familia a la guerra... Tiene a mi mujer y a mi hijo, Fred. A mi mujer y a mi hijo.

Su mano vuelve a posarse en mi hombro.

—Lo peor de esto es que tuvieran ayuda desde dentro. Alguien les ayudó. Alguien de los nuestros permitió que este hijo de puta entrara en la casa familiar y lo pusiera todo patas arriba.

Ahora sí que tenía mi atención.

—¿Qué te hace pensar eso?

Mi hermano me chasquea los dedos en la cara.

—¿No estabas escuchado ni una palabra de lo que he dicho? Los Caruso no se presentarían aquí sin saber con certeza que podrían entrar. Y, más aún, que la familia estaría distraída, separada.

—Podrían llevar planeando esto mucho tiempo —digo, negándome a creer que alguien de nuestro bando haya permitido esta barbaridad.

—En cierto sentido, sí. Pero, como te estoy diciendo, les ha salido todo demasiado bien.

—Da la impresión de que tengas en mente quién podría ser la rata. —Fred se rasca un lado de la cabeza y el más sombrío de los pensamientos se aparece en mi cabeza—. Te voy a meter un puño en toda la cara si intentas sugerir que Kailyn tuvo algo que ver con esto.

—¿Y que se secuestró a sí misma? ¿Puso a su hijo en peligro? A tu hijo. Nadie está señalando a Kailyn, ella sabe muy bien que los Caruso fueron los responsables de la muerte de su padre. Ni borracha se pensaría que largarse con esos cabronazos sería una buena idea. Además, el niño es lo único con lo que podrían amenazarla y hasta que entraron en nuestra casa, el niño estaba a salvo.

Dejo escapar un suspiro de alivio, sin saber por qué iba a pensar que mi propio hermano se volvería contra mí en un momento así.

—Los encontraremos —me promete—. Y sea quien sea la rata, también le encontraremos.

DOS

Kailyn

Los niños estaban que se caían del sueño, pero le daban esquinazo como sólo los niños saben hacerlo. Sus risas se aferraban a los hilos de los bostezos y sus piernecitas correteaban de un lado a otro, moviéndose cada vez más despacio.

Aunque siempre he sido muy estricta con lo de mantener unos horarios a la hora de acostarse, no me importó que Rosie y Tommy se quedaran despiertos hasta tan tarde. Me alegraba ver que Tommy se divertía y aún mejor era saber que tenía una familia con la que podía divertirse.

Nuestras vidas eran muy diferentes cuando sólo éramos él y yo. No puedo contar las noches que me disculpé en silencio por no poder ofrecerle más. No en el sentido de no poder ofrecer juguetes u objetos materiales, sino familia. No podía confiar en mi madre, mi padre había muerto., no tenía hermanos ni primos de los que pudiera aprender, ni quedadas para jugar con otras madres o amigas de la infancia con hijos con las que pudiera tomar un café mientras nuestros hijos pasaban el rato. Durante mucho tiempo, solo habíamos sido Tommy y yo. Había sido suficiente, pero lo suficiente no siempre es lo mejor.

Estar aquí, en casa de los Bernardi, era diferente y en poco tiempo él y Rosie se habían convertido en uña y carne, tramando travesuras en todo momento. Vi cómo florecía la personalidad de Tommy, cómo su sonrisa se extendía hasta límites nunca vistos.

Puede que muchas cosas hubieran ido mal, pero esto... esto iba bien. Mientras Tommy estuviera a salvo, yo era feliz. Mientras Tommy fuera feliz, yo también podría serlo. Al menos mientras pudiéramos escapar del resto del caos de hoy.

Ace estaba abajo, recibiendo los regaños de su familia por actuar con imprudencia. Ni de broma podía haber pensado que esta era la mejor solución. Claro que estamos hablando de la mafia, ellos manejan las cosas de manera diferente a nosotros, la gente corriente.

En la compañía de Tommy, Rosie y Lola, era fácil olvidarse de Ace y de los problemas que había causado.

Lola estaba sentada a mi izquierda, disfrutando del momento quizás tanto como yo. La tensión en el piso de abajo era palpable. Pero qué milagro son los niños; su risa nos ofreció refugio escondidas a escasos metros por encima del caos. Sus risitas eran música para nuestros oídos.

Abrí mucho los brazos y Lola me imitó. Y, como habíamos estado haciendo durante los últimos quince minutos, cogí a Tommy en brazos cuando vino corriendo a toda velocidad hacia mí.

Lola hizo lo mismo con Rosie. Las risas reinaban en el ambiente y no me cansaba de oírlas.

Volvimos a poner en el suelo a Rosie y Tommy. Sin detenerse, se dirigieron hacia la puerta del dormitorio y se escondieron tras la esquina. Se oían sus pies descalzos golpeando el suelo de madera cuando volvían a entrar, ansiosos porque los levantásemos en volandas y los hiciésemos girar en el aire de nuevo.

—Sólo una vez más —dije, presionando las palmas de las manos contra las mejillas enrojecidas de Tommy—. A mamá se le pueden caer los brazos si sigo dándote vueltas así.

Le agarré por debajo de los brazos y, con toda la energía que pude reunir, le di una buena vuelta. Chilló entre risitas y me suplicó más cuando lo volví a bajar.

Dios, qué mayor se estaba haciendo. Parecía que fue ayer cuando estaba pegado a mí y lo sentía como una segunda piel cuando lo acunaba para dormir y lo llevaba de aquí para allá como si no pesara más que una pluma.

—Sólo una vez más, mami. —Tommy sonrió mientras cogía la mano de Rosie entre las suyas. Los dos salieron de la habitación sonriendo, bostezando y balbuceando como locos.

—Esto cuenta como ir al gimnasio —dije, volviéndome hacia Lola.

—Esta una vez más se convertirá en otra vez más —se burló la chica—. No pararán hasta agotarte hasta el último bocado de energía.

—Pues estoy agotada desde que subimos. —Me reí entre dientes—. ¿Crees que si nos acurrucamos en la cama y fingimos dormir se nos unirán?

Esperé una respuesta, pero no la hubo. En su lugar, el rostro de Lola se transformó en una máscara de horror y se desvaneció todo color de sus mejillas. A pesar del miedo que sentía, seguí su mirada, con el corazón golpeándome el pecho cuando sus ojos me llevaron hasta la puerta del dormitorio, hacia donde estaban Tommy y Rosie. Y el hombre enmascarado que sujetaba a mi hijo en brazos y le apuntaba con una pistola a la cabeza. Intenté gritar, pero sentí como si me hubieran succionado todo el aire de los pulmones y, aunque separé los labios, no salió ni un solo sonido.

Miré al otro hombre que atravesaba el marco de la puerta. Era grande, como una montaña convertida en ser humano, con músculos tan duros que se podría partir una nuez con ellos. Tenía la palma de la mano sobre la nariz y la boca de Rosie. La niña gritaba, pero el sonido quedaba amortiguado y apenas se oía. Tenía los ojos desorbitados y unas lágrimas del tamaño de gotas de lluvia le brillaban en las mejillas.

Me puse en pie en un instante. Mi primer instinto fue hacer lo que fuera necesario para liberar a Rosie y Tommy de sus garras, gritar a Ace en busca de auxilio, maldecir a Dios por permitir que algo así sucediera... Pero me detuve tan rápido como había empezado a moverme.

—Si no quieres que le meta una bala en el cerebro, vas a venirte con nosotros sin hacer ni un ruido —siseó el hombre, con voz tranquila pero peligrosa.

Con Tommy bien agarrado y la pistola aún más apretada contra la sien de mi hijo, se adentró en la habitación e indicó con la cabeza al otro hombre que le siguiera. Justo en ese momento, oí el crujido de una puerta al abrirse.

Lo primero que pensé fue que alguien de abajo había oído el alboroto. Fred, Ace o Marco. La esperanza despertó algo peligroso en mí mientras rezaba para que todo esto terminara antes de que pudiera empezara siquiera. He oído lo que se cuenta de la familia Bernardi: que no hay que meterse con ellos, que son justos pero consecuentes. Esas consecuencias eran a menudo brutales y me ponían los pelos de punta, sabiendo que el hombre al que amaba formaba parte de algo así. Ahora mismo, sin embargo, me llenaba de esperanza. En cuanto Ace viera lo que estaba pasando, haría lo que fuera necesario para garantizar la seguridad de Tommy.

Debería haber sabido, sin embargo, que mi vida nunca es tan sencilla. Los hombres que acababan de irrumpir en la habitación también debieron de oír el movimiento, porque se apartaron de la puerta justo cuando Maria y Leonard aparecieron a la vista.

No podía gritar. No podía advertirles. Pero esperaba que la expresión de mi cara fuera suficiente para que se dieran la vuelta, para que echaran a correr escaleras abajo y pidieran ayuda. Para que hicieran cualquier cosa menos entrar en esta habitación.

Las pistas que intentaba darles con mi cara no fueron lo suficientemente claras. Maria vio el horror en mis ojos y ese horror hizo que viniera aún más rápido a pesar de que yo sacudiera la cabeza para decirle que hiciera todo lo contrario. A pesar de que moví los labios para decirle que *corriera*. Fue la primera en entrar en la habitación, seguida de Leonard. Lo hicieron despreocupadamente, sin esperar en absoluto el horror al que estaban a punto de enfrentarse. El hombre que sujetaba a Rosie empujó la puerta con el pie, encerrándonos a todos en aquel espacio desamparado.

No sé quién se movió primero, pero lo que sí sé es que se desató el caos. El cuerpo de Rosie cayó con un ruido sordo cuando el enmascarado levantó la mano y dejó a Maria inconsciente.

Leonard estaba en modo ataque, pero su tamaño no era rival para el del otro hombre. Mientras que a Ace y a sus hermanos se les notaba la mafia, a Leonard no. Estaba tonificado, pero no era voluminoso, era de voz suave y manos ligeras. Era la clase de tío al que verías sentado detrás de un ordenador y no empuñando un arma. Pero a la hora de defender a su amor, dio todo lo que tenía. A pesar de todo, Leonard sólo consiguió asestarle un puñetazo y se acabó el juego.

Me quedé helada. Mis ojos iban de Tommy a Leonard, que luchaba por ponerse en pie, que tenía encima a un hombre a horcajadas que no tenía intención de dejarle libre y que estaba

dándole una paliza de muerte con la culata de la pistola.

Sabía que mi hijo corría peligro si me movía. Sabía que podían hacerle daño, pero el cabrón ya le estaba haciendo daño a Leonard y no paraba. Le arreaba con saña, ignorando por completo el hecho de que Leonard ya no se movía.

Abandoné toda razón y me lancé sobre él. Le distraje, sí, pero con poco esfuerzo me mandó volando en la otra dirección y volvió a centrarse en Leonard. Así que me lancé sobre él de nuevo. Intenté apartarle los brazos, le di con los puños a todas las partes de su cuerpo que pude alcanzar. Y todas y cada una de las veces, el resultado era el mismo. Era como una mosca intentando derribar a un toro. Al final, el otro toro de la sala se cansó de ver el espectáculo y lo siguiente que sentí fue el acero de una bota directo a mis costillas.

Mis brazos se dispararon para calmar el dolor y me hice un ovillo, suplicándole que parara, suplicándole que me mirara, que me cogiera a mí si eso era lo que quería, pero que dejara a Leonard en paz. Ya no era una amenaza. Ya ni siquiera *se movía*.

El hombre era como una máquina. Tenía un trabajo entre manos y no iba a parar hasta terminar. Me recordaba a esas historias sobre gente que se ve arrastrada a la parte trasera de un camión de la basura. Moler, moler, moler, hasta que no quedaba nada por moler. Había ira tras cada acción del hombre cuando bajó el arma, salpicando la sangre de Leonard por todas partes e incluso entonces, no se detuvo.

Oí un hipido cuando Lola hizo todo lo posible por contener las lágrimas. Mientras que mi rebelión no le hizo perder el rumbo, el hipo de Lola sí le desconcentró. Fue ese único sonido lo que hizo que el hombre fijara la mirada en Lola. La chica supo antes de que él diera un solo paso que ella era el siguiente objetivo.

Por instinto, mi cuerpo se movió para protegerla. Me puse de nuevo en modo pelea antes de que me recordasen rápidamente que luchar solo me traería más dolor.

—Ni un centímetro más —dijo el hombre que tenía a Tommy. Ahora se cernía sobre mí, listo para detenerme si me atrevía a hacer un movimiento en falso.

Apretó aún más el arma contra la sien de mi hijo y me quedé helada. Los ojos de Tommy gritaban de terror, las lágrimas le corrían por las mejillas y los dientes le castañeteaban mientras intentaba mantener la compostura. Mi niño fuerte. Mi niñito fuerte y asustado.

Oí movimiento a mi lado y, por el rabillo del ojo, vi a Lola abandonar su sitio en el suelo. Oí el golpe de un puñetazo que la hizo caer de nuevo sobre la cama.

No podía gritar. Todo pasó muy rápido.

—Si alguna de las dos hace ruido, estáis muertas —dijo el hombre, señalando la ventana.

El hombre que llevaba a Tommy en brazos se apresuró hacia la ventana y la abrió con facilidad. El otro me rodeó el cuello con el brazo y me arrastró. Me gustaría decir que luché contra él, que forcejeé para liberarme. Pero estaba arrojando el cuerpo de mi hijo por la ventana y mi seguridad ya no importaba. El hombre que me retenía no tuvo que obligar a mi cuerpo a atravesar la ventana porque yo solita me arrojé por ella, necesitada de llegar hasta mi hijo,

costara lo que costara. Mientras estuviéramos juntos, estaríamos bien. Mientras estuviéramos juntos, él sabría que tenía a alguien a su lado que le quería. Mientras estuviéramos juntos, lucharía para mantenerlo a salvo.

Mi cuerpo golpeó el arbusto en un ángulo que hizo que un calambre me subiera por la pierna y me atravesara el torso. Había otros dos hombres en el jardín, vestidos igual que los de la habitación: todos de negro. Los secuestradores. Uno me agarró del brazo y yo tiré hacia atrás para coger a Tommy. No podía huir, eso estaba claro, no con Tommy en brazos.

Los hombres llevaban pistolas en la cintura y los de la habitación bajaban rápidamente por la escalera de incendios. Si ellos no nos disparaban, lo harían los otros.

Y así, sin más, abandoné con mi hijo la protección de los Bernardi.

No había duda de quiénes eran estos hombres, para quién trabajaban. Sólo había una familia en Chicago que tenía mi nombre en su lista negra. Y más ahora que me he vuelto a enamorar del hombre con el que su hija estaba destinada a casarse.

Paso a paso, caminé hacia los brazos de los mismos monstruos que se llevaron a mi padre de este mundo.

TRES

Kailyn

Se me llenan los ojos de lágrimas cuando intento pensar en todo lo que podría haber hecho mejor. En todo lo que *debería* haber hecho mejor.

De alguna manera, siento que todo es mi culpa. Leonard está muerto por mi culpa, por pedirle dinero prestado a Eddie, por aceptar la protección de los Bernardis, por permitirme recordar lo que era querer a Ace y que él me quisiese a mí.

Tommy duerme a mi lado, con su pequeño cuerpo tan pegado a mi pecho como le es posible, rodeado por mis brazos, que le ofrecen la única protección que puedo darle.

Estoy agotada, pero no he pestañeado, demasiado aterrorizada por el momento en que esta gente vuelva a entrar. Y volverán. Eso es seguro.

Tommy y yo estamos en el borde de una cama individual en una vieja habitación de motel de mala muerte con papel pintado que conoció tiempos mejores hace siglos y una lámpara que parpadea lo suficiente como para volverte loco.

Las ventanas están enrejadas, pero no del todo. Algunas están rotas y otras dobladas. Aquí y allá faltan unas pocas, dejando entrar un chorro de luz con el que la lámpara no puede competir. A través del cristal que falta, puedo ver que hay al menos un guardia apostado fuera, si la sombra que se balancea de un lado a otro es indicación de algo. Cabe la posibilidad de que en un lugar como éste haya muchos borrachos, hombres que se pasean con su conquista de la noche y se pierden entre la botella y la cama.

Me preocupa que alguno de ellos entre aquí, pero esas preocupaciones se disipan rápidamente cuando pienso en la razón por la que estoy aquí y en las personas responsables de mi situación actual.

Sin duda, los hombres que irrumpieron en la casa de los Bernardi pertenecen a Caruso, lo que significa que estoy metida en un lío más gordo de lo que podría imaginar. Por ahora me mantienen con vida, pero no sé si seguirá siendo así por mucho tiempo.

Me froto los ojos, dejando espacio para que caigan nuevas lágrimas, por más que llorar sea lo último que necesito hacer ahora mismo. Esta gente no me va a dejar marchar porque se compadezcan de mis lágrimas. Pero es que estoy agotada... emocional y físicamente. Me he pasado semanas huyendo, escondida por las noches, preocupada por mi vida y la de mi hijo. Y justo cuando creía que por fin estábamos a salvo... justo cuando parecía que la vida avanzaba en una dirección que podía conducirme a la felicidad, me lo arrancan todo de cuajo.

La puerta cruje al abrirse y noto cómo se me tensan todos los músculos del cuerpo mientras me aferro a Tommy con más fuerza. Me siento años más joven, indefensa, desesperada y aterrorizada. Una chica asustada sin salida, intentando con todas mis fuerzas esconderme del hombre del saco.

El hombre que entra es el mismo que me trajo aquí, con esa máscara negra aún ajustada a la cara. Una pequeña parte de mí quiere creer que sigue enmascarado porque existe la posibilidad de que me liberen. Pero sé que cualquier disfraz que lleven no es para mí, sino para las cámaras con las que puedan cruzarse por el camino.

Sus hombros son como rocas y sus manos enormes como árboles. Una de esas manos aprieta en un puño una bolsa de papel marrón, desmenuzada en la parte superior. Todavía hay sangre en sus dedos, seca y agrietada, pero a la vista. La sangre de Leonard, pienso y siento que la piel se me pone de gallina.

Le miro a los ojos. Si alguna vez salgo de aquí, necesito toda la información que pueda reunir sobre él.

Necesito poder describirlo. Lo de tener el porte de un tanque es probable que se ajuste a la descripción de un buen puñado de los chicos de Caruso. Debajo de la máscara, puedo distinguir el color de sus ojos: marrones. No son de ese tono boscoso, sino del tipo que no muestra señales de vida. ¿Podría la policía apañárselas con una descripción como esa?

Observo cada movimiento del hombre, intentando ver si hay algo en su postura que merezca la pena destacar, algo en su forma de andar o de moverse. ¿Se inclina más hacia un lado? ¿Cojea? ¿Tiene algún tic en su forma de andar?

Su mano empieza a moverse y agarro a Tommy con tanta fuerza que no estoy segura de no hacerle daño. Mi hijo no se despierta y suspiro aliviada por esa pequeña victoria.

—Tienes que comer —gruñe el hombre, arrojando la bolsa sobre la cama.

Vale. Así que solo es comida.

Aun así, no me muevo, a pesar del agujero que me arde en el estómago, suplicándome que lo alimente. Tommy también necesitará sustento, pero también necesita dormir. Le permitiré dormir todo el tiempo que pueda, aunque solo sea para evitar que se despierte para encontrarse con esta horrible realidad.

—¿Qué sentido tiene darnos de comer si vas a matarnos? —pregunto.

—No voy a ser yo quien os mate.

—Pero algún otro lo harás. Entonces, ¿por qué traernos comida?

—Tienes hambre y el niño va a tener hambre. Te necesitamos obediente y calladita. Las chicas tienden a ponerse ruidosas cuando tienen un boquete en el vientre.

—¿Y si no soy obediente y calladita?

Ladea la cabeza y se rasca la barba que le asoma tras la máscara.

—Morirás lentamente y tu hijo aún más despacio.

Sé que lo dice en serio. Lo sé por la forma en que ni siquiera pestañeó cuando hizo papilla a Leonard. Pero no mató a Maria. Probablemente sabía que era una Bernardi. Si tuviera que una suposición, diría que les parece bien matar a gente relacionada con la familia, pero no a nadie de la familia. Los Bernardi podrían no sentir lo mismo sobre esta distinción, viendo que Tommy es hijo de Ace.

Y, ¿en cuánto mí? Salta a la vista que casarse con un Bernardi y llevar su apellido no significa una mierda para los Caruso.

Decido mostrarme complaciente. Puede que no sirva para dar puñetazos, pero tengo otros talentos. Si me aprendo la disposición de este lugar, estaré un paso por delante de donde empecé. Si me aprendo su horario, será otro paso en la dirección correcta.

El esbirro me observa atentamente mientras saco un paquete de tempura de la bolsa de papel y empiezo a comer despacio, con cuidado. Me duele la mandíbula. Me duele toda la cara. También las costillas. Con cada bocanada de aire que inhalo, siento como si me propinaran otra patada.

Entre bocado y bocado, bajo la vista hasta Tommy para asegurarme de que sigue dormido. Cuanto menos vea y oiga, mejor.

—Entonces, ¿quién va a ser el que me mate? —le pregunto al tío. Mi mirada sigue vagando por la habitación y se posa en el papel pintado amarillento que empieza a despegarse por las esquinas.

¿Qué es este lugar?

¿Por qué me han traído aquí?

A la cómoda polvorienta le faltan pomos, las persianas marrones no han visto un paño húmedo en meses y hay quemaduras de cigarrillo en la moqueta verde claro que cubre todo el suelo. Sí, esta es la clase de sitio donde las putas vienen a encargarse de sus clientes y los esbirros vienen a encargarse de gente como yo.

—Estoy seguro de que sabes quién ha ordenado toda esto —responde con sequedad el hombre.

—David Caruso.

—Así es —dice, con el pecho hinchado de orgullo como un pavo real. Caruso ni siquiera se está esforzando por mantenerlo en secreto.

—¿Quiere matarme él mismo? ¿Por qué soy tan importante? —pregunto, enarcando una ceja. El hombre se encoge de hombros.

—David Caruso es un hombre al que le gusta atar él mismo sus cabos sueltos. Y tú, señorita,

no eres más que eso. A mí parecer, debería haberse ocupado de ti hace años.

—¿O sea que conocías a mi padre? —pregunto, conteniendo la bilis que amenaza con derramarse en mi voz.

Sacude la cabeza.

—Sabía de su existencia. Lo mío no son los policías ni bomberos ni a nadie de las fuerzas del orden. Tengo mi propio código ético.

—Le pusiste una pistola en la cabeza a mi hijo —le recuerdo.

Cualquiera con un ápice de decencia mostraría clemencia con un niño antes que con cualquier otra persona.

La máscara de su cara se estira para acompañar su sonrisa.

—Agradece que no apreté el gatillo también.

Sádico hijo de puta, pienso para mis adentros, pero sé que no me conviene decirlo en voz alta.

David Caruso quiere matarme él mismo. Lo mucho que debe herirle en el orgullo a ese hijoputa que yo sobreviviese... Es alucinante y exasperante porque mi hijo está atrapado en este nuevo infierno y no sé cómo salvarlo. No estoy preparada para morir, pero Tommy ni siquiera debería estar en la línea de fuego. Recibiré todas las balas que quiera Caruso, con tal de poder negociar la seguridad de mi hijo.

—¿Qué le va a pasar a mi hijo? —le pregunto al esbirro.

Comprueba su reloj.

—Creo que estás a punto de descubrirlo.

Las luces del exterior se cuelan por las persianas: blancas y brillantes, como los faros de un coche. Oigo el ruido ronco del motor antes de que se apague. Oigo cerrarse la puerta del coche. Y oigo los pasos que se acercan a la puerta. Se me cierra la garganta al ver unas botas que reconozco.

No quiero creer lo que ven mis ojos y por eso me aferro a esa pequeña esperanza de que el hombre al que acudí cuando estaba en peligro, el mismo que prometió protegerme, está aquí para liberarme.

—George... —susurro, con la respiración entrecortada.

—Lo siento mucho, cielo... —Y parece que de veras lo siente, pero eso no quita el hecho de que evidentemente está confabulado con un hombre que intenta asesinarme. El mismo hombre que asesinó a mi padre.

—¿Qué estás haciendo aquí, George?

Éste mira hacia otro lado, demasiado cobarde para establecer contacto visual.

El esbirro se aclara la garganta.

—Se va a llevar al niño.

Mi corazón se detiene. Pero aprieto más a mi hijo contra mí. Miro a George con ojos suplicantes. Él sabe lo mucho que he perdido, sabe por todo lo que ha pasado mi familia. ¿Por

qué haría algo así? ¿Cómo ha podido hacer algo así?

—Ah, no te pongas tan triste, princesa. Caruso ha decidido que el niño es demasiado mono para morir.

George se acerca lentamente y con gran precaución. Unas gotas de sudor le ruedan por las sienes arrugadas. Lleva unos pantalones de vestir y una chaqueta de cuero marrón camel. Tiene las yemas de los dedos amarillentas tras años de fumar tabaco de liar. Señala a Tommy con la cabeza y me lanza una mirada de disculpa.

—Se lo llevaré a Geena —dice—. Allí estará seguro.

—No te creo —suelto, apretándome contra la cama para levantarme—. Y aunque fuese cierto, mi madre no pinta nada cuidando de un niño. Apenas puede cuidar de sí misma. No puedes hacer esto, George. ¡No puedes!

El esbirro de la máscara no tarda en desenfundar su pistola y apuntar a la cabeza de Tommy, recordándome que no tengo ni voz ni voto en todo esto.

—O lo sueltas o le meto una bala en la cabeza y le explico a Caruso cómo usaste a tu hijo como escudo para salvarte.

—¡Serás hijo de puta!

Ladea la cabeza.

—Genio sería más apropiado. Ahora que lo pienso, pude que sea una idea brillante. A Bernardi le importará tres cojones encontrarte si se entera de que sacrificaste a su nieto.

Sus amenazas bastan para obligarme a someterme, un sombrío recordatorio de la facilidad con la que esto podría torcerse.

—Si me prometes que se lo llevarás a mi madre y que no le harás daño, te lo entregaré —digo, fijando la mirada en el hombre en el que creía que debía confiar y no en el psicópata que parece morirse de ganas por matar a mi hijo. Mi madre no iba a ganar ningún premio a la abuela del año a corto plazo, pero incluso ella era mejor que la familia Caruso—. George... eras el compañero de mi padre, su amigo... Prometiste cuidarme... eras como de la familia. —George se da la vuelta. Sacude la cabeza como si el gesto fuera a librarle de alguna manera de mis palabras. Pero estoy demasiado acalorada, demasiado herida, enfadada y asustada para parar—. ¿Por qué, George? ¿Por qué nos haces esto? —La desesperación en mi voz es palpable. George también debe sentirlo, porque por primera vez desde que entró, se atreve a mirarme.

—Es una larga historia, Kailyn —dice, exasperado—, y no deberías perder ni un momento más oyendo cómo te he defraudado.

Es la puta explicación más patética que he oído nunca. Sólo sirve para enfurecerme, teniendo en cuenta lo que está a punto de hacer.

—¿Tuviste algo que ver con lo que le pasó a mi padre? —La pregunta me sale en medio de un tartamudeo. Por mucho que me asuste la respuesta, necesito oírla. Necesito saber cómo de maquiavélicos son los monstruos de este mundo—. ¿Mataste a mi padre, George?

—¿Matarlo? —Ríe el esbirro, volviéndose hacia George como si le entusiasmara la

respuesta.

—Entrégame al niño, Kailyn —gruñe el apelado, como si de repente tuviera prisa. Sé que es solo para no tener que explicar cómo ha traicionado a mi padre, a su compañero, a su amigo.

—¿Mataste a mi padre o no? —repito la pregunta, imprimiendo cada palabra de rabia.

—No —responde el esbirro cuando George aprieta la mandíbula.

—Aunque bien podría haber apretado él el gatillo —dice otro hombre, entrando en la habitación y girando su pistola alrededor de un dedo como un vaquero moderno.

Conozco esta cara y no me gusta su aspecto. Ni la maldad de sus enormes ojos oscuros. Ni la forma en que se pasa una mano por la barba. Tiene ese orgullo que reluce a un dinero que se remonta a varias generaciones. De los que se creen intocables sólo porque sus antepasados se encargaron de meterse en el bolsillo a las fuerzas del orden. Raoul Caruso. El otro hijo. El asesino. El psicópata. Al que todos temen, y puedo ver por qué.

—George debería recibir un Oscar por su actuación delante de tu familia. —Le da una palmada en el hombro a George y se lo aprieta.

Aunque George no parece apreciar el gesto, sé que está tan metido en la cama de los Caruso que probablemente ya esté acostumbrado.

—Adelante, Georgie. Cuéntale la historia de cómo cambiaste de bando. Cómo su padre estaba tan ciego que no sospechaba nada. Cómo le condujiste a un lugar donde pudieron... ocuparse de él. —Raoul da una pequeña palmada, loco de contento como si estuviera hablando de comerse un helado y no de asesinato. Se acerca un paso, deleitándose con la mirada—. Me alegro de verte, Kailyn, monada. Tienes mucho mejor aspecto del que hubiera esperado.

El esbirro se retira de la habitación, dejándome con George y Raoul.

George está ahora junto a mi cama, mirando a Tommy con una disculpa mayúscula en los ojos. No sé por qué pierde el tiempo. Debe saber que nada de esto tiene perdón. Tal vez lo sepa y por eso prefiere concentrarse en Tommy antes que mirarme a mí. Estoy haciendo todo lo que puedo para no sacarle los ojos por lo que le hizo a mi padre, por su insistencia en destrozar a mi familia por segunda vez.

—Papá quiere que Nicholas empiece de cero —contesta Raoul, con una sonrisa fría en la cara. No es ni de lejos tan guapo como su hermano; supongo que la naturaleza malvada de uno puede hacerlo más feo de cara al mundo exterior—. Un nuevo comienzo, sin muertos en el armario. Tú eres un muerto en el armario, cielo, y tenemos que hacer limpieza antes de asumamos el mando.

—¿Antes de que *asumáis* el mando? —le contesto—. ¿No acabas de decir que Nicholas era el próximo capo de la familia Caruso?

—Será un trabajo de equipo. Tenemos grandes empresas y mucho terreno que recorrer —afirma Raoul.

La distracción de la voz de Raoul da a George el valor para dar unos pasos más cerca. Para colar las manos bajo mi niño dormido. Pero los cojones voy a dejar que se lo lleve tan

fácilmente.

—No te atrevas a ponerle las manos encima —digo con dientes apretados.

George me sacude la cabeza.

—He negociado duramente para que le perdonaran la vida al chico. Tienes que dejar que me lo lleve, Kailyn.

—Traicionaste a mi padre. Hiciste que lo mataran. Y luego viniste a mí como una figura paterna, como alguien encargado de protegerme. Me mentiste a la cara, le mentiste a mi madre a la cara. ¿Y ahora esperas que te confíe a mi hijo? Estás tan chalado como el resto de la familia Caruso, si no peor. Has fingido estar en el lado correcto de la ley mientras apuñalabas por la espalda al hombre más increíble del mundo. Hay un lugar especial en el infierno reservado para gente como tú, George.

—No espero que confíes en mí —dice, y me sorprende un poco que, de todo lo que he dicho, haya elegido responder a esto.

—Haces bien, porque no va a pasar nunca.

—Me parece justo, pero tienes que soltar a Tommy —insiste, apartando mi mano de mi hijo. Me brillan tanto los ojos cuando le miro que apenas veo bien.

—No. —Esa sílaba va cargada de toda la desesperación del mundo.

—Tienes que hacerlo —me apremia—. Si me lo pones difícil, Raoul se encargará de que no haya ninguna posibilidad de que salgas de esta habitación.

—¿No era ese el plan, de todos modos?

George se estremece y sus ojos adoptan una expresión que no logro descifrar.

—Tommy estará a salvo —insiste en voz baja, como si intentara ocultar sus palabras a Raoul—. Lo necesitan para negociar con los Bernardi. Sabes mejor que nadie que Ace no parará hasta recuperar a Tommy sano y salvo. Pueden encontrar a Tommy en casa de tu madre, pero no aquí.

No me doy cuenta de que he aflojado los brazos hasta que veo la facilidad con la que George estrecha a mi hijo entre los suyos. Abraza a mi niño como lo haría un padre. Como lo haría alguien encargado de protegerle, y me dan ganas de vomitar al saber lo engañosa que puede ser la gente con sus palabras y su lenguaje corporal.

—Te odio —le escupo—. Una vez que salga de aquí, te encontraré —le advierto—. Y te las haré pagar.

George niega con la cabeza, mi amenaza le resbala como el agua.

—Ese es el asunto, Kay... No vas a salir de aquí. Lo lamento. Hice todo lo que pude para mantenerte a salvo, pero has tenido que enredarte con la familia Bernardi... Tú solita te has hecho esto. —Su voz es suave incluso cuando escupe su veneno en mi dirección—. Adiós, pequeña. Tommy estará a salvo.

CUATRO

Kailyn

Apenas puedo mantener la compostura cuando le veo salir, con una mano sujetando el trasero de Tommy y la otra cubriéndole el cuello y parte de la cabeza.

Quiero gritar, echar a correr, hacer algo; pero noto las piernas débiles, lastradas por un millón de kilos de derrota.

Separo los labios para gritar, pero sé que lo único que conseguiré suplicando es sentirme mejor. No frenará a George y sólo despertará a Tommy. Tal vez ese recuerdo quede grabado en su mente para siempre. El recuerdo de su madre llorando, rogando a estos hijos de puta que no se lleven a su hijo. Sabrá que luché por él. Una parte de mí quiere que lo sepa, pero una parte aún mayor sabe que sería egoísta por mi parte porque no sería sólo un recuerdo, sería una pesadilla.

Le lanzo a Raoul una mirada oscura y me enjugo las lágrimas que han formado riachuelos en mis mejillas.

—Aclan te destripará cuando te encuentre.

Raoul se echa a reír.

—*Aclan te destripará cuando te encuentre* —se burla. Y luego se pone serio cuando su mano sale disparada y me agarra por la mandíbula—. Llevas siendo una mosca cojonera para mi padre durante demasiado tiempo. Y pensar que podríamos haberte trincado de una forma más sencilla con Eddie. Él habría resuelto este problema más rápido y sin tanto lío sangriento, pero tuviste que ir a llorarle a Ace Bernardi, estúpida zorruta.

—Perdóname por intentar sobrevivir —siseo.

Me quita la mano de la mandíbula y casi suspiro de alivio. Demasiado pronto. Lo siguiente que sé es coge impulso con los puños cerrados para golpearme en la mandíbula. El puñetazo me retumba en los dos oídos mientras grito de dolor.

Me escuecen los ojos.

Me duelen los dientes.

Si antes me resultó difícil comer, después de este golpe será una pesadilla.

Respiro lenta y profundamente y vuelvo a mirarle, haciendo todo lo posible por no derrumbarme.

—Ace no dejará que esto se quede así. Acabas de declararle la guerra a toda la familia Bernardi, te das cuenta, ¿no? Una cosa es atar cabos sueltos y otra es ser francamente estúpido. La única razón por la que acudí a Ace en primer lugar fue porque Eddie García iba tras de mí. Si tú y tu familia me hubierais dejado en paz, el asunto *nunca* habría llegado a esto.

—Llámame estúpido una vez más —gruñe. Reconozco una amenaza cuando la oigo y necesito más de unos segundos para recuperarme del último puñetazo. Cuando no digo nada, Raoul sigue ladrando—. Esa mirada en tus ojos me dice que crees que todavía hay alguna forma de salir de esta, sería mejor que abandonaras toda esperanza. Es la misma mirada que tenía tu padre y no necesito recordarte cómo acabó la cosa. La familia Caruso te lleva queriendo muerta desde que tu padre estiró la pata. No hay salida. No hay forma de escapar a este destino. Naciste para morir, como todos nosotros. Sólo que, para ti, la muerte llega mucho antes.

—¿Y crees que los Bernardi lo van a dejar pasar?

—Ah, estamos en guerra, princesa.

—Una guerra que no ganaréis.

—Los Bernardi perdieron su tormento hace mucho tiempo. Uno no se va por el camino de la legalidad sin ablandarse.

El viejo cabrón todavía viene de camino para matarme. Mientras tanto, estoy atrapada con su hijo que está como un cencerro y al que no le importa darme una paliza antes de meterme una bala entre ceja y ceja. No importa lo que diga, me niego a morir aquí. Me niego a morir y punto.

No sé cómo demonios voy a sobrevivir a esto, pero este no puede ser mi final. Tommy me necesita. Aclan me necesita. Yo los necesito a ambos. Necesito vivir y necesito amarlos hasta que el sol se apague.

No, no voy a morir aquí esta noche.

CINCO

Aclan

A pesar de la rabia que me consume, estoy lo bastante cuerdo para darme cuenta de que ya he causado suficiente daño a mi familia. Si me hubiera quedado en casa al lado de Kailyn, Caruso nunca habría tenido las pelotas de venir a por ella y mi hijo. Joder, puede que ni siquiera hubiéramos estado en casa de mis padres.

Pero esto no es cierto del todo. Alguien de dentro nos ha traicionado. Aún no sabemos quién es el culpable, pero cuando lo averigüemos, no mostraremos piedad en nuestra venganza.

Tengo que ser inteligente y cauteloso en mi forma de proceder. Lo primero que debo hacer es recuperar a mi hijo y a mi mujer, por más que cada fibra de mi ser exijan sangre y venganza. Por supuesto que iré a por la cabeza de David en otra ocasión; lo que ha hecho sólo sirve para justificar aún más mis futuras acciones.

La casa entera es la escena de un crimen, así que hemos tenido que salir al jardín mientras la policía, los paramédicos y los forenses hacían lo suyo.

Mamá, Marco e Isolde ya han ido al hospital: Maria está en estado de shock y Lola también necesita atención médica. Y luego está Leonard. Esa es la verdadera razón por la que hay que hacer este viaje, van a llevarlo a la morgue del hospital.

Intento cerrar los ojos y respirar hondo, hacer algo para calmar los nervios. Pero la rabia en mi estómago es como un volcán vivo, clamando venganza para abrasar toda la tierra.

Fred está hablando con los investigadores, sorteando el nombre de Caruso todo lo posible. Nos encargaremos de esos cabrones como se merecen, pero tenemos que cuidarnos las espaldas en el proceso.

Salvo los policías en nómina, ninguno de los uniformados sabe de qué va la cosa. Es mejor para nosotros así, ya que no forma de que todo se mantenga alejado del ojo público. Si no queremos que las autoridades nos miren a nosotros cuando los Caruso empiecen a recoger lo que han sembrado, tenemos que hacernos los débiles, cooperar, hacer que parezca que estamos

actuando de acuerdo a la ley.

Mi padre se mueve para colocarse justo a mi izquierda, con sólo unos centímetros de espacio entre nosotros.

Siento cómo se me eriza el vello de la nuca al anticipar la montaña de culpa que está a punto de depositar sobre mis hombros. No me gusta cuando se pone en este plan. Cuando sus movimientos son calculados y esa mirada pensativa le arruga el ceño. Pero lo que más odio es que no haya dicho nada, es una táctica que ha empleado muchas veces antes y, como todas las otras veces, soy yo quien rompe el silencio.

—Papá —empiezo, no a punto de salir con una disculpa, sino de admitir que esto recae sobre mí. De prometerle que lo arreglaré.

La mano de mi padre me agarra el hombro. Más firme de lo que pensé que podría, dado su estado actual.

—Tenías razón —empieza a decir—. Ir allí esta noche, acabar con ese cabrón de una vez por todas, tenías razón en querer hacerlo. Deberíamos haberte cubierto las espaldas.

Niego con la cabeza.

—Yo no lo veo así —le digo—. En todo caso, toda la fila de dominó se cayó precisamente *porque* fui allí esta noche.

—Aclan —dice—, cuando tienes una serpiente de cascabel en tu jardín, no intentas domesticarla invitándola a formar parte de tu familia. Le cortas la puta cabeza antes de que tenga la oportunidad de derramar su veneno. Fue error mío pensar que David tenía algo de decencia en su cuerpo. Fue error mío *sugerir* siquiera que te casaras con su hija.

Miro a mi padre. Le miro de verdad, las arrugas que se han apoderado de su rostro, el pelo gris en casi su totalidad en el que sólo brillan unas pinceladas de cabello oscuro. Pero miro también más allá de eso. Más allá de los signos de la edad que el tiempo ha dibujado en sus rasgos.

Lo que veo no es a un hombre que cuenta los días, los meses y los años que le quedan. Veo la fuerza de un hombre al que siempre he temido y venerado a partes iguales. Veo arrojo. Y sé que, a pesar de nuestra previa derrota, esta guerra no la perderemos. No con mi padre llevando las riendas.

—Llévame al hospital —dice mi padre—. Necesito estar ahí para tu madre y tu hermana. Haré algunas llamadas más y pondré algunas cosas en su lugar. La finca de Caruso ya está acordonada, pero también tengo que conseguiros todo el respaldo que necesitéis. Aseguraos de que los teléfonos desechables están encendidos y no los dejéis sonar demasiado rato antes de responder a mis llamadas. Todo lo que ocurra en las próximas veinticuatro horas está supeditado al tiempo. Tenemos que reaccionar rápido. Tenemos reaccionar eficientemente. Tenemos que asegurarnos de que Caruso sepa lo letales que seguimos siendo. Obligarlo a recordar cómo los Bernardi llegaron a la cima en primer lugar. Y, lo más importante, tenemos traer a tu mujer e hijo *a casa*.

El énfasis que pone en la palabra *casa* casi me hace ahogar las lágrimas. Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para asentir y poner cara de que sus palabras me han llegado al corazón.

Justo cuando nos dirigimos al vehículo, suena mi teléfono personal. Me echo la mano al bolsillo, esperando la peor de las noticias porque esta noche parece querer lanzarme todas sus gilipolleces a la vez.

Con todo el escepticismo del mundo, me llevo el móvil a las manos y empiezo a leer el mensaje. Puedo sentir los ojos de mi padre clavados en mi nuca. Siento que la mirada de Marco también me está agujereando.

Escaneo el mensaje para conocer su contexto. Abro el archivo adjunto y escaneo hasta el final, donde dos firmas decoran la página. Sin darme la vuelta, resuelvo la intriga de ambos.

—Es Russo. Ha firmado el contrato. La propiedad es nuestra.

Sin perder un segundo, mi padre responde.

—Quemadlo hasta los cimientos. Me encargaré de que en el informe no conste nada más que un incendio eléctrico.

Y eso es exactamente lo que nos propusimos hacer. No sólo quemar ese edificio hasta los cimientos, sino a toda la familia Caruso. Para cuando acabásemos con ellos, ni siquiera parecería que fueron ellos los que empezaron la guerra.

SEIS

Aclan

Marco y yo no pasamos mucho tiempo en el hospital, pero nos pasamos igualmente. Firmamos como visitantes y nos aseguramos de que se nos vea, para así dejar un rastro que le haga pensar a la policía que saben dónde estamos en todo momento.

Aparco el coche en el aparcamiento, saco un ticket y se lo doy a mi padre, tal como estaba previsto. La policía no nos vigila porque, de momento, no tiene motivos para hacerlo. Pero en algún momento, cuando sea la hora de recoger lo sembrado, empezarán a preguntarse qué parte de todo el caos al que sucumba esta ciudad es obra nuestra. Tenemos a suficientes funcionarios en nómina que podrán barrer nuestros delitos bajo la alfombra. Serán ellos también los que guiarán la caza contra los Caruso.

Sabemos cómo ser diligentes, pero ésta es la prueba definitiva. ¿Podemos emplear la misma diligencia ahora que estamos bajo estrés? La respuesta es que sí, y debemos.

Marco, papá y yo entramos en el hospital codo con codo, con cara de pocos amigos. Saludamos a las enfermeras, nos presentamos y tachamos nuestros nombres en el libro de visitas. Saludamos a los médicos que nos cruzamos de camino a la habitación donde está Maria. La misma en la que está Lola. Nos detenemos a pedir indicaciones de cómo llegar. Saludamos al conserje. En resumen, hacemos notar nuestra presencia.

Papá, Marco y yo nos detenemos en la única habitación con un guardia aparcado delante y casi se puede sentir la profundidad de nuestras inhalaciones mientras nos preparamos para afrontar lo que veremos en el interior.

—No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy —dice mi padre, dado un paso adelante. Llama a la puerta una vez.

Rápida como un latido, mamá abre la puerta. Parece frágil, pero, al igual que papá, en sus ojos sigue habiendo esa fuerza que hace evidente que no tiene intención de aceptar la derrota. Luchará con uñas y dientes para reconstruir esta familia ladrillo a ladrillo si es necesario.

Creo que ninguno de nosotros podrá agradecerle nunca lo suficiente por ser quien es y ser como es. Su fortaleza ante la adversidad es incomparable. El modo en que ella es el mismo aire de calma, soportando todo nuestro caos y sin estallar en el suyo propio, es algo que nunca entenderé.

—Pasad —nos dice con la misma facilidad con la que nos da la bienvenida a la cena del domingo. Se aparta a la derecha para dejarnos pasar a la habitación.

Al entrar, se revela una escena que hace que otro dolor me atravesase el pecho.

Mi hermana. Mi pobre hermanita.

Maria está sentada en la cama y se le escapan de los labios unos hipidos sollozantes mientras se balancea hacia delante y hacia atrás. Tiene apretada en un puño una camisa manchada de sangre, la misma que Leonard llevaba esta noche. Me sorprende que le dejaran quedársela, ya que es el tipo de objeto que debería guardarse como prueba. Supongo que una de esas llamadas telefónicas que hizo mi padre tuvo algo que ver con asegurarse de que nuestra familia no sólo recibía lo que necesitaba al presentarse aquí, sino también lo que quería. La camisa no importa. No es que las fuerzas del orden vayan a impartir justicia; eso lo haremos nosotros solos. En cuanto a un culpable... ya estamos mirando en la dirección correcta. Caruso. No el patriarca, sino cada uno de ellos.

Me acerco a mi hermana sin pronunciar palabra porque no hay nada que pueda decir para mejorar las cosas. Ninguna venganza curará su corazón roto. Ninguna cantidad de sangre puede cambiarse por la vida de Leonard.

Le acaricio el pelo con la mano y siento un pinchazo en el pecho cuando me la aparta. Sus ojos son como puñales y sus labios tiemblan con unas palabras que ella tampoco encuentra.

Puede que mi padre no me culpe por lo ocurrido esta noche, pero mi hermanita sí. No la culpo por ello. Yo también me culpo. Puede que no haya sido yo quien golpeará la cara de Leonard hasta convertirla en una pulpa irreconocible, y joder, puede que Caruso se hubiera presentado en casa hubiera hecho o no lo que tenía planeado esta noche, pero de alguna manera, de algún modo, sigue siendo culpa mía.

Mi cerebro bulle con todas las formas diferentes en que esta noche podría haber transcurrido. Podría haberme llevado a mi mujer y a mi hijo a tomar un helado. Podríamos haber decidido hacer un viaje a alguna ciudad no muy lejana o quizá a una a mil kilómetros en cualquier dirección. Podría haber estado haciendo cualquier cosa menos liarla con los Caruso.

Pero no eran más que supuestos. La realidad es que salí de casa con la intención de matar al cabronazo. Yo estaba en el piso de abajo y ellos arriba porque necesitaba ser reprendido por mis acciones. Esta noche podría haber terminado igual de sangrienta sin importar en qué parte de la casa estuviera yo. Pero nunca lo sabremos con seguridad. Así que sí, la culpa es mía.

—Te quiero —le digo a Maria, aunque ella no quiera oírlo—. Te quiero y lo siento.

Aprieta más la camisa entre las manos, sin mirarme. Probablemente deseando en silencio que fuera yo, y no Leonard, quien estuviera en una cámara de metal en la morgue.

—Ya cuido yo de ella —dice mi madre, acercándoseme por detrás. Cuela su mano en la mía y me aleja un poco—. Tu hermana te quiere —me tranquiliza—. Pero también quería a Leonard. Ahora no sabe a quién culpar y quizá siga así durante un tiempo. Pero, Aclan, no dudes ni por un minuto que aún te necesita.

Asiento y miro a Lola, que esboza una media sonrisa al mirarme, pero no puede disimular el terror que aún se apodera de sus facciones.

—Lola está bien —me asegura mi madre, volviendo a atraer mi atención—. Necesitó que le pusieran unos puntos en el labio y está un poco conmocionada, pero fuera de eso, está bien. Se pondrá bien.

¿De verdad estaría bien? Hay cicatrices que nos acompañan de por vida. Podemos seguir adelante, pero nunca volveremos a ser los mismos.

Cuando encuentre a Tommy y Kailyn, será imposible que quiera perderlos de vista otra vez. Una parte de mí siempre estará muerta de preocupación. Siempre estará conjurando escenarios en mi cabeza. Imagino que le pasará lo mismo a Lola. Isolde la tomó bajo su ala cuando la vida de ambas estaba patas arriba. Lola había perdido a sus padres por culpa de las drogas y se había quedado al cuidado de su abuela, en silla de ruedas y en las primeras etapas del Alzheimer. Había que pagar las facturas y la comida, y todo ello con una pensión que menguaba con los cuidados a domicilio. Lola estaba a punto de tomar unas muy malas decisiones cuando Isolde la encontró y le prometió una solución: hacer de canguro de vez en cuando y dinero suficiente para proporcionarle no sólo el sustento que necesitaba para vivir, sino la oportunidad de ir a la universidad y hacer algo de sí misma.

Al mirarla ahora, no puedo evitar pensar que le hemos fallado, porque ¿cómo no va a echar la vista atrás, ver esta montaña de mierda y preguntarse si pasar penurias como antes de que apareciera nuestra familia no habría sido mejor que recibir una paliza de los mafiosos y ver morir a un hombre ante sus ojos?

—¿Has avisado a su abuela? —pregunto, manteniendo un volumen bajo.

Mi madre niega con la cabeza.

—No, todavía no. Nos ha pedido que le demos tiempo. No quiere preocuparla. Estaremos pendientes de Lola los próximos días, para asegurarnos de que esté a salvo por más tiempo que esta noche.

—Te lo agradezco —le digo—. ¿Dónde está Isolde? ¿Y Jason?

—En una habitación al final del pasillo. Jason... no está asimilando bien la situación. —Debe de notar la mirada que relampaguea por mi cara, porque se apresura a añadir—: Hay un guardia con ellos. Están bien.

Mi padre me da una palmada en la espalda antes de señalar la ventana del fondo de la habitación.

—Hay un conductor esperándoos fuera, en un Lincoln negro. Lo reconocerás cuando lo veas. —Procede a abrir la ventana. Marco y yo entendemos perfectamente lo que debemos hacer y

comprobamos que no haya moros en la costa antes de escabullirnos en la noche.

Tal y como ha dicho mi padre, hay un Lincoln Navigator de color negro esperándonos en la esquina.

SIETE

Kailyn

Una hora pasa lentamente mientras sopeso mis opciones. Me duele tanto la mitad de la cara que los ojos no paran de lagrimearme. Tengo la mandíbula entumecida, la mejilla en carne viva y estoy casi segura de que tengo un diente flojo en algún rincón al fondo.

Me duele todo el cuerpo porque aún no me he recuperado de ver a George Feldman salir de este motel de mala muerte con mi hijo.

Ese demonio traicionero de dos caras.

Patética excusa de ser humano.

OCHO

Kailyn

Durante años, admiré a George. Mi vida se había ido al garete; mi padre había muerto, mi madre se marchitaba rápidamente en sus penas y era George quien se preocupaba por ver cómo nos iba. Me llamaba para asegurarse de que estaba bien. Con el tiempo, esas llamadas fueron escaseando, pero en el fondo de mi mente, sabía que, si lo necesitaba, estaría ahí.

Durante muchas noches había deseado que mi padre hubiera sido tan cuidadoso como lo había sido George. Tal vez entonces seguiría con nosotros. Sólo para averiguar que George es la razón por la que mi padre está bajo tierra para empezar, que su propio compañero lo guio a su muerte. El odio que siento arder en mi interior rivaliza con el que he albergado hacia David Caruso desde que supe la horrible verdad.

El odio en sí es una carga terrible. Pesa mucho sobre los hombros y corrompe el alma misma de un ser humano.

Nunca quise nada de esto.

Nunca quise que me repartieran una mano tan mala en el juego de la vida. Tenía una madre y un padre. Era una niña feliz con sueños de princesa y esperanzas de que me aguardaban cosas maravillosas en el futuro.

El momento en que me vi junto al ataúd de mi padre y presencié cómo mi madre se deshacía por las costuras fue el momento en que me di cuenta de que el mundo era cualquier cosa menos bonito. Fue el momento en que mis sueños de princesa murieron y mis esperanzas de llegaran cosas maravillosas se vieron aplastadas. Sin piedad.

He tenido que valerme por mí misma desde que tengo uso de razón. Seguí adelante, sin querer tener nada que ver con la gente que destruyó a mi familia.

Durante años, culpé a los mafiosos equivocados. Me perdí momentos importantes con Ace, el amor de mi vida, el único hombre que ha tenido mi corazón en sus manos. Conseguí hacerme mucho daño, casi siempre por error o por ignorancia, pero incluso después de desaparecer y dejar

a nuestro hijo en la puerta de su casa, Ace había acudido en mi ayuda. Hizo todo lo que estuvo en su mano para protegerme. Por desgracia, como la bestia que es, David Caruso encontró la forma de hacerme más daño, reacio a aceptar que alguien de la familia Johnson pudiera seguir con su vida y ser feliz.

Uno habría pensado que estaría satisfecho con mi padre bajo tierra y mi madre destrozada, reducida a una sombra escamosa de la mujer que una vez fue, pero no. No podía dejarme vivir. Simplemente no podía. Y cuando mi hijo enfermó y necesité ayuda, Eddie estaba ahí para prestarme el dinero que tan desesperadamente necesitaba. Y entonces *bam*, así como así mi vida estaba en sus garras. Así de fácil le dio la vuelta mi vida. Me hizo huir. Me hizo esconderme. No sé si fue en su beneficio o en su perjuicio que corriera hacia Ace.

Quizá su plan nunca fue que Ace y Ava vivieran en paz. Tal vez su compromiso era sólo un medio para que él se acercara lo suficiente como para apuñalar a toda la familia Bernardi por la espalda. No lo sé, nunca lo sabré. Lo que sí sé es que, cuando Ace tuvo la osadía de acercarme a él, de amarme y de darme todas las cosas maravillosas que nunca pensé que volvería a experimentar, David Caruso en persona salió de la nada y decidió que era el momento de aplastarme por completo. Se ha llevado a mi hijo. Y ahora... planea terminar lo que empezó.

Debería haber sabido que nunca me dejaría tranquila. Debería haberme ido. Debería haber cogido a Tommy y haber huido.

Por supuesto, estos lamentos son inútiles. Ni siquiera son el resultado de algún proceso de pensamiento racional, sino más bien el síntoma de mi propia desesperación mientras me siento en un rincón oscuro y me preparo para lo peor que está por venir.

Raoul se encuentra de pie junto a la ventana, mirando constantemente a través de las persianas sucias. Sus secuaces están fuera, vigilando. Tengo que encontrar la manera de salir de aquí, pero aún no he dado con una estrategia de huida razonable. Sólo hay una puerta y una ventana. Y ambas están vigiladas. Además, en cuanto se me ocurra moverme, Raoul me pegará de nuevo.

Le gusta verme acurrucada, con las rodillas contra el pecho y las lágrimas resbalando por mi rostro ensangrentado. Se me hace un nudo en el estómago, la ansiedad se dispara con ferocidad e interrumpe mis procesos mentales. Mientras no sepa cuál es su plan, mi mente no se calmará.

¿Me van a trasladar a otra parte?

¿A matarme aquí y enrollarme en una alfombra para que se encargue el servicio de limpieza de las habitaciones?

¿Me llevarán a un lugar más incógnito?

¿Cuál es el plan?

Cierro los ojos e intento calmar los nervios.

—¿Cuándo viene tu padre? —le pregunto a Raoul.

—¿Por qué? ¿Tienes prisa por morir? —responde con sequedad.

—No. —La respuesta me sale rápida, afilada. Como si decirle que no quiero morir fuera a

cambiar algo de sus planes.

—No te preocupes, entonces. Podrás seguir respirando hasta que oscurezca.

—¿Qué se supone que significa eso?

Con un gesto de la cabeza, Raoul me mira como si me faltaran algo más que unas cuantas neuronas.

—Morirás esta noche, princesa —me dice sin rodeos y con tanto regocijo que, si antes no entendía por qué se referían a él como el psicópata de la familia, ahora lo comprendo. Aun así, la diablilla que hay en mí tira de su orgullo.

—¿Y crees que tú o tu padre podréis seguir viviendo después de lo que habéis hecho? ¿Después de lo que planeáis hacer? Los Bernardi vendrán por vosotros, y cuando lo hagan...

—Cariño —me interrumpe—, *quiero* que vengan a por mí. Voy a estar esperando. Es hora de que esos esnobs elitistas reciban su merecido. Es hora de que los Caruso reinen en Chicago. Es nuestro momento.

—Estás como una regadera —murmuro y veo cómo una mirada siniestra se dibuja en su rostro.

Está claro que esto es una cuestión de orgullo para Raoul y me hace preguntarme si es que Ace le cagó en los cereales o algo así.

—No, a eso se le llama poder. Poder de verdad. ¿Ves esto? —Levanta su arma—. Esto de aquí es poder *real*. No es dinero, ni influencia ni diplomacia. Esto, este objeto hecho de acero y fibra de carbono y pólvora... *esto* gobierna el mundo. Y si los demás no lo entienden, haremos que lo entiendan. Ya lo hicimos antes y lo volveremos a hacer.

Sacudo la cabeza lentamente.

—Toda tu familia va directa al matadero y ni siquiera sois consciente.

—Aquí la única vaca que veo eres tú —ladra, luego amartilla el arma y se acerca. Al instante, mis instintos se disparan, se vuelven locos mientras me preparo para la bala que está deseando alojarme en el cerebro—. La única que va al matadero esta noche eres tú, princesa. Una vez que te hayas ido, una vez que estés alimentando a los gusanos en una zanja en algún lugar, no quedará nada para que la policía nos vincule con tu queridísimo papá. Sé que Ace iba a intentar jodernos vivos, pero le hemos tomado la delantera. Le tenemos cogido por las pelotas, y pronto se dará cuenta. Ah, no, espera. —Levanta un dedo como si se le acabara de encender una bombilla en ese cerebro insensato suyo—. Su hijo está desaparecido y su zorra sangrando en la cama de un motel abandonado, puede que ya esté empezando a sumar dos más dos.

—¿Este era tu plan o el de tu padre? ¿Fuiste tú quien convenció a David Caruso de este plan de mierda?

Se acerca y me aprieta la frente con la boca del revólver. Se me hiela la sangre, pero todo el cuerpo se me calienta al instante y los músculos se me endurecen como rocas.

—¿Sabes qué? Creo que me he hartado de esperar a papá. Creo que vas a tratar de hacerte con mi pistola en un intento desesperado por escapar, y que mi dedo va a resbalarse en el gatillo

y *boom*. Lo siento, papá, simplemente... pasó. La estaba guardando para ti, de verdad, pero se creyó más lista y mira lo que pasó... Lo intenté, lo intenté de verdad. —Levanta las manos y se ríe con una carcajada envuelta en maldad.

—No seas estúpido —siseo—. Jamás se lo tragaría

—Se lo trague o no, no podrá resucitarte.

El miedo agudiza mis sentidos, pero la aparente inevitabilidad de la muerte me produce una extraña calma. Debería estar luchando, pateando y gritando. Su entrepierna está lo suficientemente cerca como para poder asestarle golpe. Cualquier cosa. Lo que sea. Debería hacer algo, pero lo único que puedo hacer es mirarle a los ojos y comprender que es mucho peor que su padre. Al menos David se está desmoronando y desquiciando a causa de su edad y de la enfermedad que le corroe por dentro. ¿Cuál es la excusa de Raoul?

—Por favor, no lo hagas —susurro.

Nunca pensé que me suplicaría por mi vida, pero aquí estoy, mirando a los ojos de un monstruo y pidiéndole que me perdone.

—Ah, sí, arrastrarte por mí, nena. Harás que apretar el gatillo me sea más placentero.

—Vas a dejar a mi hijo sin madre. ¿No nos habéis quitado ya bastante?

—Ahórrame esa puta cursilada, monada. Esto va estrictamente de negocios y de limpiar la casa para tener un futuro mejor. No eres más que la suciedad que hay que quitar de las ventanas para que entre el sol —dice.

La ira corre caliente por mis venas y la furia se apresura a cargar mis miembros con una energía renovada.

—Que te den por culo —respondo y alejo la pistola de un manotazo.

Una fracción de segundo después, mi pie sale disparado y encuentra la entrepierna de Raoul. Ahí abajo lo tiene todo tierno y perfecto para sentir bien la patada.

—Serás pu... —grita, pero su respiración se interrumpe cuando le golpeo la nariz con la palma de la mano abierta en un ángulo perfecto.

Gruñe de agonía y levanta la mano para aliviar el lugar donde cayó mi golpe.

Me tomo el tiempo necesario para empujarle a un lado y salir corriendo hacia la puerta. Ni siquiera estoy segura de cómo voy a pasar a los esbirros de ahí fuera, pero ¿qué otra opción tengo?

Si me quedo, Raoul, sin duda, me torturará antes de matarme lentamente. Si salgo, al menos tengo una pequeña posibilidad de cruzar el aparcamiento. Tal vez alguien me vea. Tal vez Raoul y sus hombres sean demasiado cobardes para dispararme al aire libre, por miedo a que alguien llame a la policía.

—¡Ven aquí, puta de mierda! —gruñe mientras se pone en pie.

Sólo capto un destello de su cara enrojecida cuando llego a la puerta. O la puerta y el guardia que esté fuera o la ira de Raoul, y ya he visto lo que es capaz de hacer cuando está de buen humor. No tengo intención de averiguar cómo es después de que le hayan dado una patada en las

pelotas y un arreado en la nariz.

Mi mano se aferra a la manilla de la puerta y tiro de ella, que se resquebraja un poco. En comparación con la batcueva en la que me han encerrado, la escasa iluminación de la farola que hay al otro lado de la habitación parece el mismísimo cielo. Como la luz al final del túnel. Pero ese túnel nunca llega. Tengo casi un pie fuera de la puerta cuando todos mis sueños se ven aplastados.

Raoul me agarra del pelo con ganas y tira con tanta fuerza que no sé cómo es que mi cabeza sigue pegada al cuerpo.

Arrojándome contra la puerta, utiliza mi cuerpo para cerrarla de golpe una vez más.

Me tiene inmovilizada con la fuerza de un león, con una mano fuertemente enrollada alrededor de mi garganta. Con la otra sujeta la pistola. Su mandíbula se tensa y una vena en el centro de su frente late peligrosamente. Parece que le cuesta decidir si dispararme o no.

Quiere hacerlo. Se muere de muchas ganas. Pero le han dado unas órdenes y no sabe si las consecuencias merecerán la recompensa de verme muerta a sus pies.

No me caen lágrimas por las mejillas, pero estoy segura de que el terror de mi situación está marcado en toda mi cara.

Con un gruñido, Raoul afloja el brazo y entonces sus manos rodean mi cuerpo y mis pies ya no tocan en el suelo. Cuando por fin vuelvo a pisar tierra firme, lo hago con un estrépito que me deja en la base de la cama.

Veo estrellas. Siento que mis huesos hacen cosas que no deberían hacer. Prácticamente oigo gritar a mi cuerpo cuando el dolor del impacto lo atraviesa. Raoul cruza la habitación con pasos pesados al acercarse a mí. Quiero luchar, pero ya no me quedan muchas fuerzas.

Me rodea el antebrazo con una mano y me hace girar sobre la espalda. Aprieto los dientes con fuerza para combatir el dolor, pero solo consigo hacerme más daño. El golpe que me propinó en la mandíbula me ha herido de gravedad.

—Por favor —le susurro.

Incluso mientras digo esas palabras, sé que no tiene sentido. A un monstruo como Raoul no le importan tres cojones hacer lo que se le pide, no importa si esa orden se dice amablemente o no.

Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios cuando baja sobre mí, colocando sus piernas a ambos lados de mi cuerpo. Se sienta sobre mí con todo su peso, lo que me hace casi imposible respirar.

Con esa mirada malvada que lleva con tanto orgullo en los ojos, se mete la mano en el bolsillo, saca una navaja y la abre de un tirón. Me pasa el reverso de la hoja por la cara Y por el cuello, antes de girarla y rasgarme la camiseta.

El aire frío se derrama por la parte superior de mis pechos y cierro los ojos, asustada. Terriblemente asustada. Me maldigo por haber pensado que podría escapar. Por ser tan estúpida de pensar que podría atacar a la bestia y no enfrentarme a las recompensas de su venganza.

—No te resistes, princesa —dice, bajando. Cuando llega a mi oído, hace una pausa—. ¿Es esa tu forma de decirme que deseas esto? —No espera respuesta a la pregunta, sino que su lengua entra en contacto con mi piel mientras lame y babea desde mi oreja hasta mi mejilla, deteniéndose antes de llegar a mis labios.

La bilis me sube a la garganta y me la trago igual que hago con mis lágrimas.

Apartando de nuevo la cabeza de mí, Raoul se concentra en la navaja que aún tiene en su puño firme, bajándola para contornearme los pechos. Uno y luego el otro, el cuchillo apenas me roza la piel, pero es lo bastante afilado como para hacer sangre en cualquier momento.

Hay tantas palabras que quiero gritarle y ninguna de ellas bonita. Me lo pienso mejor antes de abrir la boca y enfadar aún más a Raoul. Mastico todo el veneno que quiero soltar.

Tal vez si me quedo en silencio, se detendrá. Quizá el silencio, la falta de reacción, le haga cambiar de opinión sobre lo que sea que haya planeado.

Es evidente que le excita que me resista, pero si no me resisto, no habrá nada que le excite.

—Para alguien que apenas soporta tener la boca cerrada, estás muy callada ahora mismo —se burla.

Sigo sin decir ni una palabra. Estoy harta de rezar todo lo que sé, aunque son lo único que me queda.

—Abre la boca para mí, Kailyn. Venga, sabes que quieres hacerlo. —Aprieto los dientes con más fuerza. Que le den al dolor. Que le den a la agonía—. He dicho —grita ahora— que abras la puta boca.

Ni siquiera espera a que me plantee si quiero obedecerle o no. Me obliga a abrir la boca cuando presiona la punta del cuchillo y me traza una línea en el pecho.

Gimoteo cuando la boca de Raoul se cierra alrededor de la herida que me ha hecho, chupando la sangre que seguramente me esté brotando. Cabrón enfermo. Es un enfermo hijo de la gran puta.

Se aparta de mi pecho y, antes de que pueda cerrar la boca, escupe dentro de ella la sangre que me ha succionado. El sabor a cobre combinado con la suciedad de los restos del cigarrillo bailan sobre mi lengua y me entran arcadas.

La emoción brilla en los ojos de Raoul cuando me observa.

—Te ha gustado, ¿verdad? —Me acerca la mano a la cara, me agarra la mandíbula y me obliga a mantenerla abierta—. Traga para mí, princesa —susurra, bajando la cabeza para susurrarme las palabras al oído.

Luchar contra ello no sirve de nada. Me atraganto, tosiendo sangre y saliva al son de la risa de Raoul.

Una mirada aburrida se apodera de su rostro y, por un segundo, pienso que se ha terminado. Por fin ha decidido que me ha destrozado lo suficiente como para no avergonzarse de los golpes que le he dado. Que quizá piense que ya he aprendido la lección, que no intentaré huir de nuevo ni me liaré a puños como una cría petulante.

En lugar de dejar de lado la necesidad de torturarme hasta el alma, recorre mi cuerpo con su cuchillo, moviéndose muy lentamente, con el objetivo de conseguir la humillación definitiva de sus acciones.

Incluso en la oscuridad de mis párpados, puedo ver lo que está haciendo. Su contacto con mi piel desnuda se amplifica, borrando el dolor con una sensación diferente. Siento náuseas y tiemblo de miedo. Lo único que quiero es quedarme vacía. Desmayarme y no recordar ni un segundo de esto cuando me despierte.

Una vez más, todas las plegarias me han fallado. Raoul baja más por mi cuerpo y juega con mis bragas, deslizando el metal de su navaja entre la tela y mi piel, riendo como una hiena cuando lo acerca sobre mi sexo.

—Veo veo —canta, estallando en otra carcajada.

Conteniendo las lágrimas, cierro los ojos con más fuerza. Rezo para que la oscuridad me lleve, me trague entera y no me vuelva a escupir.

—¿No te gustan los juegos, Kailyn? Venga, esto es divertido. Dilo conmigo. Veo... —Vuelve a meter el cuchillo por entre mi ropa interior y yo me quedo quieta. Tira de mis bragas hacia un lado, revelando mi sexo y me muero aún más por dentro—. Veo.

Se ríe, volviendo a colocar mis bragas en su sitio antes de doblarse y empujar su cara contra mi centro. Su aliento es caliente cuando me llega, como la llamarada de un fuego al que se le ha dado demasiado combustible.

—Vale —canturrea—, no es muy divertido si soy yo el único que lo dice.

Recorre la cara interna de mi muslo con la hoja, deteniéndose cada pocos centímetros para presionar la punta contra mi carne. Me duele la cabeza de tanto apretar los dientes.

—¿Quieres oír un dato interesante, Kailyn? —dice, y luego hace una pausa, como esperando a que responda. Aunque quisiera, sigo conmocionada, aterrorizada por lo que pueda pasar con la navaja si me muevo—. En algunas culturas —continúa— le cortan el clítoris a las mujeres. Simplemente le pasan una cuchilla y *voilà*, no queda clítoris. Puede sonar cruel, pero me pregunto hasta qué punto es justo. Para mí tiene sentido, en realidad, que una mujer no ande por ahí a punto de llegar al orgasmo con cada Dick, Joe y Harry que ve por la calle. ¿Sabes cuántas mujeres esperan a que un hombre les ponga un anillo en el dedo para poder dejar de permitirles que la metan en caliente? —Lo formula como una pregunta, aunque sabe muy bien que no voy a contestar—. ¿No? Vale, bueno, yo tampoco, pero son muchos. Una larga lista. No te haces una idea. Parece que se lo estén pasando como nunca, correteando por el supermercado y gastándose el dinero de sus maridos mientras no les dejan follar. Tienen un hijo y puede que otro, pero entre medias hay muchos periodos de sequía mientras sus mujeres están por ahí dejándole mojar el churro a algún otro hombre.

Retira la navaja y casi suspiro aliviada por su ausencia. Sin embargo, antes de que pueda siquiera exhalar el siguiente suspiro, Raoul y la navaja vuelven a estar ahí. Esta vez utiliza el lado romo de la hoja contra mí, deslizándolo entre mis pliegues como si estuviera practicando.

—La única forma de saber si una mujer te quiere... te quiere de verdad —dice— es deshacerse del clítoris. Si después sigue queriendo follarte, sabes que has dado en el clavo. Ace y tú estáis casados, ¿no? Por eso le daba largas a mi hermana. Mantenía las distancias, prolongando este miserable acuerdo matrimonial. Pero ese no es el tema. Puede que Ace no nos haya hecho ningún favor, pero soy un hombre generoso. No hay nada que me impida ser amable con alguien egoísta. Evitar que una mujer vea el sexo como algo para excitarse tiene otros beneficios. Sin clítoris las mujeres no zorrean tanto. Tal vez aún le haga el favor a Ace. Haré de ti una mujer fiel. Evitaré que vayas a buscar quien caliente tu cama a otra parte.

Esta vez, cuando Raoul me toca, es áspero y salvaje. Mi cuerpo se tensa aunque sabe que no debe hacerlo. Sabe que sólo lo enfurecerá más.

Hace fuerza contra mi intento de mantener las piernas cerradas. Con más facilidad de la que me gustaría admitir, consigue separarlas y dejármelas abiertas con los codos.

—Un movimiento estúpido y te rebanaré todo el coño —advierte.

Lloro. Lloro como un puto bebé. Lloro como una mujer de luto mientras Raoul me separa, me aprieta el clítoris y presiona la punta de la navaja contra él.

—Por favor —ruego, encontrando de repente la voz de nuevo—. Por favor, no lo hagas. No tienes que hacerlo. Por favor..., no lo hagas.

—¿Crees que voy a parar sólo porque me lo pidas por favor? Ya deberías conocerme mejor que eso, princesa. Ofréceme algo más... algo mejor. Ofréceme follarte y si me gusta, si decido que estás lo suficientemente apretada, tal vez te permita quedarte con este bonito clítoris tuyo.

No puedo hacer eso. No lo haré. Prefiero que mutilen mi cuerpo a darle permiso a Raoul Caruso para estar dentro de mí. Para follarme como si alguna vez pudiera pertenecerle.

—Me lo imaginaba —sisea, apretando la navaja con más fuerza contra mí.

Aprieto los dientes y espero a que llegue el momento. Conociendo a Raoul, busca la máxima excitación. Se lame la lengua sobre los dientes amarillentos del tabaco, observando mi cara mientras mantiene firme la navaja. Hago todo lo que puedo para que mis emociones no se esparzan por mis facciones, pero estoy segura de que el esfuerzo es en vano.

Cuando se estremece, siento que ha llegado el momento. Pero en lugar de dolor, noto su retraimiento y el leve zumbido de un móvil en silencio.

Un universo entero de aire entra en mis pulmones cuando Raoul se saca su teléfono del bolsillo y se lo pone en la oreja.

—Hola —Pausa—. ¿Ahora mismo? ¿Me estás tomando el pelo? —Sacude la cabeza, fingiendo fastidio. O tal vez está verdaderamente molesto. Es difícil saberlo con él—. Sí, sí. Estaré allí en media hora como mucho. —Con el móvil de regreso en el bolsillo, vuelvo a ser su centro de atención—. Parece que te ha salvado la campana, princesa. No puedo cortarte el clítoris y no estar aquí para ver cómo te retuerces del dolor.

Se levanta del suelo lo suficiente para cernirse sobre mí, me besa en la mejilla y me trago la acidez que se me ha subido a la garganta por millonésima vez esta noche.

—¿Qué tal si te propongo un trato? —dice, ya de pie—. Te limpias esa puta cara llorosa y te traigo una aguja y un poco de hilo. Ya sabes, por si quieres probar a cosértelo una vez que te lo haya cortado.

Se le escapa una carcajada y, silbando, me da la espalda y se dirige hacia la puerta.

Aparte de levantar los pies para acurrucarme en posición fetal, no me muevo.

Ni un centímetro.

Ni un milímetro.

De espaldas a la puerta, no veo, sino que oigo cuando Raoul abandona la habitación con una retahíla de palabrotas cada vez más silenciosas hasta que desaparecen.

Aprieto los ojos, dejando que las lágrimas resbalen por mis párpados cerrados.

Lloro durante horas. Lloro hasta que no me queda nada dentro. Hasta que se me secan los ojos y la garganta me arde como la superficie del sol.

He luchado.

He perdido.

Mientras me limpio la última lágrima de los ojos, me doy cuenta con mucha certeza de que Raoul tenía razón. Moriré esta noche. No soy lo suficientemente fuerte o afortunada para ganar sin ayuda una guerra contra la mafia.

Al menos no te ha mancillado, pienso, para luego desterrar inmediatamente el pensamiento. No hay garantía de que no retome lo que no pudo terminar una vez regrese.

Y lo que es peor, mi hijo está en manos de Caruso. Saberlo es la peor clase de infierno imaginable.

NUEVE

Kailyn

Cuando vuelvo a abrir los ojos, es como si Dios me gritara que siguiera aguantando. Que no dude de Él. Que luche incluso cuando parece que la batalla ya está perdida.

Me muevo y me duele todo. El corazón. El cuerpo. El alma.

El esfuerzo para levantarme del suelo es casi hercúleo, así que desisto y vuelvo a apoyar la cabeza en la miserable alfombra. El estómago me gruñe de hambre de una forma tan dolorosa que casi me paraliza.

Todavía hay algo de comida en la bolsa que hay sobre la cama y, aunque mi apetito no aparece por ninguna parte, mi cuerpo sigue suplicándome que le dé combustible, que le dé la energía que necesita para seguir luchando.

¿Acaso quiero luchar?

Incluso si engullo toda la mierda que George trajo en esa bolsa de papel, no hay forma de derrotar a Raoul. No estando yo sola.

Cierro los ojos. No puedo pensar así. Donde hay voluntad, hay un camino.

Suelto un suspiro y vuelvo a abrir los ojos, confusa. Me doy cuenta de que hay algo debajo de la cama. Algo que brilla incluso en la tristeza de la habitación.

Busco debajo de la cama, entre las telarañas y el polvo, entre las migas que no se han aspirado en una década.

Mi cuerpo grita, suplicándome que deje de moverme, que le dé un respiro. Que descanse. Que coma. Que acepte esta derrota como lo que es. Pero el cuerpo, dicen, no tiene la resistencia del alma. Todo duele. Todo duele de cojones, pero, aun así, no me detengo.

Podría tratarse sólo de un espejismo, algo parecido a estar perdido en el desierto durante meses y divisar una fuente de agua centelleante, cuyo sonido se asemeja al de las olas al romper contra la orilla.

Como un hombre que se muere de sed, deposito toda mi energía en la esperanza de algo que

pueda conducirme a la supervivencia.

Me pongo de lado y veo la sangre que mana de la herida que Raoul me hizo en el pecho. Hay un lugar especial reservado en el infierno para gente como él y no me cabe duda de que, cuando llegue el momento, recibirá su merecido. Lo único que no acabo de entender es por qué tienen que hacerme pasar por un infierno a mí. Soy una buena persona. Un puto ser humano decente. En una vida pasada, debí de ser un monstruo para pasar por lo que estoy pasando.

Llegar hasta debajo de la cama se me antoja una tarea ardua. El espacio no es lo bastante grande como para que quepa todo mi cuerpo, así que, con posibles huesos rotos y todo, me meto en el hueco con los dedos estirados mientras intento alcanzar el objeto de metal.

Unos milímetros más y listo.

Ya casi lo tengo.

Me duele el cuerpo y me gruñen los huesos mientras me estiro todo lo que puedo. Cuando siento la frialdad del metal, trato de no emocionarme demasiado y proceder con cuidado mientras uso los dedos para guiarlo más y más cerca hasta que puedo cogerlo. La pesadez en mis manos parece real aunque no lo sea. Mi cerebro quiere que piense que de verdad he conseguido una pistola. La lógica me dice que es imposible.

Como he dicho, esto podría ser simplemente mi cerebro jugándome una mala pasada, mintiéndome. Quién sabe, tal vez me golpeé demasiado fuerte la cabeza cuando Raoul me lanzó al otro lado de la habitación. Tal vez perdí demasiada sangre cuando me cortó.

Raoul, grita mi cerebro y me doy la vuelta, aterrorizada de que aún pueda estar aquí a pesar de haber oído abrir y cerrar la puerta. A pesar de no haber oído ni pío de él en la última... ¿media hora? ¿Una hora?

¿Cuánto hace que se fue?

No. No hay tiempo para estas preocupaciones en este momento.

Una vez más, me centro en lo que tengo entre manos, examinando el arma. Parece real. La siento real. Y, cuando me pellizco para comprobar que no estoy soñando, el arma sigue ahí.

Una pistola de verdad.

Metal sobre metal.

Amartillo la pistola para comprobar la recámara. Hay una bala dentro. Brillante, de color cobre y dura al tacto. Compruebo el cargador y veo más balas. El corazón me palpita en el pecho.

Esto no puede ser real. Esto no puede ser real. Ni de coña puede ser esto real. Por supuesto, podría disparar para comprobarlo, pero no me han dado *tan* fuerte en la cabeza.

De momento, me meto la pistola en la cintura de los pantalones cortos. Tendré que encontrar un escondito difícil de descubrir y fácil de alcanzar cuando tener un arma pegada al cuerpo no sea la mejor idea. Casi sonrío. Una pistola. Una oportunidad real y verdadera de defenderme. Me olvido del hecho de que, aunque he disparado un arma antes, nunca he apuntado con ella a otro ser humano. Hay una primera vez para todo, ¿verdad? Y obviamente, Dios quiere que haga esto.

Dios quiere que tenga una oportunidad de sobrevivir a Raoul.

Vale, quizá no sea así como funciona todo esto de la religión. Dios no es un hombre violento, después de todo.

Hay dos posibilidades de cómo llegó el arma aquí.

Uno: es la de repuesto de Raoul y en cuanto se dé cuenta de que falta, pondrá patas arriba toda esta habitación para encontrarla. Me hará a mí pedazos hasta que la recupere. Y entonces me apuntará a la cabeza con la pistola y acabará con todo de una vez por todas, asegurándose de que no haya más intentos de derrotarlo. A menos que yo sea más rápida, por supuesto. Una vez más, sé manejar un arma, pero nunca he matado a nadie.

¿Hasta qué punto dudaría a la hora de matar a Raoul, sabiendo que bien podría ser mi vida o la suya?

La segunda posibilidad es que el arma perteneciera a algún otro pandillero que se haya escondido en esta habitación. Raoul no la echará en falta porque no le pertenece; por tanto, no tiene ni idea de que está aquí y podría pillarle totalmente desprevenido, volarlo en pedazos antes de que tenga la oportunidad de cruzar la habitación, antes de que tenga la oportunidad de tocarme de nuevo.

No hay muchos guardias ahí fuera. A veces uno, como mucho dos. Si juego bien mis cartas, podría acabar con ellos antes de que se den cuenta ni de lo que pasa, correr hasta que me duelan los pies y por fin estar a salvo.

Cierro los ojos y rezo a todos los dioses de ahí arriba para que pase esto último. Para que la pistola no pertenezca a Raoul. Luego me arrastro hasta la cama en busca de la bolsa de papel con comida que George había traído. Si quiero tener alguna posibilidad de ganar, necesitaré todo el sustento posible.

DIEZ

Aclan

Nunca he sido ningún pirómano, pero ver el almacén envuelto en llamas no tiene nada que envidiarle al despliegue de fuegos artificiales del 4 de julio. Apenas causamos daños, ya que Caruso se ha llevado la mayor parte de su producto. Lo sé porque nos aseguramos de registrar el almacén antes de prenderle fuego.

Había la más mínima posibilidad de que David estuviera escondiendo a Kailyn y Tommy aquí y lo último que quería era prenderles fuego a mi propia mujer e hijo. Así que, a pesar de que Fred no estaba al cien por cien de acuerdo con la idea, entré. Eliminé a los dos guardias que dormían en sus puestos y comprobé que las dos personas que más me importaban en el mundo no estuvieran escondidas entre cajas y contenedores.

No puedo decir que estuviera contento con el resultado. Por una vez, la vida podría habérmelo puesto fácil. Podría haberlos encontrado a la primera, pero no. Salí del almacén con las manos vacías y di el visto bueno a prenderle fuego.

Fred y yo estamos sentados en los asientos traseros y, el conductor, Ricardo, en el delantero. Hay otros tres coches de refuerzo por si los necesitamos. Estamos aparcados en la tercera calle, lo bastante lejos del edificio para no parecer sospechosos. Lo suficientemente cerca para asegurarnos de que no se pueda salvar ni un gramo de producto. No es que importe. Los bomberos apagarán el fuego y la policía se encargará de las drogas. En parte nos jugará en contra, eso lo sé, ya que la venta del almacén está casi finiquitada. Sin embargo, el nombre de Caruso sigue constando en el contrato de arrendamiento. Y dispongo de todas las pruebas que la policía necesita para saber que es David detrás de quien deben ir.

A veces me pregunto cómo ha llegado tan lejos en la vida siendo tan condenadamente estúpido. Pero, ¿quién soy yo para quejarme? Al final, su estupidez sólo me beneficiará a mí. Ese hijo de puta ha jodido a la familia equivocada y, para cuando termine, tendrá a todo puto Chicago yendo en su caza.

—Estaba pensando —empieza a decir Fred.

Me giro hacia él, abandonando mi hilo de pensamientos.

—¿Sí?

—Caruso empezó a sacar movidas del almacén. ¿Crees que sabe que Russo nos ha vendido la propiedad?

—Puede ser. ¿Por qué te preocupa?

—Porque o sabía lo de la venta o mucho antes de enterarse de lo tuyo con Kailyn ya estaba planeando ir a la guerra con nosotros. Si ese es el caso, habría estado anticipando que tomásemos represalias y asegurándose de no perder gran cosa en el proceso.

Me rasco la cabeza. Por más que la cague Fred, no es ningún idiota. A veces actúa como tal, pero en este asunto, lleva mucha razón.

—Russo no nos ha enviado los papeles firmados hasta esta noche. No es que se lleve precisamente de forma espectacular con Caruso... No son amigos, o de lo contrario no nos habría vendido la propiedad. Eso me hace dudar de si el cambio de dueño tuvo algo que ver que con él haya estado transportando su producto. Y dudo que supiera algo de mi conexión con Kailyn antes de vernos esa noche.

—Así que a lo mejor ese fue el catalizador. Habría esperado hasta que tú y Ava estuvierais cerca de poner una fecha para poder mover ficha y que fuese pan comido. Piénsalo. Con el tiempo, nuestras familias habrían llegado a un punto en el que habría sido normal que uno u otro miembro pasase por el territorio del otro. Una boda requiere mucha planificación y el padre de la novia, el que paga la factura, muy probablemente querría tener voz y voto. Habría cenas, comidas, almuerzos.

—Habríamos visto tan a menudo a ese cabrón de Caruso que al final habríamos bajado la guardia.

—Exacto —asiente mi hermano—. Habría jugado limpio al principio, quizá hasta se habría presentado unas cuantas veces sin armas ni seguridad. Nos habría demostrado que no era ninguna amenaza y que tampoco creía que nosotros lo fuéramos. Cuando menos lo esperáramos, habría causado más estragos de los que logró esta noche. La verdad es que seguro que sospeché que ibas a cancelar el compromiso después de haberte visto con Kailyn, pero no es nada comparado con lo que podría haber pasado si hubiéramos llegado al punto de invitar a ese hijo de puta a nuestra casa.

Joder.

—Tienes razón, pero... ¿por qué me cuentas todo esto?

—Porque te necesito concentrado —dice.

Enderezo los hombros, molesto por la acusación de que no estoy concentrado. Al fin y al cabo, buscamos a mi mujer y a mi hijo.

—Cálmate —dice, mirándome a los ojos—. Te has estado culpando por lo que pasó desde que pasó. Todavía no la has cagado, pero podrías hacerlo si vas por ahí pensando que algo de

esto es culpa tuya.

No sé cuándo fue la última vez que abracé a mi hermano, pero siento el impulso de hacerlo ahora mismo porque está en lo cierto. Tiene toda la puta razón, me guste o no admitirlo.

—Entendido —le digo. Soy un tío demasiado duro para agradecerle que haya investigado hasta el fondo y sacado su lado humano, que casi nunca vemos.

—Pongamos las cosas en marcha —le dice Fred a Ricardo y entonces pasamos al siguiente edificio que no sabe la que está a punto de caerle.

Cuando llegamos, tenemos cuidado de que no nos vean. Esta calle está más concurrida que la anterior, así que esperamos una eternidad antes de poder explorarla.

Prismáticos en mano, escalamos la valla y Fred me levanta para que mire por la ventana.

—Vacío —le digo.

No se equivocaba al decir que Caruso llevaba tiempo planeando esta movida. No es ninguna sorpresa que los dos siguientes edificios que visitamos arrojen los mismos resultados. Caruso ha estado moviendo de sitio sus mierdas, más que probablemente asumiendo que este sería el primer paso de nuestra venganza.

Lástima que sea tan corto de miras, porque entonces sabría que, en materia inmobiliaria, sabemos todo lo que hay que saber. Y lo que es más importante, tenemos muchísimos contactos.

Lo que no han hecho los Bernardi, y que a los Caruso se les da de puta madre, es cabrear a la mayoría de Chicago. Puede que mi padre tuviera fama de bruto y duro, al igual que mi abuelo, pero, ante todo, eran hombres de negocios respetuosos y respetados a partes iguales.

—Saca la lista que ha enviado papá —le digo a Marco. En vez de perder el tiempo comprobando el resto de propiedades que Caruso sabe que conocemos, decido revisar la lista de abajo arriba. Papá ha hecho las diligencias debidas y nos ha enviado la lista de propiedades que sabe, a través de sus fuentes, que Caruso alquiló en los últimos meses, así como direcciones más antiguas de ubicaciones que sus amigos agentes inmobiliarios escupieron con facilidad.

El siguiente lugar que visitamos es una mina de oro. El lugar está lleno hasta los topes. Qué bello sería prender toda esta mierda en llamas hasta que solo quedasen cenizas. Lástima que aquí tengamos que proceder de otra manera.

—Hay sangre en el maletero —nos dice el conductor—. Necesitarán eso para que la policía tenga una razón para entrar sin una orden.

¿Hay sangre en el maletero? Lo dice como si fuera lo más normal del mundo. Aún me queda mucho por aprender. Tengo muchísimas ideas, pero mi padre lleva tanto tiempo en esto que la preparación que le pone a sus ideas es insuperable.

Marco y yo salimos del vehículo y nos dirigimos a la parte trasera, vigilando que no nos estén mirando cuando rebuscamos en la maleta.

Dentro hay ropa: una sudadera negra con capucha y pantalones a juego. Obviamente tiene mucho más sentido ponernos esto que lo que llevamos puesto ahora y además nos resultará más fácil movernos. Le tiro a Fred un chándal y rápidamente me pongo yo uno. Sabiendo que no hay

tiempo que perder, me apresuro a rebuscar en la maleta hasta encontrar la bolsa de sangre.

—¿Esta mierda es real? —le pregunto a Ricardo.

Niega con la cabeza.

—Es sangre de cerdo. Pero los policías no lo sabrán hasta que la lleven a analizar a el laboratorio.

Y, aun así, la sangre no es lo más raro que contiene esta puta maleta.

Después de encontrar lo que necesito, la cierro de golpe y me giro para mirar a mi hermano mayor.

Como dos ladrones en mitad de la noche, nos dirigimos al edificio. El primer curso de acción es, por supuesto, encontrar a Kailyn y Tommy.

Hay esperanza en mi pecho cuando me acerco al almacén y aún más cuando veo la masa de cocaína que nunca llegará a las calles, porque quiere decir que Caruso no tenía ni idea de que podríamos encontrar este lugar. Si es lo bastante bueno para almacenar sus drogas, también lo es para esconder a mi familia.

Tenemos que entrar y hay dos maneras de hacerlo: entramos por la fuerza o pidiéndolo por las buenas. Todo el mundo en el equipo de Caruso debe de estar ya al tanto de la mierda que ha hecho, por lo que ni de coña van a dejar entrar a un Bernardi sin ofrecer resistencia. Tendremos que eliminar a los guardias si queremos echarle un vistazo al almacén.

Fred aporrea la puerta, sabiendo que vendrán con las armas desenfundadas, dispuestos a erradicar a quienquiera que sea el responsable del alboroto. Lo que también sabemos es que los matones que trabajan para Caruso no tienen muchas luces. Se creen duros e intocables. Caruso entierra a sus hombres como se cambia de calzoncillos, y no porque necesite eliminarlos él mismo. Los que no tienen sufren una sobredosis con su producto se buscan otra forma estúpida de matarse.

No hace mucho, uno de sus bufones se despeñó por un barranco porque se olvidó de poner el freno de mano mientras se masturbaba y pisó a fondo el acelerador en pleno clímax. La seguridad no era lo primero y, al no llevar cinturón de seguridad, encontraron su cuerpo a unos cinco metros del lugar donde cayó el coche.

Yo me agacho a la izquierda y Fred a la derecha, a ambos lados de la puerta. El idiota que abre lo hace con una retahíla de palabrotas y la pistola apuntando al frente.

Ni siquiera tiene la oportunidad de mirar a izquierda o derecha antes de que Marco esté sobre él, haciendo daño. El objetivo de venir aquí era no disparar nuestras armas. Es más fácil huir si nos vamos sin hacer ruido. El otro gilipollas del almacén, sin embargo, está hambriento de gatillo y dispara como un loco mientras carga hacia nosotros.

Una bala.

Dos balas.

Tres balas.

Cuatro.

Sin perder un segundo, le enseño cómo se hace. Apunto y disparo. Un imbécil ha caído y el otro está desangrándose.

Esa bolsa de sangre que trajimos no será necesaria. Dejaremos la puerta abierta, llamaremos a la policía y que hagan lo suyo.

Me apresuro a entrar mientras mi hermano se asegura de que el hombre al que ha dejado inconsciente no vuelva en sí. El corazón me late a mil por hora mientras busco por todas partes, abriendo cajas y gritando el nombre de mi mujer a pleno pulmón. Compruebo cada armario, cada puerta, cada caja y... nada. Ni pío. Ni rastro de Kailyn o Tommy.

Tardo cinco minutos en darme cuenta de que buscar es un esfuerzo inútil. Como estoy de mala hostia, decido hacer que otra persona sienta el peso de mi ira.

Me apresuro a pasar junto a las pilas de coca, abriéndoles un agujero mientras avanzo, hasta llegar a la fachada del edificio donde aún yace el hombre al que Fred derribó. Un pisotón en las costillas hace que se agite y se agarre la zona del impacto.

—¿A dónde cojones se ha llevado Caruso a la hija del policía? —pregunto.

El hombre murmura algo, pero nada que responda a mi pregunta. Vale, quiere ir por las malas.

Apoyo el pie en su cabeza, clavando la bota. Son buenas botas, de las que tienen acero en la punta y el talón. Con un calzado así, casi nunca hace falta otra arma.

—Responde a mi puta pregunta —gruño—. ¿A dónde ha llevado Caruso a Kailyn Johnson?

El idiota empieza a sacudir la cabeza. No consigue moverla mucho con la presión que estoy aplicando.

—No sé. No lo sé, tío —se apresura a decir—. No sé nada de ninguna chica. Nosotros solo nos ocupamos del almacén. Eso es todo.

Levanto el pie y piso, sintiendo un placer perturbador al oír el crujido de su mandíbula.

Si Kailyn pudiera verme ahora, se cuestionaría de qué clase de hombre se ha enamorado. O quizás entendería que haré lo que sea para salvarla a ella y a Tommy. Que toda la familia de Caruso tendrá que pagar con creces el ponerles las manos encima.

El hombre bajo mi bota gime. Fred me dice que me dé prisa. El tiempo corre y con los disparos que se han oído hace unos minutos, no hay forma de saber si la policía llegará pronto. No podemos permitirnoslo. Desperdiciar tiempo en sacarme de la cárcel será perder un tiempo precioso en el que podría estar en las calles haciendo lo que sea necesario para encontrar a mi familia.

—¿Dónde está? —pregunto una vez más. Despacio, con amabilidad.

—No sé nada. —Sé que miente. La expresión de su cara no es sólo de dolor. Es de guarda un secreto. Este cabrón sabe algo y si me obliga a irme de aquí sin sacarle qué es ese algo, lo menos que le voy a regalar es una buena bala entre ceja y ceja.

Le lanzo una mirada en lugar de volver a formular la pregunta.

—No lo sé, tío —repite—. Lo juro por mi vida, no sé dónde está. —Su vida no debe valer

nada para él entonces.

Levanto el pie. Ahí está ese ángel en mi hombro diciéndome que soy mejor que esto, que tal vez hay una posibilidad de que esté diciendo la verdad, que tal vez no se me da tan bien calar a la gente como creo que se me da.

En el otro hombro está el diablo. Él es el que habla mi mismo idioma en este momento, instándome a seguir dejándome llevar por mi ira. Incluso si el cabronazo está diciendo la verdad, incluso si no tiene ni idea de dónde están retenidos Kailyn y Tommy, se merece cualquier sufrimiento que caiga sobre él.

Mi pie empieza a bajar. Ahora lo está mirando fijamente. Cuando la goma y el acero choquen con la carne y el hueso, puede que tenga que estar retirando materia cerebral durante días.

—Están en algún motel —gime, cantando como un puto canario.

Me detengo a un pelo de su nariz. Me inclino hacia él.

—¿Qué motel?

—¡Aclan, tenemos que largarnos! —me apremia Fred. Lo oigo y sé que no se equivoca. ¿Pero es que no ha oído lo que acaba de decir este tío? ¿Ha olvidado que mi mujer y mi hijo están desaparecidos? ¿Que estamos un paso más cerca de encontrarlos?

Ignoro a mi hermano. Aunque tiene más razón que un santo en que tenemos que largarnos de aquí, el cabrón acaba de darnos una pista.

—¿Qué puto motel?

—No lo sé. No lo sé. Ahora te estoy diciendo la verdad —suplica, con los brazos en alto en un intento de protegerse la cara—. Raoul está con ella. Juro por Dios que es todo lo que sé. Habló con Chipper de volver al motel y eso es todo, de un trozo de una conversación que oí por casualidad y que ni siquiera debía saber. Trabajo en el puto almacén, tío. No me pagan tanto como para estar enterado de estar mierdas.

No tengo la oportunidad de contemplar si todavía quiero estrellarle la cabeza contra el hormigón una vez más porque lo siguiente que sé es que me están arrastrando por la capucha de la sudadera.

Mi hermano prácticamente echa humo por la nariz mientras carga hacia la salida conmigo a remolque. Tiro de su mano.

—Muy bien, Fred. Sé caminar. Suéltame de una puta vez para que podamos pirarnos de aquí. Me suelta.

Corremos hacia el Lincoln como si un fuego nos estuviera pisando los talones. Se escuchan unas sirenas de fondo, aún a cierta distancia, pero cada vez más cerca. No habrá necesidad de llamar a la policía, eso está claro.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —sisea el chófer a la vez que cerramos la puerta tras nosotros.

—Pregúntale a este imbécil —le responde Fred.

No le digo que me trate con un poco de respeto. Tiene razón, he sido un imbécil. Podría

haberla cagado a lo grande, pero también hemos conseguidos una información necesaria de cojones.

—Has oído lo que dijo, ¿verdad? Que se han llevado a Kailyn y Tommy a un motel.

—Joder, pero sí seguro que se lo inventó sobre la marcha —responde Fred, con una negatividad que no necesito ahora mismo.

—¿Y si está diciendo la verdad? Esta es la primera puta pista que tenemos y ¿esperas que lo ignorare y ya?

—No te digo que lo ignores —escupe a la defensiva—, pero destinar recursos en la dirección equivocada no es precisamente una buena idea. Y aún peor es estar disperso y deseando estar recorriendo moteles en vez de completar el trabajo que sabemos que obligará a David a someterse. El tío necesita dinero para sobrevivir. Sin él, estará desnudo y desesperado. Así es como recuperaremos a Kailyn y Tommy.

—Los recuperaremos haciendo todo lo que esté en nuestras putas manos. Levantado hasta la última puta roca y obligando a David a someterse. No nos falta personal. Tenemos hombres repartidos por todo el puñetero país. Mientras sea David Caruso contra quien nos enfrentamos, nuestros amigos estarán felices de prestarnos su apoyo.

Fred me mira con las palmas de las manos hacia arriba y los labios apretados mientras asiente.

—Me parece razonable, pero sigo pensando lo mismo. Los almacenes son nuestra misión principal y ahí es donde también debe estar tu cabeza.

—Está decidido —digo, girándome para mirar por la ventana.

—Envíame una foto de Kailyn y el niño. Haré que alguien le eche un vistazo a cada puto motel de la ciudad. Tú ponte en contacto con papá y mira si saben algo de David.

Hago lo que me dice. No porque a mi hermano se le permita ir por ahí ladrándome órdenes, sino porque tengo que hacer lo que hay que hacer y él piensa mucha más claridad que yo ahora mismo. Quién coño iba a pensar que vería el día en que mi hermano fuera el sensato. Supongo que hay una primera vez para todo, al fin y al cabo.

Mis niveles de estrés están por las nubes, lo que debería implicar que esté hiperconcentrado. El problema es que mi hijo está en manos de Caruso, al igual que mi mujer. Toda esta puta movida me pilla de nuevas y no sé cómo lidiar con tal novedad.

A mi cerebro le urgen las ganas de derramar sangre, pero meterle un tiro a todos los que hayan estado en contacto con Caruso no es exactamente una estrategia.

Saco el teléfono y busco el contacto de mi padre. Contesta al primer timbrado y empieza a hablar antes de que yo pueda siquiera decir ni hola.

—Marco te va a mandar un mensaje desde un desechable. Tres. Cero. Cero. Nueve. Hazle saber a dónde te diriges. Se reunirá contigo allí.

Tomo nota del número. El darnos códigos unos a otros es algo que empezamos a hacer hace unos años, para asegurarnos de que no cualquiera que tuviera la suerte de hacerse con el número

de teléfono desechable pudiera engañarnos para que nos comunicáramos con él. Puede que sea una precaución estúpida, pero es otra forma de garantizar nuestra seguridad.

—Entendido —digo—. ¿Y Caruso? ¿Lo tienes vigilado?

—Está encerrado en su casa —dice mi padre—. No estoy seguro de que podamos hacerlo salir todavía, pero ten por seguro que se está cagando encima en este mismo instante. —Siento que mi humor empieza a decaer, pero entonces mi padre vuelve a hablar—. Estoy reuniendo a toda la banda —dice—. Leonard era de la familia. Kailyn y Tommy son de la familia. Si Caruso no quiere salir de su casa, tendremos que asegurarnos de que tenemos los hombres necesarios para entrar cuando llegue el momento. Tal y como están las cosas, no hay forma de que pueda poner un pie en su porche sin que le pongamos las manos encima.

Por muy calmada que suene la voz de mi padre, no hay duda de que está tan hambriento de sangre como yo.

EN LOS SIGUIENTES almacenes avanzamos con más presteza. Entramos y salimos en un abrir y cerrar de ojos. Hago lo que debo, sigo a mi hermano cuando es necesario y doy órdenes cuando estoy en posición de hacerlo.

Sólo cuando hemos conseguido pringar de sangre otras dos escenas del crimen llamamos a la policía. Fred hace una llamada y yo hago la otra. Ambos le decimos a la policía lo mismo: que hemos escuchado gritos, que vimos a un niño cubierto de sangre, que tienen que venir ya mismo.

Cuando aparezcan, no verán un secuestro que ha terminado mal, si no que se encontrarán con una montaña de cocaína. Caruso no sólo perderá un montón de dinero, sino que los traficantes que le vendieron la droga irán a por él cuando no pueda devolverles el dinero. Y la policía hará todo lo que esté a su alcance para rastrearlo. Y luego estamos nosotros.

Si mi hijo y mi mujer no estuvieran en manos de ese hijo de puta, estaría sonriendo como un desgraciado.

Tal y como están las cosas, es demasiado pronto para sonreír porque aún me quedan cosas por hacer.

ONCE

Kailyn

Desesperanza.

Estoy atrapada con un arma que no puedo usar, en una habitación de la que no tengo forma de huir y sin el hijo que me he pasado toda la vida protegiendo.

Me arde cada músculo del cuerpo y ya puedo empezar a ver los moratones que me florecen en los brazos. Si me levanto la camisa, sin duda, pareceré que tengo un caleidoscopio.

Cuando atacué a Raoul, me sentía impulsada por la adrenalina.

Cuando Raoul me atacó, no sentí más que derrota.

Después de dormirme y despertarme, de ir al baño y pasar bastante tiempo en esta soledad a la que me han obligado, siento que me estoy volviendo loca. Como si no fuera más que un cerdo esperando la matanza. Sí, patearé y gritaré y lucharé por sobrevivir, pero al final...

No, no puedo pensar así.

Me viene a la mente mi padre. No de su muerte ni de la forma en que murió, sino de un recuerdo mío de cuando tenía ocho años.

Mi madre se había ido a visitar a la familia para ayudar a preparar el funeral de mi tía. Estábamos solos él y yo en casa. Cuando era más joven, mamá era la que hacía de nuestra casa un hogar y papá el que la convertía en lugar de vacaciones. No se le daba muy bien la cocina, cada vez que intentaba preparar la cena terminaba en fracaso, pero no era lo bastante orgulloso como para obligarme a probar sus creaciones. Todas las noches era lo mismo. Lo intentaba, torcíamos el gesto, nos reíamos y buscábamos por la red a alguien que lo hiciera mejor.

Comíamos mucha comida para llevar los días que mi madre no estaba. Tomábamos pizza, comida china o india sobre la típica manta de picnic extendida en el suelo del salón como guinda del pastel. Nos inventábamos juegos tontos mientras comíamos, nos poníamos al día, veíamos dibujos animados y hacíamos competiciones de baile entre cajas de pollo Kung Pow y arroz frito.

Una de esas noches, decidimos jugar a verdad o atrevimiento.

—Te reto a que uses estas pajitas como palillos.

—Te reto a que mojes el pollo en el refresco.

—Te reto a *bailar* como un pollo.

Todo era risas y diversión hasta que llegó la parte de la verdad. Papá quería saber un secreto y debió de ser por la forma en que las mejillas enrojecieron o cómo apartaba la mirada, porque puso el juego en pausa y se acercó.

—¿Qué pasa, Kay, corazón?

No era muy dada a mentir. Incluso a una edad tan delicada, se me daba bien guardarme mis sentimientos. Vivía en un hogar feliz. Tenía una familia feliz. Mi tristeza no tenía cabida tras estas puertas. Este era mi espacio seguro.

Pero ante la pregunta de mi padre, la forma en que me acercó a él y me pasó la mano por el pelo, me derrumbé. Papá era policía. Si alguien podía resolver mis problemas y encerrar a todos los malos, era él. Pero por mucho que odiara la forma en que me trataban algunos de los niños del colegio, tampoco querían que fueran a la cárcel por imbéciles.

—¿Es por algo que he dicho? —preguntó papá. Sacudí la cabeza—. ¿Echas de menos a mamá? —Asentí, pero no era eso y él lo sabía—. ¿Es algo del colegio lo que te preocupa? —Me sentí como si me leyera la mente cuando me lanzó esa pregunta. Mi cuerpo se puso rígido—. Sabes que puedes hablar conmigo de cualquier cosa, ¿verdad, cariño?

—Si te lo digo, ¿prometes no encerrarlos?

Papá abrió mucho los ojos.

—Depende del delito —dijo—. O de la persona que lo cometió. ¿Has hecho algo malo, Kay?

Negué con la cabeza y eché la mano hacia atrás para deshacerme la coleta que la señorita Smith tan maravillosamente había ayudado a hacer para que mi pelo no pareciera un desastre.

Mi padre me miraba fijamente. No era exactamente de emocionarse, pero pude ver las lágrimas que se acumulaban en sus ojos cuando miró cómo me caían los mechones. Sabía bien lo que estaba viendo, los bordes dentados, las capas desiguales. Parecía una muñeca Barbie en las manos de un crío de dos años.

—¿Qué ha pasado? —preguntó y esa tristeza se transformó en algo que parecía... ¿miedo? ¿Ira? Una combinación de ambos, tal vez.

Terminaría por descubrir la verdad. No es como si pudiera ocultar su ataque para siempre.

Le conté a mi padre cómo los niños se habían burlado de mí. Mamá no estaba aquí para peinarme y papá había hecho lo que pudo. Me había recogido mis rizos en dos coletas que quedaron a dos niveles muy diferentes. Aquella mañana fui el hazmerreír del colegio. Y me había dolido, pero no tanto cómo cuando me sujetaron e insistieron en «igualarlo».

Tom Walker y Nina Livingston me hicieron un cristo en el pelo mientras los demás montaban guardia y se aseguraban de que no viniera ningún profesor. Salí del patio de recreo con las mejillas manchadas de lágrimas y una tristeza que me acompañó hasta el aula de la señorita Smith. Ella ayudó a que el desastre que era mi nuevo peinado pareciera un poco menos

desastroso, pero a la hora de ejecutar el castigo, no se hizo nada.

Mi padre veía las cosas de otra manera. Quería plantarse en el despacho de la directora y hacer que sacara a esos niños a rastras. Con toda la calma que pude, le dije que lo dejara estar. Que sólo empeoraría las cosas. Y era verdad.

Él me dijo que de acuerdo, que respetaría mis deseos, pero que la próxima vez que uno de ellos me pusiera la mano encima, debería asestarles un puñetazo en toda la nariz. Se me abrieron mucho los ojos.

—Eso es ilegal —le dije.

—Soy policía —dijo, señalando su uniforme—. Te prometo que no es ilegal hacer esto... —Cogió mi mano y la usó para darse un puñetazo en la nariz, haciendo el payaso mientras retrocedía—. Madre mía, Kay, tienes unos puños sobrehumanos.

Nos pasamos el resto de la noche practicando el puñetazo perfecto y me sentí como una auténtica malota cuando papá me llevó a la cama, fingiendo una cojera y sujetándose la cabeza como si de verdad le hubiera hecho daño.

—Kay, cariño —me dijo, dándome un beso en la frente—. Lo digo en serio, no puedes permitir que esos niños se metan contigo. No les pegues, pero informa a los profesores de lo que pasa. Y si necesitas apoyo —se señaló a sí mismo—, no olvides que siempre te cubriré las espaldas.

Al día siguiente, en el colegio, me enteraría de que los padres de aquellos niños debían de haber estado practicando el dar puñetazos mucho más que mi padre y yo, porque no conseguí dar más de uno antes de quedarme hecha un ovillo, deseando no haber seguido el consejo de papá.

Bueno, quizás ese no hubiera sido de verdad el consejo que había dado. Al final, dijo que la mejor opción era informar de sus acciones a alguien mayor.

Lo de anoche con Raoul me recordó a liarme a puñetazos con niños mucho más fuertes.

No pude evitar preguntarme si todo esto de tener un arma se desarrollaría de forma similar. Raoul y todos los secuaces de Caruso saben manejar un mejor que yo. Sacudo la cabeza ante ese pensamiento. Tendré que estar más espabilada con la pistola que con los puños.

Vuelvo a tumbarme en la cama, paso la mano entre la estructura y el colchón y compruebo que la pistola sigue ahí. Fue un riesgo guardarla anoche, pero habría sido un mayor riesgo dormir con ella pegada al cuerpo.

Mi historia tendría un final totalmente distinto si hubiera rodado hacia el lado equivocado y me hubiera atravesado la columna vertebral con una bala. Ahora que estoy despierta, puedo asegurarme de que esté cerca de mi cuerpo.

Cierro los ojos, preguntándome cuánto tiempo más piensan tenerme aquí los Caruso. David no apareció anoche, como prometió Raoul. Una parte de mí se alegra de que no lo hiciera. Otra parte de mí está aterrorizada por lo que eso pueda significar.

Pasa al menos una hora antes de que alguien entre en la habitación. Esta vez no es Raoul, sino un hombre que no reconozco.

DOCE

Aclan

Tierra quemada. ¿Sabes lo que queda de eso? Nada.

Mientras la tierra ardía, descubrí que algunas cosas quizá nunca salgan a la luz. Que Kailyn y Tommy sean una de esas cosas es algo que no estoy dispuesto a aceptar.

Me revuelvo en la cama y desengancho el móvil del cargador. Los números de la pantalla me gritan que son las 6:32.

He cerrado los ojos, pero aún no he dormido. Eso no es bueno ni un orgullo. No van a darme una insignia por estar tan destrozado por mi familia que no he podido pegar ojo ni unos minutos. Privarse del sueño es una idea estúpida. La búsqueda no ha terminado y necesito estar alerta cuando continúe.

Vuelvo a dejar el móvil de golpe sobre la cama, como si fuera con él con quien estoy cabreado. Por enésima vez esta noche, intento cerrar los ojos a la fuerza, pero los recuerdos que revolotean tras mis párpados tienden más a marearme que a cansarme.

Diego, un don colombiano de hace tiempo, era tan paranoico que permanecía despierto durante más de doscientas horas. No dio mucho que hablar por sus éxitos, pero su muerte quedará para los libros.

Diego consiguió cabrear al jefe de otro cártel mucho mayor, dirigido por el rudo y duro Alejandro Vásquez.

Cuentan que Diego se tiró al padre de Alejandro. Ser gay en esa época y en ese tipo de ambiente era un delito capital. Tirarte al padre de tu enemigo, bueno, era una sentencia de muerte.

Al parecer, Alejandro los había pillado en el sótano de su propia casa, con su padre encorvado y la cabeza de Diego metida entre las nalgas. Alejandro, poco dado a las palabras, ni siquiera sorbió por la nariz antes de disparar a la cabeza de su propio padre.

Diego salió de allí por los pelos, desnudo como el día en que nació y esquivando balas como

si estuviera en un casting para el *reboot* de Matrix.

Diego llegó a casa de una pieza, pero sabía que tenía una diana dibujada en la espalda. Tenía un equipo pequeño en ese momento. No había mucha gente que le cubriera las espaldas y aún menos en la que confiara para que no se volvieran contra él si, y cuando, se enteraran de lo que el cártel de Vásquez había descubierto.

El caso es que Alejandro no siguió buscando. Había sido el único en ver lo que pasaba y vincular a su familia con la homosexualidad no le convenía precisamente. Así que se calló.

Si volvía a encontrarse cara a cara con Diego, se lo cargaría, pero no iba a hacer que su equipo persiguiera a un hombre por comerle el culo a su padre.

Por supuesto, Diego no sabía nada de esto. Atrincherado en el armario de su casa de tres habitaciones en Las Olas, se sentó con su pistola, los ojos muy abiertos, y esperó. Durante días y días. Hizo que los dos tíos que cumplían el papel de sus guardaespaldas le trajeran comida, apuntándoles a la cabeza con la pistola mientras le dejaban el sustento.

Cuando uno de ellos tuvo la osadía de pedirle su paga, de decirle que renunciaría si Diego no espabilaba, Diego le pegó un tiro. El otro guardia decidió mandarlo todo a tomar por culo, ni siquiera se molestó en escupir sus palabras de renuncia. Ahora, completamente solo y con miedo a abandonar el rincón en el que llevaba encerrado más de cien días, Diego no tenía forma de conseguir comida.

La historia cuenta que, cuando llegó la policía, Diego se había comido toda la carne de los huesos del guardia al que había disparado. Tenía los ojos hundidos y los dientes se le estaban pudriendo. Parecía un zombi, como un animal rabioso. Había perdido la cabeza.

Así que sí, el insomnio no es algo bueno ni algo de lo que estar orgulloso. Esa historia me ronda por la cabeza mientras me dirijo a la cocina y rebusco en el botiquín. Tengo un bote de melatonina abierto, listo para tomarme una pastilla porque volverme loco es lo último que voy a permitir que me pase.

Encontraré a mi familia y lo haré con la mente intacta.

Me suena el teléfono y, como lleva siendo la tónica de la noche, me sobresalto con cada sonido, echando mano a mi pistola, dispuesto a volarle la cabeza a alguien. El corazón se me sale del puto pecho cuando leo el nombre en la pantalla.

Ava Caruso

El impulso quiere que lance el puto trasto al otro lado de la habitación, esperando de algún modo que ella sienta el daño que se lleve mi móvil. La cordura que aún conservo me dice que, una vez más, recupere la puta compostura. Hago clic en el mensaje, con la mandíbula tensa mientras lo leo.

Tenemos que hablar.

—Me río a carcajadas.

Le respondo: *ya sabes dónde vivo.*

Su respuesta es inmediata. *Tus hombres me matarán a tiros si pongo un pie fuera de mi casa.*

Sonrío.

No se equivoca. Tenemos la casa de los Caruso rodeada y no está prohibido abatir a ninguno de esos cabrones, aparte de David. Dispararán a cada miembro de esa familia si intentan respirar un poco de aire fresco. David, sin embargo, se salvará... en un principio. Voy a arrancarle miembro por miembro a ese hijo de puta cuando le ponga las manos encima.

Yo: *¿Y crees que yo no haría algo peor?*

Ava: *Tienes que ser consciente de lo absurdo que es esto.*

Yo: *Que tu padre enviara hombres a nuestra casa fue absurdo. La próxima vez que se le ocurra una de sus brillantes ideas, quizá alguno de vosotros quiera intervenir y advertirle de una cosita llamada represalias.*

Envío el mensaje, sabiendo muy bien que no habrá una próxima vez para David Caruso. No puede esconderse en su mansión para siempre, no importa lo grande que sea.

Vuelvo a meterme el teléfono en el bolsillo e ignoro el resto de mensajes de Ava. No sé qué se cree que es esto, pero no va a convencerme de nada.

Si Ava quiere salir de casa, necesitará un paraguas antibalas para hacerlo.

El móvil me vuelve a sonar, pero esta vez lo ignoro. Basta de tonterías. Necesito dormir. Necesito concentrarme. Y sea lo que sea de lo que Ava esté hablando, solo va a alterarme.

Me meto la cápsula de melatonina en la boca y bebo un trago de agua del grifo.

Mi teléfono suena un par de veces más de camino a mi dormitorio, pero a pesar de esa sensación de que podría ser importante, decido ignorarlo.

Enfrentarse al ding de las notificaciones es como jugar a la lotería. Sigues metiendo dinero, pensando que esta vez... quizá esta vez, quizás, a lo mejor, ganes. Sé que no es así. Fred, Marco y papá no me contactaría por este móvil. Cada conversación que tendremos en los próximos días será con el desechable porque todo lo que ocurra con nuestra familia en los próximos días sobrepasará la línea de la legalidad.

POR LA GRACIA DE DIOS, he conseguido dormir un poco. Después de una buena ducha, dos tazas de café ardientes y una larga y placentera cagada, me siento preparado para enfrentarme al mundo. Nuestros hombres han estado comprobando todos los hoteles y moteles de la zona, y no han encontrado nada.

No ha pasado mucho tiempo desde que hice un viaje a la mansión Caruso, pero cuanto más rápido pasa el tiempo, más cerca estoy de pensar que tal vez sea justo lo que necesito hacer.

En lugar de proceder como la última vez, decido mantener al resto de la familia informada. Tanto si esta guerra empezó conmigo a escondidas como si no, sé que es mejor dejar que los hombres que me cubren las espaldas sepan dónde están mis espaldas.

Me dejo caer en el sofá de mi muy vacío salón, sintiendo cómo la rabia y la tristeza de mi

situación me oprimen la garganta. No hace mucho que Tommy vive aquí, pero ha dejado una huella gigantesca en este lugar, una que no tengo intención de borrar jamás.

Atrás quedaron los días del brillante pisito de soltero. En su lugar, hay bloques de Lego metidos por los huecos del sofá y una ristra de figuras de superhéroes esparcidas por todo el salón.

Cojo la figura de Batman y sonrío. Es una media sonrisa. El montón de recuerdos que me asaltan sólo sirven para motivarme aún más: Tommy lanzando a Batman y Ironman por los aires, balbuceando a millones de kilómetros por hora mientras escenifica una pelea entre ambos. Tommy preguntándome día tras día si ya es lo bastante mayor para ver Batman.

—¿Y ahora, papi? Soy más alto que ayer.

Intento sacudirme el recuerdo, sin saber cómo lidiar con la avalancha de emociones que busca hundirme. A lo mejor necesito quedarme en un puto hotel hasta que vuelvan Kailyn y Tommy. Este lugar siempre ha sido demasiado grande para mí solo. Y ahora que sé lo que es tenerlo lleno de amor, se me antoja aún más grande al verme solo en él.

Teléfono en mano, llamo a mi padre.

—Tengo pensado ir a casa de David —le digo.

Se produce un silencio al otro lado de la línea. Demasiado silencio. Un silencio incómodo.

—¿Papá? ¿Estás ahí?

—Estoy pensando —dice—. Déjame pensar, maldita sea.

Y eso es lo que hago. El incómodo silencio se prolonga durante cinco minutos. Cuando por fin toma la palabra, lo hace con la frustración de un padre que intenta complacer a un niño caprichoso. Pero no estamos discutiendo por helados y yo no soy un niño.

—¿Cuándo? —pregunta mi padre.

Compruebo el reloj. Siento que el tiempo vuela.

—Ahora.

—¿Y qué pretendes conseguir, Aclan? ¿Crees que vas a entrar en su casa y salir vivo con el cabrón bajo el sobaco? —Se le marca el acento italiano mientras me interroga, algo que sólo ocurre cuando está estresado.

Me rasco la cabeza con la mano de Batman. Sí, tal vez en algún lugar de la locura de mi mente, imaginé que ese sería el resultado. Por supuesto, no le digo a mi padre que no lo he pensado del todo. Que planeo... bueno, a falta de una forma mejor de decirlo, improvisar. Me veo impulsado por una insuperable descarga de adrenalina y la necesidad de encontrar a mi puñetera familia.

—Ava me envió un mensaje. Quiere hablar —le digo.

—Para eso están los teléfonos —me dice.

—Quiere hablar en persona —le digo, como si eso tuviera algo que ver con el motivo por el que quiero ir allí.

Joder, ¿por qué quiero ir? Para plantarle cara al hijoputa, tal vez. ¿Para que vea, con sus

propios ojos, la mala hostia que me gasto?

A lo mejor Ava es una puñetera tontita. Quizá vendría directa a mis brazos si me presentara, facilitándome el filetearla delante de su padre. Me portaría bien. Dejaría sus huesos en la puerta para que tuviera algo que enterrar.

—Es más estúpida de lo que parece si cree que quedar contigo en persona es una buena idea —dice mi padre—. Haz lo que quieras. Enviaré más refuerzos y avisaré a los que rodean la propiedad de que te esperen. Y Aclan...

—Padre...

—Buena suerte.

Y así es como me encuentro acelerando como un loco para llegar a la finca de Caruso. No está lejos de aquí, pero tampoco cerca.

Los bosques donde viven los cabecillas de las familias mafiosas son tan extensos que uno se da cuenta de lo grande que debe de ser el país. Tanto espacio libre y ni una casa a la vista en kilómetros. Podrías abrir una fosa común aquí mismo y nadie se pisparía. Igual hago eso mismo. Matar a los Caruso uno por uno y enterrarlos en los campos que conducen a su propiedad. Asegurarme de que no tengan ni siquiera la oportunidad de molestar a los fantasmas del cementerio.

Hablando de enterrar a los Caruso, ¿cuál es exactamente mi puto plan? Su casa está rodeada, pero, aun con esas, sigue siendo un hombre difícil de matar.

Me meto la mano en el bolsillo y me doy cuenta de que me he dejado el móvil de verdad en casa. No hay forma de saber si Ava sigue enviándome mensajes patéticos, suplicándome que me apiade de ella y que la salve de la prisión que han creado los hombres de mi padre.

Si le hubiera dicho que sí, me pregunto cómo se imaginaría que iría la cosa.

¿Me acercaría a pie y llamaría al timbre, con un ramo de flores a la espera?

¿Se colaría ella por el túnel que Caruso se pensaba que nadie conocía hasta que alertaron a su culo gordo de que también tenemos hombres esperándolo allí?

¿O saltaría desde el balcón, confiando en que yo la atraparía?

Busco en los recovecos de mi atestado cerebro su número de teléfono. Quizá la llame, juegue limpio. Eso es lo que debería haber hecho anoche. Dios sabe que Ava podría ser mi mejor oportunidad de llegar a Caruso. Si es tan estúpida como para caer voluntariamente en mis manos, soy un tonto por haberla detenido.

Cojo el teléfono de su sitio en el portavasos y suelto un poco el acelerador mientras empiezo a marcar su número. Es entonces cuando miro por el retrovisor y me doy cuenta de que no estoy solo.

Me fijo en el sedán negro que me sigue. Mi padre dijo que enviaría refuerzos, pero no es uno de nuestros vehículos, de eso estoy seguro.

Con la pistola preparada, reduzco aún más la velocidad, pero el otro vehículo no lo hace. Morir hoy no entra ni de lejos en mis planes, así que palmeo mi pistola, asegurándome de que

está lista para disparar en caso necesario.

El cabrón del otro coche se aparta a un lado y empieza a adelantar, conduciendo tan cerca que me da la impresión de que está intentando sacarme de la puta carretera.

Sin embargo, en lugar de ponerse delante de mí, mantiene el ritmo para que nuestras ventanillas queden alineadas.

Sujeto la pistola con la mano y abro un poco la ventanilla. Lo suficiente como para poder apuntar a través del hueco entre el cristal antibalas y el metal de mi coche, pero no lo suficiente como para que la otra parte pueda atravesarlo fácilmente con sus propias balas. No sin una gran dosis de suerte.

Poco a poco, el cabrón del sedán empieza a bajar la ventanilla. La cara que aparece es una que reconozco. Gerald. Greg. George. Sí, George.

Me hace gestos con las manos y, por un momento, me pregunto lo idiota que sería si detuviera el vehículo y viera qué demonios es lo que quiere.

Mi pie sobre el pedal del freno me dice que, efectivamente, me faltan más neuronas de las ideales.

Espero que mi arma compense mi estupidez.

TRECE

Aclan

Cuando George se apea del vehículo, está temblando y con la cara pálida como si hubiera visto más fantasmas de lo normal.

Le observo detenidamente, fijándome en la pistola que lleva en la cintura. Sus ojos se posan en la pistola y levanta las palmas de la mano.

—No he venido a buscar ningún problema —dice, moviendo lentamente la mano hacia su propia pistola—. La dejaré en el coche si eso te hace sentir más cómodo.

Yo no llamaría estar cómodo a estar parado en medio de la carretera sin saber dónde están mi mujer y mi hijo, pero ¿por qué no?

Con tanto cuidado cómo se sacó la pistola de la funda, la guarda en el coche, con movimientos lentos, como te pide un policía cuando te paran. *Nada de movimientos rápidos. Con gestos tranquilos y seguros, abra la guantera.*

Cuando vuelve a quedar de cara a mí, George procede a levantarse la camisa, demostrando que no lleva nada escondido. Se agacha, subiéndose los bajos de los pantalones, haciendo gala de que ya no va armado. No hay armas ocultas.

—¿Y ahora qué? —pregunto—. ¿Quieres que te cachee?

—Si eso es lo que debes hacer para estar abierto a escucharme.

—¿Qué estás haciendo aquí, George? ¿Y cuánto tiempo llevas siguiéndome?

—Desde que saliste de tu calle —responde con simpleza. No presume, solo constata un hecho.

—¿Por qué?

Mira a su alrededor.

—Tal vez deberíamos ir a un lugar más... privado.

Entrecierro los ojos y señalo el paisaje interminable de árboles y nada que tenemos a nuestra disposición.

—Aquí fuera no hay nadie que quiera oír una puta palabra de lo que tengas para decirme, así que escúpelo.

—Los Caruso usan estas carreteras.

Me río entre dientes.

—Por si no te has dado cuenta, esos cabrones lo tiene un poco complicado para poder usar alguna carretera ahora mismo. ¿Tanto te mantienen al margen o es que la edad te juega malas pasadas con la memoria?

—No están todos dentro —dice, ganándose una mirada de desconcierto por mi parte mientras aprieto con más fuerza la pistola.

—¿Qué intentas decir, George? Ni me gustan las adivinanzas, ni tengo paciencia ni tiempo.

Parece derrotado, agotado, como si hubiera pensado que lo que vino a hacer aquí sería mucho más fácil.

—Trabajas para David, ¿verdad? —Doy un paso hacia él, con demasiadas piezas de un rompecabezas que intentan encajar—. Eras el socio del padre de mi mujer, pero dejaste el lado bueno de la ley hace mucho tiempo en favor de todo el dinero con el que Caruso te untaba. —Endereza la espalda cuando me acerco a él unos centímetros y le apunto con la pistola a la cabeza—. No tengo nada en contra de los policías que intentan abrirse camino, tenemos a unos cuantos de nuestro lado. El dinero que les paga el gobierno no es suficiente. No lo considero codicia, sino ambición. Si quieres una casa decente, un sueldo de policía en Chicago no te lo va a dar. Si quieres enviar a un hijo a la universidad, te enfrentas a un montón de préstamos estudiantiles que te hacen cuestionar si merecen la pena los estudios o no. Así que lo entiendo. Caruso te ofrece un poco de libertad... en el sentido monetario, por supuesto. Al principio, parece que vale la pena. Después sus encargos son más grandes y empiezan a trastocar tu brújula moral. Pero hay cosas que ni siquiera el dinero vale. A menos que no seas realmente el responsable de eliminar a tu compañero, porque si lo eres a lo que le hiciste se le llama simple y llanamente traición. Ya sabes lo que les hacemos a los cabrones que apuñalan a su familia por la espalda...

—Estoy infiltrado —escupe, no asustado, sino insultado. O al menos finge estarlo. No estoy seguro de si me importa o debería importarme y el dedo que tengo en el gatillo se está emocionando demasiado.

Debería volarle los sesos y seguir con mi día. Ir hasta la casa de los Caruso, tirar abajo la puerta y obligar a David a devolverme a mi mujer y a mi hijo. No le perdonaré la vida, pero le daré unos días más para que le rece al diablo que sea benévolo con él.

—Y yo no maté a mi compañero, pero sí me culpo de su muerte —espeta—. La misión salió mal y por mucho que nada me gustaría más que acabar con David Caruso, mi jefe necesita más información antes de acabar con la familia.

—Finjamos que todo esto que me cuentas es verdad —digo, bajando el arma—. ¿Qué tiene que ver eso con que conduzcas como un loco para alcanzarme?

—Sé dónde encontrar a Kailyn Johnson —dice.

La pistola, por voluntad propia, encuentra su camino hasta el pecho de David. Me tiemblan las manos, así que, aunque no apriete el gatillo intencionadamente, no hay forma de saber si no me resbalará el dedo y acabaré con él aquí y ahora.

—¿Qué acabas de decir? —escupo entre dientes.

George estrecha la mirada y me mira a los ojos.

—He dicho que sé dónde encontrar a Kailyn Johnson —repite.

El muy imbécil me está vacilando. Piensa que me voy a tragar sus trolas y caer en una trampa. Caruso debe pensar que es muy inteligente por haberme enviado a este traidor. No me cabe duda de que sigue haciéndose pasar por policía, pero por mucho que eso haga que otros miembros de mi familia se lo piensen dos veces antes de dispararle, yo no siento las mismas dudas. No cuando se trata de Kailyn y Tommy. No después de lo que los Caruso le hicieron a Leonard. No después de que hayan cruzado todas las líneas que han cruzado.

—¿Y qué? —le escupo—. ¿Esperas que me suba al asiento del copiloto mientras pones fin a todo este lío? ¿Sólo para que me lleves directo a la boca del lobo?

—¿Crees que puedo matarte?

Aprieto los dientes.

—Creo que serías tan estúpido como para intentarlo —le reto.

—¿Quieres encontrar a Kailyn o no?

Me lo quedo mirando. Los dos sabemos perfectamente la respuesta a esa pregunta, así que no tiene sentido contestarla.

—No espero que abandones aquí tu coche y vengas de pasajero en el mío —prosigue—. Pero sí espero que mantengas la distancia cuando me sigas. Que llames a tu padre y le digas dónde enviar refuerzos. También espero que envíes a algunos hombres a casa de la madre de Kailyn para recuperar a Tommy. Le dejaron allí anoche. Está a salvo. Pero Caruso se está poniendo nervioso. Aceptó que llevaran allí al niño, pagó a la madre para que mantuviera la boca cerrada y lo ocultara si alguien de su familia llamaba a la puerta. No está seguro de qué hacer con él ahora. Quizá acabe siendo un daño colateral, tal vez lo utilice como moneda de cambio. Pero si la esquina en la que David está arrinconado le parece demasiado imposible de eludir...

—Es que es imposible salir de eludir —le hago saber.

George se mete las manos en los bolsillos.

—Exacto, y en cuanto Caruso se dé cuenta él mismo, quién sabe lo que hará.

—¿Por qué demonios me estás contando todo esto?

—Le fallé al padre de Kailyn —dice—. Era mi compañero, mi mejor amigo, y le vi morir. No debería haberle hecho presentarse aquella noche, pero pensé que lo tenía todo bajo control. Está claro que no era así. No voy a dejar que le pase lo mismo a Tommy. Ya soy responsable de que una niña crezca con un padre muerto.

Suena sincero, pero a los mentirosos profesionales se las da bien esto. Y, a mi modo de ver, no hay nadie más profesional a la hora de mentir que un policía encubierto.

—¿Dónde está? —pregunto, observándole atentamente.

Si pestañea, sabré que miente.

—En un motel —dice—. De los que no aparece en ningún listado de internet. Cuando Caruso se traía chicas, es donde las recluía antes de venderlas al mejor postor.

—En un motel —digo, quedándome solo con la primera parte de lo que ha dicho porque todas las palabras posteriores me suenan a un galimatías. Mi cerebro intenta entender lo que he oído mientras me dice que me calme y que no me emocione demasiado rápido. Al fin y al cabo, aún no estoy convencido de que no sea un buen mentiroso.

—Has estado rondando por los moteles y David Caruso se ha estado partiendo el culo cada vez que alguien le informa de que ha aparecido uno de tus chicos.

—¿Tiene nuestros teléfonos pinchados?

—No, pero ha alquilado habitaciones en varios moteles sólo para despistaros. Tiene hombres aparcados fuera que ven a tus chicos entrar, arma en mano, sólo para comprobar la habitación del motel asociada con Caruso y descubrir que os está haciendo andar en círculos.

—¿Cómo se llama ese sitio?

—Motel —dice. Siento que me pongo nervioso. No es momento de que me guarde secretos. Le miro y continúa—. No tiene nombre. Está en Silver Avenue, justo en la frontera con Indiana. Como te he dicho, no hace falta que confíes en mí lo suficiente como para subirme al asiento del copiloto. Ni siquiera necesitas confiar en mí lo suficiente como para seguirme tú solo. Haz que tu padre envíe tantos hombres como necesites para asegurarte de que puedes superar cualquier número que Caruso pudiera conjurar. No miento, joder. —La desesperación brilla en su frente cuando me mira—. La única razón por la que aún no está muerta es porque Caruso quiere ser quien lo haga y tú lo has atrapado dentro de su casa. Sabes tan bien como yo que los animales enjaulados no toman las mejores decisiones.

—Bien —accedo.

Todavía no he decidido si confiar en este cabronazo, pero cualquier oportunidad de encontrar Kailyn es una oportunidad que voy a aprovechar.

CATORCE

Aclan

—Cambio de planes —le ladro al teléfono en cuanto descuelga mi padre—. Acabo de tener una conversación con ese policía que trabaja para Caruso.

—Tiene más de un policía en nómina.

—George —digo.

—No te puedes fiar de ese cabrón —me espeta inmediatamente—. Mató a su propio compañero. Los hombres como él...

—Lo sé, lo sé —le digo— Pero me ha dado una pista y aunque resulte no ser nada es mejor que lo que tenemos ahora mismo. —Hablo a mil por hora y conduzco aún más rápido—. Dice que sabe dónde está Kailyn. Dice que anoche se llevaron a Tommy a casa de su madre. Necesito que envíes allí un equipo y que otro que me siga a Indiana.

—¿Qué coño hay en Indiana?

—El hotel donde Caruso tiene a Kailyn.

Mi padre se aclara la garganta.

—Esto me huele a trampa —me dice y yo estoy de acuerdo. Sí que lo parece, pero aunque Caruso piense que puede salirse con la suya si hiere a Kailyn y no se enfrenta a toda la ira de la familia Bernardi, tiene que saber que matarme sólo conseguirá que su cabeza caiga en el regazo del diablo.

—George sabía que hemos estado buscando a Kailyn en los moteles. Sabe que no hemos encontrado nada de nada.

PAPÁ EMPIEZA A LADRAR órdenes a su equipo y oigo puertas que se cierran y se abren, voces apagadas y otras más fuertes, y luego otra vez a papá. Me advierte que no vaya. Que piense bien las cosas. Que tenga paciencia, maldita sea. Pero ya ha oído la determinación en mi

voz y sabe cómo la palma de su propia mano que no hay nada que me detenga.

—Per l'amore di Dio —maldice y la línea se corta.

Lo que sea que esté pasando en la casa está más apartado de mi mente de lo necesario.

Si vivo para contar esta historia, sé que lo haré hilando fino, haciendo ver que sabía lo mucho que podía contar con el respaldo de mi padre.

Sabía que nuestra familia podía armar un plan sólido en un abrir y cerrar de ojos y, por tanto, no tenía de qué preocuparme.

La verdad es que estoy haciendo todo esto a ciegas. Directo hacia el fuego, sin estar seguro de si estoy o no goteando gasolina de pies a cabeza. Eso es el amor, supongo. Poner tu vida en juego sin siquiera dudar de tus posibilidades de sobrevivir. Bueno, eso no es cien por cien cierto. El amor es inteligente. Y a pesar de lo estúpido que estaba siendo, tuve la sensatez de llamar a mi padre y notificarle mis planes. Aparte de eso, mis emociones son lo único que me empuja hacia adelante.

El coche de George gira a la derecha y yo a la izquierda.

¿De verdad puedes confiar en ese cabrón? Me grita el cerebro, pero alejo ese pensamiento porque la única respuesta a esa pregunta es un no. No, no puedo. Sin embargo, hay un «pero». Hay otra persona en la que puedo confiar, en mi padre. Lo compruebo cuando veo los coches cama, estratégicamente situados en el aparcamiento donde voy a dejar el coche. No me cabe duda de que habrá más refuerzos repartidos por el lugar.

Por muchas penas que le haya pasar a mi padre a lo largo de los años -por mucho que le haya *odiado a veces*-, no se puede negar que da prioridad a la familia, incluso cuando no lo parece.

Salgo del coche y respiro hondo. El resto del trayecto hay que hacerlo a pie. Con todo lo que llevo dentro, intento encontrar la calma necesaria para no parecer sospechoso de narices.

De algún modo, de alguna manera, tendré que pasar inadvertido para los hombres que Caruso tiene vigilando el motel. Según George, no son muchos, ya que sabían que dispersar el lugar con protección hasta los topes sólo nos facilitaría descubrir su ubicación y eliminarlos uno por uno. Pasar desapercibidos era su plan y les ha funcionado, hasta ahora.

El sol me calienta la piel mientras cruzo el paso de peatones. Ahora estoy en el mismo lado de la carretera en el que se encuentra el motel, un edificio azul y amarillo que parece debería haber sido demolido hace más de una década.

Me mantengo a un lado, tan escondido como puedo. A George no se le ve por ninguna parte y hay una voccecita en mi cabeza que me dice que no debería fiarme de ese cabrón. Que debería dar media vuelta y hacer esto de la manera correcta. Idear un plan.

Ver a Carl, uno de los hombres de mi padre, a unos metros detrás de mí es todo lo que necesito para alejar esos sentimientos.

Bajo la mano y uso los dedos para darle el número de la habitación. Tres dedos. Puño cerrado. Cuatro dedos. Habitación 304.

Carl asiente, habiéndome comprendido. Y entonces me pongo en marcha, con él

siguiéndome solo unos metros por detrás.

La costa está despejada hasta que llego al tercer piso. Pero ni siquiera eso supone un gran obstáculo. El pringado de la puerta me está dando la espalda.

Mi mano busca automáticamente mi pistola. Dispararle no es buen plan, al menos no a plena luz del día. Es demasiado ruidoso. Demasiado dramático. Un buen golpe en la cabeza debería proporcionarme el resultado que necesito, y ensangrentarme los nudillos me parece el chute de adrenalina adecuado.

Con pasos cuidadosos, me acerco cada vez más a él. Y entonces, *¡pum!*

¿Pero qué...?

La bala me falla por un centímetro, rápida como un rayo, empalándose en el hombre cuya vida estaba a punto de perdonar. Supongo que Carl ha recibido órdenes diferentes de parte de mi padre. Nada de andarse con remilgos. No puedo culparlo. Estamos en guerra. Cuantos más hombres dejes con vida, más hombres habrá para que te apuñalen por la espalda una vez se pongan de pie.

Paso por encima del cadáver, con cuidado de no ensuciarme las botas.

Ahora me encuentro de nuevo en el aprieto que me plantea el tiempo. ¿Tendré tiempo suficiente para escapar antes de que llegue la policía?

¿Podré soportar lo que encontraré ahí dentro?

¿Y si realmente es una trampa?

¿Y si David está a punto de morir y su único objetivo es eliminar a tantos Bernardi como pueda antes de estirar la pata?

Veo cómo el sol se oculta entre las nubes y decido que esto tiene que ser un puto éxito. He vivido gran parte de mi vida en el carril de alta velocidad, así que soy todo un experto.

A pesar del aire de marginalidad que se adhiere a este barrio como una segunda piel, los hombres de uniforme están obligados a venir con las sirenas a todo volumen al oír los disparos. Tengo que proceder con rapidez. Entrar, salir y traerme a Kailyn a casa. Abrazarla entre mis brazos y nunca dejarla ir.

A Tommy ya lo están rescatando mis hermanos y el mismo número de hombres que suelen custodiar al presidente. Mi hijo no corría tanto peligro como Kailyn, por estar con su abuela y todo eso. Esa parte de la historia de George resultó ser cierta, aunque no significa gran cosa. Si cuentas una verdad, la mentira parece más creíble.

Es como esas trampas en las que caen los turistas en Europa. Diez pavos a que no encuentras la carta adecuada. Te lo ponen fácil al principio. Diez pavos y ganas veinte con una carta facilísima de escoger. Así que pruebas suerte de nuevo, esta vez, poniendo veinte pavos sobre la mesa. Para cuando llegas a los doscientos, esa carta desaparece de repente y te quedas sin todo el dinero que habías ahorrado para la cena y las putas atracciones de verdad. George podría haberme dado a mi hijo con toda la intención de involucrarme en una estafa mayor en la que me entregara a Caruso y Kailyn nunca quedara libre.

Sé que no puedo pensar así.

No debería.

Necesito al menos una pizca de esperanza a la que aferrarme.

Lo cierto es que, mis preocupaciones no me abandonarán hasta que pueda sostener a Tommy en brazos yo mismo. Usar mi propio cuerpo para protegerlo. Y necesito hacerlo con Kailyn a mi lado. No puedo decirle a mi niño que no pude traer a su madre a casa porque eso significaría que no luché lo suficiente. Nunca he sido un fracasado y ahora mismo, durante uno de los momentos más importantes de mi vida, no pienso cambiarlo.

Si George no mentía, Kailyn está ahora a escasos centímetros de mí, oculta tras las paredes derruidas de este motel del siglo XVIII.

La ira aumenta en mí al imaginarme el estado en que la encontraré.

¿Maltratada?

¿Llena de moratones?

¿O algo peor?

Cada uno de esos cabrones de Caruso pagará por lo que ha hecho. Por cada pelo de su cuerpo que hayan puesto fuera de lugar. Por cada gramo de miedo que le hayan imbuido.

Paso por encima de la sangre fresca que se acumula en el suelo manchado y me abro paso hasta la destartalada habitación del motel.

Mis labios se separan, pero es George quien consigue hablar primero.

—La ha trasladado.

Veo miedo en sus ojos. No es falso, si no un miedo real, sincero.

QUINCE

Kailyn

Me despierto con un pie en el pecho, ejerciendo tanta presión que apenas me entra aire en los pulmones. Encima de mí, Raoul Caruso tiene una sonrisa que avergonzaría al gato de Cheshire. Se pasa la lengua por los labios.

—¿Lista para mí, princesa?

Me maldigo por haberme quedado dormida. Había hecho todo lo posible para que no fuera así. Me había paseado por la habitación. Me había pellizcado y cantado. Tomé innumerables duchas de agua fría en ese baño asqueroso. Y, a pesar de todo, así es como me pilla. Totalmente desprevenida. Totalmente a su merced.

La pistola está apretada contra mi espalda, escondida, sí, pero podría haberme disparado a mí misma. No debía dormirme, ¡maldita sea!

Ahora que Raoul cuenta con la ventaja, ni siquiera tengo oportunidad de coger la puñetera arma. Esta era mi única oportunidad. Muy posiblemente la única oportunidad que tendría de librarme de Raoul Caruso de una vez por todas y he tenido que quedarme dormida y cagarla.

Mientras tira de mí para ponerme en pie, rezo un millón de padrenuestros para que la pistola no se caiga al suelo. Dios sabe lo que me hará si se entera de que tengo un arma. Ya está en modo ataque, como demuestran el tic de su mandíbula y la mirada asesina con la que me observa.

Deberías coger la pistola, me grita el cerebro. Podría, pero el riesgo quizá no merezca la pena, ya que Raoul me sujeta de tal forma que me resultaría muy difícil salirme con la mía y matarle. En cuanto coja la pistola, me la quitará de las manos, me apuntará y me meterá la bala que iba dirigida a él en el cerebro.

Joder.

Joder. Joder. Joder.

—¿Adónde me llevas? —pregunto, con voz débil.

—Pareces de las que le gustan las sorpresas, princesa. No será divertido si la estropeo. — Girando la cabeza, esboza una falsa sonrisa, que abandona en cuanto vuelve a mirar al frente.

Me rodea con el brazo, atrayéndome hacia él como si no pudiera acercarme lo suficiente.

El miedo me recorre la piel, me irradia por la columna vertebral y me mantiene erguida mientras atravieso la puerta. Un pie delante del otro. Dejar que me mangonee no es una opción. Es demasiado arriesgado.

En algún momento, me quitará las manos de encima y haré que no pueda volver a ponerle esas manazas encima a otra mujer. Sólo tengo que esperar a que llegue el momento adecuado.

Mientras bajo las escaleras, el ángulo en el que me sujeta hace que su mano se deslice por la zona del pecho por donde me había pasado la navaja. Hago una mueca de dolor y él se detiene.

—¿Algo va mal, princesa?

—Por favor, déjame ir. Desapareceré. Nunca volverás a saber de mí.

Raoul chasquea la lengua.

—Mentira. Sé que jamás dejarías a tu hijito sin madre... intencionadamente. Y esto no va de eso, recuérdalo. Uno no deja que sus cabos sueltos desaparezcan sin más.

Raoul tira de mí y me obliga a ponerme en marcha. Cuando llegamos al coche, un pequeño biplaza, abre el maletero y, como soy idiota, no veo lo que se viene hasta que me sonrío.

—Sube, princesa.

Con los ojos muy abiertos, me lo quedo mirando, suplicándole sin palabras. Nunca me han gustado los espacios pequeños y esto es lo más pequeño en lo que el cuerpo de una mujer adulta puede, pero no debe, caber.

—No puedes hacer esto.

—Oh, pero no soy yo quien va a hacer nada, princesa. Vas a meterte ahí tú solita porque si no, tendré que empezar a amenazarte. —Su mirada baja hasta mi pecho, donde el corte destaca de un rojo oscuro de sangre seca. Extiende un dedo y traza una línea por la zona. Inmediatamente, mi mano rodea la espalda. Noto la pistola y estoy a punto de sacarla cuando me atrae hacia él—. ¿Sabes lo en serio que voy con mis amenazas o tengo que recordártelo?

Estoy agarrando la pistola con mano firme, pero justo cuando estoy a punto de sacarla, una voz llega desde atrás.

—Ya he pagado la cuenta. Me voy a casa si no me necesitas.

Supongo que es el hombre que estaba de guardia. Con toda la suavidad de la que soy capaz, suelto el arma, rezando por que no la haya visto y maldiciéndome por no haber actuado antes.

El aparcamiento está vacío, como supongo que estará siempre. No hay coches desperdigados ni nadie que haya salido a darse un baño temprano en la piscina con agua verde y viscosa. Nadie paseándose. Nadie que pueda ayudarme. Esto está desierto. Por eso eligieron este motel, supongo.

Todo el edificio tiene pinta de que nadie le dado cariño en décadas y, si me paro a pensarlo, en todas las horas que he pasado escuchando mi propia respiración, no he oído entrar ni un solo

coche que no fuera acompañado por un miembro de la familia Caruso. Nadie del servicio de habitaciones llamó a la puerta. Nadie se acercó a la ventana con una escoba para deshacerse de las colillas que los guardias tiraban al suelo.

Si fuera a morir, ¿no habría sido éste la ubicación perfecta para cumplir ese destino? La emoción quiere arder en mis entrañas, pero hago todo lo posible por sofocarla.

Que Raoul haya cambiado de parecer sobre matarme aquí no significa que no vaya a pasar. Dios sabe que lo que tiene planeado para mí es algo que probablemente me haga desear la muerte.

—Sube, princesa —repite con voz firme—, o me veré obligado a mostrarte lo peor que puedo hacer.

Cuando le pido a Raoul que reconsidere lo que me está pidiendo, coge la pistola y me apunta a la cabeza. Toda mi vida pasa ante mí. Tommy pasa ante mí. Mi padre pasa ante mí. Todos los momentos de su vida que me he perdido. Los momentos de la vida de Tommy que me perderé si no obedezco, si Raoul se enfada demasiado y decide que le doy más problemas de los que valgo.

Una vez leí una estadística sobre las probabilidades de supervivencia de una víctima cuando la sacan de su ubicación inicial. Me pregunto ahora, si las probabilidades suben o bajan cuando te trasladan de nuevo.

—¿Qué me dices ahora? ¿Te ayuda esto a tomar una decisión? No tengo ni la energía ni las ganas de levantarte, así que o te metes tú o te vuelo en pedazos y te dejo pudrirte aquí mismo. — Acerca la pistola cada vez más a mi sien cuanto más dudo.

No hay nada en su comportamiento que me indique que no está hablando en serio, respondiendo a la pregunta de qué les ocurre a las víctimas de secuestro cuando cambian de ubicación por segunda vez.

Con los ojos llenos de lágrimas, subo una pierna al maletero y luego la otra.

Cuando tenía unos cuatro años, conseguí encerrarme en la secadora. Mi madre había salido un momento del cuarto de la lavadora y volvió al oír mis golpes y gritos.

Cuando me sacó de dentro, estaba roja de pánico, no podía respirar y el corazón me iba a mil por hora. Mi madre estaba segura de que tendría que llevarme al hospital e igual de segura de que los médicos y las enfermeras le atarían las manos con cinta adhesiva y llamarían a la policía para que encerraran a la terrible madre que había descuidado a su hija durante tres minutos. Es una historia que me ha contado una y otra vez. Un recuerdo que, por más que busco, nunca encuentro. A mi madre siempre le resultó extraño; algo que debía de tener guardado bajo llave por lo traumático que me resultaba.

Seguro que, en ese momento y en los momentos posteriores, me quedé absolutamente horrorizada, como se habría quedado cualquier niño cuando sus propias travesuras le ponen en semejante aprieto. Tal vez la secadora fue lo que provocó mi miedo a los espacios reducidos. Pero esa historia ahora no es más que un cuento. Intento convencerme de que el maletero será igual y que, en cuanto acabe, podré respirar hondo, disparar a Raoul en la cara y seguir con mi

vida.

Al imaginármelo jadeando, arrepintiéndose de todo lo que me ha hecho pasar y rogándome que le muestre un poco de decencia humana como yo se la mostré a él, junto las rodillas contra el pecho e intento relajarme.

Estoy a punto de tumbarme cuando veo un destello de la mano de Raoul y siento el impacto del maletero contra mi cabeza. Se me cierran los ojos cuando me invade un dolor vertiginoso y el pánico se apodera de mí.

La oscuridad me envuelve y noto el aire tan espeso como un pudín cuando intento respirar. Pataleo, grito y me lamento en vano, con todo tipo de horribles pensamientos pasándome por la cabeza.

¿Y si me tira por un puente?

¿Y si aparca el coche en la inmensidad del bosque y me deja para que me muera donde nadie me encuentre jamás?

¿Cuánto tarda la vida en abandonar a una persona si está atrapada en un maletero con el único sustento del pánico?

Ya no me queda ni un ápice de calma, ni motivación para ser fuerte. Me arden los pulmones cuando le dedico unas palabrotas a Raoul a voz en grito, las maldiciones acaban reduciéndose a súplicas para que me deje salir de aquí. Acepto hacer cualquier cosa que él quiera.

Mi cuerpo se bambolea de un lado a otro con cada bache que pasamos mientras Raoul pisa el acelerador.

Lleva la música a tope, ahogando tanto mis súplicas como mis pensamientos, pero dejando mi pánico intacto.

Cuento mis respiraciones. Cierro los ojos y me obligo a respirar de forma corta y constante aunque no parezca que quede oxígeno aquí dentro.

Intento convencerme de que Raoul abrirá este maletero. De que aún no ha terminado conmigo. Como el psicópata que es, cree que aún puede divertirse y querrá jugar conmigo antes de deshacerse de mí para siempre. Sin embargo, cuando abra el maletero, se me presentará la oportunidad perfecta para usar el arma que tengo pegada a la espalda como una segunda piel.

Puede que ahora no tenga la sartén por el mango, pero la tendré, y cuando la tenga...

DIECISÉIS

Aclan

—No.

Una palabra. Una sílaba. Es todo lo que logro decir mientras el mundo gira en un caleidoscopio de sinsentidos a mi alrededor.

George parece haber visto un fantasma, lo que me lleva a preguntarme qué es lo que parece que he visto yo. Siento que el corazón se me ha desplomado del pecho y que ahora lo aplasta el acero de mis botas.

Con más rabia de la que sé qué hacer con ella, me dirijo furioso hacia George y lo agarro por el cuello de su camisa blanca pulcramente planchada.

—¿Dónde coño está?

Me devuelve la mirada con los ojos en blanco, perdido. No le voy a permitir que se ponga en este plan hora mismo. Kailyn no está aquí y todo en él me indica que se pensaba que estaría.

No estaba mintiendo, ni conspirando ni armando un plan maestro para complacer a los Caruso cuando me trajo aquí, sino que intentaba rescatar a Kailyn. Había estado tan metido en el ajo que pensaron que podían confiarle la única baza que tenían sobre nosotros y ahora se han ido y la han trasladado sin informarle de ello.

—Joder, te han descubierto, ¿verdad?

Esas palabras parecen devolver a George a la realidad.

—No vimos ningún coche cuando te paré. —Me mira en busca de confirmación. Si alguien se hubiera adentrado en el bosque que conduce a la finca de los Caruso, lo habríamos visto u oído—. No, no pueden habernos visto allí y tampoco nos seguían cuando llegamos aquí. Me habría dado cuenta.

—Tal vez te hayan puesto un rastreador en el coche.

Él sacude la cabeza.

—Imposible —dice—. No conocen el coche en el que vine. El otro coche sí tiene un

rastreador que creen que no sé que está ahí. Por eso tomé prestado éste, porque sabía que, si me veían cerca de tu barrio, se harían preguntas. Por lo que a ellos respecta, al coche le ha tocado pasar inspección y todavía está en la comisaría en este momento. Se suponía que hoy no iba a trabajar.

—Alguien debe de haberte delatado —sugiero, cada vez más enfadado. ¿Cómo ha podido ser tan estúpido? ¿Cómo ha podido cagarla?

Tan rápido los pienso, destierro estos pensamientos de mi cabeza. Sin la ayuda de George, no llegaría así de rápido a ninguna parte.

Sin dejar de negar con la cabeza, se aleja de mí y se acerca a la cama; el movimiento permite que se proyecte suficiente luz sobre una mancha roja brillante en la moqueta. No es tan grande como para ser letal. No hay tanta sangre como cuando alguien recibe un disparo en la cabeza o el abdomen, pero sigue siendo una sangre que muy probablemente le pertenezca a Kailyn.

George se deja caer al suelo, con una mano estirada bajo la cama como si buscara algo. Cuando se levanta, veo una rabia inconfundible en sus ojos.

—Encontró el arma —sisea—. Encontró la puta pistola. —Sus ojos se posan en la mancha del suelo que yo había estado examinando.

—¿Qué cojones significa eso? —siseo. Odio que no hable claro.

—Le dejé a Kailyn una pistola —dice—. La escondí debajo de la cama. Esa sangre puede que no sea de ella. Mi suposición es que le disparó a Raoul.

—No es sangre suficiente ni para matar a una ardilla —gruño.

—Y ése es justo el problema. —Suspira.

George estaba tan perdido como yo. Sin pistas y sin nadie a quien acudir por ellas, nos separamos. Ordené que se fueran los refuerzos que había enviado mi padre, haciéndoles saber que yo también iría en dirección a casa.

El tiempo corría como una bomba a punto de estallar. Cuantos más minutos pasaban, más se tensaba mi cuerpo en espera del estallido.

Sin embargo, la explosión no se produjo de la forma que yo esperaba. Puse rumbo a casa, con el miedo pegado al culo como una segunda piel cuanto más cerca estaba. Mi hermano me había enviado un mensaje para avisarme de que llevaría a Tommy a casa de mi padre. Que llegaría en media hora, más o menos.

Pero yo era un ser humano terrible. Un cabrón horrible y perturbado. Un gallina. No me atrevía a mirar a Tommy y ver los profundos ojos verdes de Kailyn. No podía soportar la sensación de tener que ver cómo se llenaban de lágrimas cuando me hiciera unas preguntas sobre su madre que yo no sería capaz de responder. Serían unas preguntas sencillas, en realidad.

¿Dónde está mami?

¿Cuándo vuelve a casa?

¿Quiénes eran esos hombres que nos llevaron?

¿Está viva?

Un niño debería saber ese tipo de cosas. Debería saberlas porque ni siquiera debería preguntárselo, en realidad, y se me rompe el corazón por todo lo que Tommy ha tenido que pasar en su corta vida. Crecer sin un padre, cargar con una enfermedad cardíaca y una operación para arreglarla, ver a su madre pasar penurias cuando no le llegaba el dinero, ser secuestrado, rescatado y arrastrado de un lugar a otro. Si pensaba demasiado en ello, sentiría el impulso de tirar el coche por un puto acantilado sólo para librarme de los pensamientos.

Por mucho que las destierre, las otras cosas que se me pasan por la cabeza no son mejores.

Había sangre en el suelo de esa habitación de motel. Si era de Raoul, si Kailyn de verdad usó la pistola que George dijo que dejó para ella e intentó acabar con Raoul, éste la habría matado. Probablemente estuviese en proceso de hacerlo ahora mismo y no había una mierda que yo pudiera hacer para salvarla.

¿Cómo puedo volver a casa así?

¿Cómo puedo mirar a la cara a nuestro hijo, que lo es todo para ella, sabiendo que su madre podría no volver nunca a casa?

Apenas piso el acelerador de vuelta a Chicago, intentando alargar lo inevitable todo lo posible. Sin hambre, pero con necesidad de sustento, entro en el carril de autoservicio de una hamburguesería justo al lado de la autopista y le ladro mi pedido a la señora de voz dulce y chirriante que me pregunta qué me gustaría comer hoy. No, no quiero helado. Y no, no quiero ninguna puta salsa para acompañar a mis patatas fritas.

Apago el motor en el aparcamiento casi vacío, desenvuelvo mi hamburguesa y la mastico como si me propusiera matar dos veces a la vaca con la que me han hecho la comida. Sólo cuando no puedo retrasar más lo inevitable, continúo con el trayecto a casa, con el estómago revuelto por la realidad de mi vida.

Debería estar que no quepo en mí de emoción, con el corazón retumbándome en el pecho al pensar que por fin podré volver a abrazar a mi hijo, y me odio por no ser capaz de sentir tal emoción.

Decido dar un rodeo hasta mi casa, darme una ducha, ponerme algo fresco y obligarme a aparentar al menos que aún conservo la esperanza antes de ir a casa de mis padres a buscar a Tommy.

Llego a mi casa poco después de las nueve y al ver la fila de vehículos aparcados delante me entran ganas de tirarme de los putos pelos. El móvil desechable había estado vibrando más que un avispero y, como ha sido mi modus operandi desde que Ava ha estado reventando mi línea personal, lo ignoré.

La marabunta de vehículos frente a mi casa, y la falta de facultades para hacer frente a otra puta sorpresa -porque Dios sabe que nunca son de las buenas- me lleva a comprobar los mensajes que han dejado mi hermano, mi padre, mi hermana y mi otro hermano.

¿Ya casi estás aquí?

Ve a tu casa.

Ya llevamos nosotros a Tommy, no hace falta que te pases por casa de papá.

Tío, contesta al teléfono.

Tenemos que hablar.

Ya estamos, ¿cuánto vas a tardar?

Salgo del vehículo, preguntándome qué clase de infierno me espera ahora. Con solo poner un pie más allá de la puerta, ya sé que vienen curvas.

Mi madre es la que abre la puerta. También es la que les ha dejado entrar a todos, sin duda, ya que, aparte de Kailyn, es la única que tiene llave. Me arrepiento al instante de habérsela dado, a pesar de estar seguro de que esta es la primera vez que la usa.

—Estás bien, estás bien —susurra. Me ahueca la cara con las manos, comprobando que realmente estoy bien.

—¿A qué viene tanto alboroto? —Mi tono es más duro de lo que pretendo, pero no puedo evitarlo.

—No contestabas al teléfono —dice—. Sabes que no puedes hacer eso, Aclan. Todos estábamos muy preocupados por ti.

Al doblar la esquina, veo a Isolde mirándome con unos ojos tan rojos como el peligro. Se me hunde el estómago.

—¿Dónde está Tommy?

—En tu habitación —me informa mamá—. Está durmiendo sano y salvo. Intentamos mantenerlo despierto, pero tardaste mucho y cuando no pudimos localizarte...

Ya he puesto rumbo a mi dormitorio, ignorando el silencio que reina en toda la casa. Aquí pasa algo, joder. Mi familia es de hacer ruido. No importa de qué estén hablando, siempre hablan con un volumen elevado.

Abro de un empujón la puerta de la habitación, dejando entrar la luz suficiente para ver la cara de Tommy. No es que considere a mi madre una mentirosa, pero necesito verlo por mí mismo para creerme que de verdad está en casa sano y salvo.

Me da un vuelco el corazón cuando oigo el mínimo ronquido propio de un niño. El pecho le sube y baja una y otra vez al respirar. Realmente está aquí. Parece estar bien. Imperturbable. Como si una buena noche de sueño fuera todo lo que necesita para borrar los males de los últimos días.

Por mucho que quiera coger a Tommy en brazos y abrazarlo, sé que es mejor no despertarlo. Con cuidado de no agitarlo demasiado, me siento lentamente en la cama y apoyo la mano en su pecho. Su corazón late con regularidad y su respiración es correcta. Parece tan en paz que la envidia me invade al pensar en lo agitadas que son mis propias noches, lo difícil que es encontrar consuelo en mi cama, lo perdido que me siento sin ellos aquí y lo perdido que sigo sintiéndome ahora que Kailyn no está.

Tras plantarle un beso en la cabeza a Tommy, empiezo a salir de la habitación, a pesar de no querer en absoluto enfrentarme a lo que sea que esté pasando al otro lado de esta puerta.

Al doblar la esquina que da al salón, veo a los miembros de mi familia desperdigados por la sala. Papá está en el sillón, Fred en el sofá, con la cabeza entre las manos, Marco junto a la ventana e Isolde y Jason apretados en un rincón junto a la chimenea.

—¿Está muerta? —pregunto, rompiendo el silencio y yendo directo al grano—. ¿Ese hijo de puta la ha matado?

Mi cara apunta en dirección a Isolde. Mientras que los demás miembros de esta familia son capaces de mantener la compostura en las circunstancias más adversas, a Isolde nunca se le ha dado bien ocultar sus emociones. Sus ojos, ya enrojecidos, se llenan de lágrimas y mira en otra dirección, aterrorizada de establecer contacto visual.

—Te he hecho una puta pregunta, Isolde.

Salta en el aire. Mi tono la sobresalta, pero sigue sin contestar.

Siento un peso en el estómago que me agobia de cojones. Siento que me han llenado la cabeza de gasolina y que el silencio es la chispa que va a prenderme fuego, pero necesito saberlo. Si le ha pasado algo a Kailyn, tengo todo el derecho a que me lo digan.

Por eso están aquí. Es obvio. Es lo único que tiene sentido. Mi familia se ha reunido para mostrarme su apoyo, para estar ahí para mí, para prometerme que todo estará bien. Excepto que yo no lo veo así, sólo estoy enfadado. Enfadado porque hemos perdido. Siento una rabia asesina. La necesidad de masacrar a los Caruso arde como el incienso en mi pecho.

—Alguien tiene que decirme qué coño está pasando aquí —ladro cuando nadie responde.

Mi padre se acomoda en el sillón.

—Hijo, creo que tienes que sentarte para esto —me dice.

Miro el reposapiés a pocos centímetros de él. Y una mierda me voy a sentar.

—Si tienes algo que decir, dilo. Nunca has tenido pelos en la lengua, padre, ¿por qué empezar con remilgos ahora? —Estoy siendo un gilipollas cuando no debería, pero me la sopla.

En el fondo, creo que podrían haber manejado esto mejor, aunque sé que no es cierto. Maria, la única hermana que falta, ha pasado por esto mismo y ¿cómo ha salido la cosa? Yo estaba allí en esa habitación con ella momentos después de que Leonard muriera, pero no había nada correcto que decir porque las palabras no resucitan a una persona. La muerte es definitiva. Lo más definitivo que conocemos. Se espera que pasemos páginas y algunas personas lo consiguen, pero yo no estoy seguro de poder si...

No. No. Kailyn no está muerta. Aquí pasa otra cosa. *Tiene* que pasar otra cosa.

—¿Dónde está Maria? —pregunto, igual de aterrorizado por oír la respuesta a esa pregunta.

—Está en casa —responde Marco—. Lola se ha quedado con ella. Le hace compañía... —Sus labios vuelven a entreabrirse, como si quisiera añadir algo más, pero no encontrara las palabras adecuadas. Esa sola acción dice más de lo que él nunca sabrá.

Maria está en casa, pero sigue enfadada conmigo.

Maria está en casa, pero no puede enfrentarse a otra muerte.

Maria está en casa y se alegra de que yo también me vea en la situación de perder a alguien a

quien quería.

Nada de eso. Kailyn no está muerta. No puede estar muerta. Tiene un hijo que la necesita. Un hijo que merece tenerla cerca, dándole la mano y presenciando cada uno de sus logros. Estar ahí para comprobar que se ha cepillado hasta el último rincón de sus dientecitos y que no se los van a comer las caries.

—Siéntate, Aclan —vuelve a decir mi padre. Esta vez se inclina hacia delante para dar unas palmaditas en el reposapiés. Nunca es así, tan suave, como si prefiriera convencerme a darme órdenes.

Cruzo los brazos sobre el pecho. Soy un hombre hecho y derecho. Sea cual sea sea la noticia que tiene pensado soltarme, voy a recibirla estando de pie. No necesito que me hablen como a un niño y tampoco necesito que me traten como tal.

—Fred —digo, volviéndome hacia mi hermano—. ¿Tienes ganas de escupirlo tú ya que todos los demás en esta habitación son demasiado gallinas para hacerlo?

Él sacude la cabeza, con la vena de la sien latándole como un reloj.

—Nah, de esto que se encarguen ellos —suelta, sin parecerse en nada al hermano que me apretó el hombro y me prometió que Kailyn estaría bien. Suena frío de una forma que no puedo descifrar, como si estuviera enfadado conmigo o enfadado en general.

Odio que sea tan difícil de leer.

—Escucha a tu padre, Aclan. Siéntate —insiste mamá.

Una vez más, me niego. Tal vez sea porque después de todo lo que ha ido mal, siento que necesito ganar algo ahora mismo, aunque sea una estúpida pelea por mi derecho a mantenerme en pie.

Mi madre se acerca a mí, me toca suavemente la espalda y me guía hacia mi padre. Me doy la vuelta para mirarla. Yo soy un armario y ella una italiana menuda que no se toma bien lo de hacer ejercicio. No tiene ninguna posibilidad de moverme ni un centímetro si yo no quiero y ese es el caso ahora mismo.

—¿Caruso ha matado a mi mujer? —le gruño la pregunta. Cada palabra me sabe a ácido en la lengua.

—Kailyn no está muerta —dice—. Por favor, toma asiento, amore mio, y te explicaremos todo en detalle. No se puede hablar contigo cuando te paseas así.

—Bien, de acuerdo. —Levanto las manos.

Me dejo caer en la silla y suelto un suspiro, comportándome como un adolescente caprichoso. Kailyn no está muerta. Entonces, ¿por qué siento que ese peso en el estómago está creciendo?

El corazón me late más rápido. ¿Qué es peor que la muerte? Porque por la forma en que se están comportando en este momento hace que parezca que lo que está pasando es suficiente para derribar el mundo entero.

Papá se mete la mano en el bolsillo y saca un papel. Lo despliega y me lo entrega.

—Toma. Échale un vistazo a esto.

Lo miro como si fuera mierda en un palo.

—¿Qué coño es esto? —pregunto. No estamos en el instituto, no voy a jugar a pasarme notitas con ellos.

—Kailyn no es quien tú crees que es —dice mi padre despacio, como si quisiera asegurarse de que no se me escapa ni una sola palabra.

Mis fosas nasales se inflaman y la ira rebosa hasta el punto de no retorno. Empiezo a levantarme, sin molestarme siquiera en mirar el papel que me tiende. Mi madre me pone la mano encima, esta vez con más fuerza, apretándome el hombro.

—Tienes que escuchar lo que tu padre tiene que decir.

—No tengo que escuchar una mierda —digo—. Ya he oído suficiente. Kailyn no es quien dice ser... eso es lo que ha dicho, ¿verdad? Pues se ha terminado la conversación, si es que se le puede llamar así. He oído lo suficiente para saber que no voy a formar parte de esta puta conversación.

—Cuidado con cómo hablas, Aclan —me advierte mi madre. No le gustan las palabrotas. Nunca le han gustado. Pero incluso la forma en que lo dice carece de la fuerza que suele tener.

Le sacudo la cabeza. A todos ellos.

—Si queréis tirar la toalla con mi mujer, con mi familia, pesará sobre vuestra conciencia para siempre. Pero esta chorrada de que Kailyn no es quien creo que es que os estáis inventando es solo para no tener que continuar con esta guerra.

Enderezo los hombros, saco pecho y me siento como un idiota cuando veo que mi madre aprieta los ojos. Pero no puedo relajarme, así que me paseo por la habitación buscando a la próxima persona con la que pelearme.

Cuando me detengo junto a Jason, es obvio que es el que está más nervioso de todos. Prácticamente puedo oír cómo el corazón le tamborilea al ritmo de una masacre en el pecho. Quién sabe, podría ser una nueva droga que se ha metido por el narizón.

—¿Qué coño está pasando aquí? —le siseo.

No se atreve a mirarme a la cara y aprieta las manos cuando se mira los pies.

—¡Te he hecho una puta pregunta!

—Aclan, por favor —empieza a decir mi hermana en un intento de defender a un hombre que sé que nunca haría lo mismo por ella.

Ni me inmuto, doy otro paso más cerca de Jason. Aunque no tan cerca como para poder arrearle un sopapo si dice las palabras equivocadas. Por muy enfadado que esté, todavía puedo contenerme. Pegarle al marido de mi hermana no me hará ganarme ningún favor y lo sé.

Temeroso de que elimine el resto del espacio que nos separa, Jason abre la boca.

—Ella es el topo —dice, con su voz chillona que recuerda a arrastrar clavos por una pizarra. Ah, no. Ni de puta coña. Esa contención de la que acabo de hablar, se viene abajo como si Hulk la hubiera atravesado. Cuando doy un paso más al frente, Jason sigue cantando por la boca—.

Fue ella la que le dijo a los Caruso cómo colarse en la casa y cuándo. Es la razón por la que Leonard...

Soy como el puto Speedy González cuando mis manos encuentran su cuello y lo estampan contra la pared.

—¿Qué acabas de decir? —Sus ojos se desorbitan y sus manos golpean las mías con la esperanza de que le suelte. Pero no lo haré. No puedo. La sangre se me calienta y la ira aún más.

—Aclan, para —me suplica Isolde—. No hagas esto, Aclan.

Aprieto más fuerte. Tal vez si le restrinjo el oxígeno a su cerebro el tiempo suficiente acabe con toda la mierda que tiene almacenada ahí. Le estaría haciendo un favor a Isolde, la verdad.

—¿Dónde estabas cuando los Caruso irrumpieron en casa de mis padres, Jason? —le ladro—. ¿Dónde estabas cuando a Leonard lo estaban moliendo a golpes y a nuestra niñera la estaban abofeteando como a un puto muñeco de trapo?

Lo dejo caer, sin sentir siquiera una punzada de remordimiento cuando lucha por respirar, agarrándose la garganta y resollando.

Volviéndome hacia mi hermana, le enseño los dientes.

—Traes a este payaso puesto hasta los dientes a mi casa y permites que abra la boca en contra de mi mujer.

—Lleva limpio desde... —empieza a decir.

—Hace dos minutos enteros —la corto—. Si quieres culpar a alguien por la muerte de Leonard, culpa a tu lamentable marido. Leonard fue el único que se enfrentó a esos cabrones porque Jason estaba demasiado ocupado metiéndose mierda en las venas, encerrado en una habitación a pocos metros de los niños. ¿Cuántas veces has pillado a Rosie jugando con sus jeringuillas, Isolde? ¿Quieres hablar de eso? ¿Quieres contarle a mamá y a papá lo preocupada que estabas la última vez que Rosie tuvo fiebre por si se había tomado alguna de las pastillas que este gilipollas inservible dejó tiradas en la encimera?

—Aclan, sé que estás enfadado, pero no es el momento.

—¿No lo es? ¿De verdad? Porque, sinceramente, parece que estemos jugando a meternos con los cónyuges del otro. Y si vamos a jugar a este juego, Isolde, tú y Jason vais a morder el polvo.

—Sólo dice lo que todos pensamos —me suelta—. No te equivocas, he decidido hacerme la ciega ante muchas de las mierdas que ha hecho Jason, cosas horribles. Pero aunque sus demonios nos han puesto en peligro, nunca ha traicionado a nuestra familia.

No estaría diciendo eso si hubiera vuelto a casa y encontrado a su hija sin vida. Lo que Jason está haciendo es una traición tan grande como cualquier otra.

—Conoces a Kailyn, —le recuerdo—. Tú, más que nadie, deberías haberte olido esta gilipollez a la legua y haberle puesto fin.

—Creía que la conocía —replica—. Me caía bien. Quería que estuvierais juntos. Escondí a Tommy cuando apareció por primera vez en tu puerta, pero Aclan...

—Sin putos peros, Isolde.

Me planto delante de Isolde, lanzándole mis palabras hasta que se encoge. Mi hermana no es de las que se acobardan, pero ahora se está acobardando. Ni siquiera puedo decir que lo siento.

—¡Basta! —ladra mi padre—. La letra en esta carta es la de Kailyn, ¿no?

Agita el papel, el mismo que se sacó de su bolsillo hace un momento. Me reta a que lo coja, a leerlo, a que llegue a la misma conclusión que él. No sé lo que hay en el papel y no me importa. Sea la letra de Kailyn o no, es inocente. Ella no haría esto. Ni a mí ni, por supuesto, a Tommy.

Cruzo furioso el salón y cojo el papel de la mano de mi padre.

—¿Y qué? ¿Caruso le pone una pistola en la sien y le dice que escriba una gilipollez y todos os subís al carro? Estáis buscando un chivo expiatorio y los cojones voy a permitir que sea ella.

Rompo el papel en pedazos y se lo arrojo a mi padre. Los pequeños trozos blancos se esparcen como confeti por el suelo.

—Kailyn nos llamó —dice mi madre, sonando derrotada—. No vamos a fiarnos solo de una nota escrita por ella. Nos llamó y lo explicó todo, Aclan.

—Fue una videoconferencia —añade Marco—. La vimos, Aclan. En carne y hueso, viva y bien vestida. Nos dijo que suspendiéramos la guerra, que se había enamorado de Raoul, que todo eso de Eddie era sólo para hacer más creíble la historia. Quería que te quedaras con Tommy, pero no contaba con que la encontraras después. Cuando lo hiciste, entró en pánico. Raoul exageró, pensó que había sido secuestrada cuando los Caruso te vieron con ella. Tenía pensado huir de ti de todos modos, sólo que aún no había calculado cómo y Raoul... bueno, hizo lo que pensó que tenía que hacer para salvar a la mujer que quería. Tommy lo cogieron como moneda de cambio porque sabía que irrumpir en tu casa traería consecuencias. Cuando se dieron cuenta de que quemarías el mundo con tal de recuperar a tu hijo, decidieron enviarlo a casa de la madre de ella. Siempre estuvo en sus planes decirte dónde estaba a cambio de la paz.

No puedo creer que se crean esta gilipollez.

—¿De verdad os creéis esta sarta de mentiras? ¿Todos vosotros? Me niego a pensar podéis ser tan tontos.

—Cuidado con lo que dices, chico —gruñe mi padre.

A pesar del tono de su voz, no parece enfadado, sólo... triste. Triste por mí, supongo. Estúpido Aclan, enamorado de una traidora.

—No estamos diciendo que creamos nada de eso —interviene mi madre—. Pero al menos tenemos que considerar la posibilidad. Por eso estamos aquí... para poder llegar al fondo del asunto.

—Estáis aquí para convencerme de que me suba al carro, eso es todo. Pues puedo decirte ya mismo, madre, que eso no va a pasar. Conozco a Kailyn y lo que sea que haya dicho o no en ese estúpido video, no es verdad.

Mi madre se saca el teléfono, probablemente para mostrarme qué había de convincente en el vídeo de Kailyn que habían visto. Le hago un gesto para que se vaya.

—Ahórratelo. Tengo que encontrar a mi mujer.

Fred bosteza, parece aburrido. No sé por qué me centro en él, pero lo hago. Tal vez sea que apenas ha soltado una palabra por esa boca en todo este tiempo. Al notar mi mirada, se encoge de hombros.

—¿Qué coño te pasa? ¿Por fin has encontrado una razón para que papá te entregue el negocio?

Se ríe y su carcajada se me cuela bajo la piel.

—Son todo gilipollecetes —dice, sacándose el tabaco de mascar de la boca y dejándolo caer en el vaso que tiene delante—. Son todo putas gilipollecetes. —Me habla directamente a mí. No en el tono argumentativo que ha reinado en la sala, sino como... bueno, como si estuviera aburrido—. Es un desperdicio de energía sentarnos aquí y ponernos a repasar teorías conspirativas cuando lo que deberíamos estar haciendo es cortarle la cabeza a cada uno de esos gilipollas. —Ah, así que está en su fase de ansia de sangre. Llevaba una temporada demasiado tranquilo, tenía que llegar este momento.

—No le metas las ideas equivocadas en la cabeza a tu hermano —interviene papá—. Has visto lo que todos vimos. Estuviste de acuerdo en que se la veía bien, sana y sin un puñetero pelo fuera de lugar. Los Caruso recibirán lo que se merecen por matar a Leonard, pero no vamos a empezar una guerra para intentar encontrar a una mujer que podría ser la responsable de todo esto, para empezar.

—Corta el rollo, papá. Kailyn no tenía ni un pelo fuera de lugar, eso seguro —dice Fred—, pero eso no quiere decir ni una mierda. ¿Sabes cuántas mujeres van a trabajar maltratadas y magulladas y nadie pestañea? Es todo maquillaje. Pregúntale a Isolde, esa mierda hace maravillas.

Isolde le lanza a Fred una mirada que no le hace ni inmutarse. Está hablando de Jason. El hijoputa había tenido el descaro de ponerle las manos encima a nuestra hermana una vez. Después de la paliza que le dio Fred, no pudo andar durante una semana.

Isolde baja la cabeza.

Una parte de mí se siente mal por lo mucho que nos estamos metiendo con mi hermana, pero otra parte de mí, una mayor, sigue cabreada porque se haya unido a esto y se ponga de parte de mi padre mientras ni siquiera contempla la posibilidad de concederle a Kailyn el beneficio de la duda.

Me presiono las sienes con los dedos, pero ni siquiera eso puede aplacar el dolor de cabeza que amenaza con retumbar por mi cerebro.

Pienso en la habitación del motel. En George. Repaso todo el encuentro en mi cabeza. No estaba actuando. Es imposible que estuviera montando un espectáculo. ¿Qué sentido habría tenido?

La sangre en el suelo también era real.

Finjamos por un minuto que esto era algún tipo de plan elaborado para sacudir a nuestra familia, ¿qué papel jugaría George en esto? Vio a Kailyn en ese hotel. Y si no la vio, ¿por qué

mentir? ¿Por qué llevarme allí sólo para fingir decepción y volver por dónde vino?

Nada de esto tiene sentido.

Nada.

Mi padre sabe lo que los Caruso le hicieron al padre de Kailyn, no puedo ni comprender cómo, sabiendo todo eso, puede estar ahí sentado e intentar aparentar que lo que dice tiene sentido. Era joven cuando perdió a su padre y lo quería con locura. Cada vez que hablaba de su infancia, le brillaba la mirada. Me había dicho cientos de veces cómo desearía que él aún estuviera aquí, que su vida habría sido mucho mejor y más fácil.

¿Cómo es que la chica que echa tanto de menos a su padre se vuelve hacia las mismas personas que se lo arrebataron? La misma chica que desapareció cuando descubrió mis vínculos con la mafia porque no quería tener nada que ver con gente como yo.

Nada de esto tiene sentido.

—Kailyn es una actriz brillante —vuelve a decir Fred—. También sonaba creíble cuando le contó a toda la familia esa historia disparatada de que ella y Aclan habían estado en contacto todos estos años y enamorados. Tú también te lo creíste, ¿verdad, papá? —La confusión empaña el rostro de mi padre mientras intenta comprender adónde quiere ir a parar Fred—. Creíste que Kailyn y Aclan estaban casados y que sólo tenían miedo de confesarlos, por eso mantuvieron su relación, su matrimonio, en secreto todo este tiempo. Creíste que Aclan estuvo presente cuando nació Tommy. Es lo que Aclan te dijo y es lo que Kailyn también confirmo en ese video. También crees que Aclan ha estado manteniendo al niño durante los últimos tres años. Creo que tal vez deberías empezar a echarle el ojo a Aclan también. ¿Quién sabe? Igual es un Caruso disfrazado de Bernardi.

El rostro de mi padre se tensa. Su frustración con Fred es evidente.

Mi madre parece haber visto un fantasma; tiene los ojos muy abiertos y la mandíbula caída.

—¿Qué significa todo esto? —ladra papá, con la mirada fija en Fred.

—El certificado de matrimonio que Aclan te enseñó es falso. No tenía ni puta idea de dónde estaba Kailyn cuando dejó el Shackleton. No tenía ni puta idea de que ella tenía un hijo ni de que ese hijo era suyo.

—¡No estás casado! —jadea mamá, que se lleva la mano a la boca. Obviamente está concentrada en la parte menos importante de todo esto. El matrimonio es sagrado para ella, y lo entiendo. Se ha criado con los preceptos de la iglesia católica. Es un puto oxímoron, en realidad, viendo que está casada con un demonio y ha criado a sus hijos para que sean igual de brutales.

Mi madre murmura un *Ave María* en voz baja, acentuándolo con una palabrota salpicada aquí y allá. Me pregunto si recuerda que al buen Señor no le gustan las blasfemias.

—¿Qué tienes que decir en tu favor, Aclan?

Me crujo el cuello, fingiendo una calma que no siento.

—No lo sé, madre, pero ahora ves lo fácil que le resulta a la gente mentir cuando está entre la espada y la pared. Sea lo que sea lo que Kailyn dijo en ese vídeo, no es la verdad. La conozco.

—Entonces también sabes que es una mentirosa —sisea papá—. Tan buena mentirosa como tú. Ni siquiera es *de la familia*.

—Y eso nos facilita tomar una decisión, ¿no? No importa que sea la madre de Tommy. No importa que la quiera.

Miro a Isolde. Ella, más que nadie, debería entender que esto no está bien. Cómo se puede proteger a Jason a pesar de todas sus cagadas, cosas que él mismo ha provocado, mientras que Kailyn está en alguna parte, muerta de miedo, mintiendo ante las cámaras porque no tiene otra opción.

Papá se levanta e hincha el pecho.

—Ni siquiera sabemos si Tommy es tu hijo.

Y esa es la gota que colma el vaso. Tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no hacer entrar en razón a mi padre a base de hostias; para que, a pesar de que mis manos se cierren en puños, las deje a mis costados y no le pegue.

Me duele la cabeza. Lo bueno y lo malo se desdibujan a cada segundo. Podría marcharme, pero también podría enseñarle a morderse la puta lengua.

Doy tres pasos, acortando la distancia que nos separa. Me inclino ligeramente y le miro a los ojos, asegurándome de que no malinterprete ni se pierda ninguna de mis palabras. No es un hombre bajo, pero es más bajo que yo; la edad le ha pasado factura en altura igual que a su salud.

—Lárgate de mi casa —le siseo, sin optar por la violencia esta vez. No puedo prometer que no le pegaré si vuelve a hablar mal de Tommy.

No se mueve. Sólo hincha aún más el pecho, desafiándome.

De hecho, todos y cada uno de ellos me desafían.

Discutimos durante lo que parece una eternidad. Ellos intentan convencerme de que, aunque no están seguros de que Kailyn dijera la verdad en ese vídeo, al menos debo considerar la posibilidad de que me hayan traicionado. Yo, trato de hacerles entender que están todos mal de la cabeza.

Ahora, más que nunca, sé que hice lo correcto cuando mentí sobre mi relación con Kailyn. Cuanto más hablan, más me doy cuenta de que no lo entienden. La sangre no es lo único que uno debe proteger. La familia no sólo abarca a los que llevan tu apellido o comparten tu sangre. El amor también necesita protección.

Debería haber huido con Kailyn cuando tuve la oportunidad. Hace mucho tiempo. Antes de que todo esto empezara; antes de verme tan profundamente arraigado en esta familia que salir de ella me pareciera imposible.

Debería haberles traicionado como ellos me están traicionando ahora.

—Esta guerra la libraré yo mismo —acabo diciéndoles.

Si quieren quedarse en esta casa, allá ellos, pero yo no voy a quedarme a que me insulten. Puede que hayamos falsificado los papeles, pero Kailyn sigue siendo mi mujer y no voy a renunciar a ella.

El estrés de los últimos días parece haber encontrado por fin un lugar de descanso sobre mis hombros y no deja de hundirme.

Exhausto, como deja patente mi voz, me vuelvo hacia mi padre.

—Has perdido un hijo —le digo, y lo digo en serio. Dirijo mis ojos a Jason—. A lo mejor puedes ver si ese imbécil tiene lo que hay que tener como para ser un buen sustituto.

—Aclan —me llama Isolde. Su voz es un susurro entrecortado.

Le sacudo la cabeza.

—No. Ahora no. Te quiero, pero también te odio por permitirles hacer esta putada y por formar parte de ella.

Apenas empiezo a salir de la habitación, oigo unos pasos apresurados que se acercan, repiqueteando más allá de la tranquila charla que aún se desarrolla en el salón.

No espero, me dirijo hacia la cocina y salgo por la puerta trasera. Necesito un poco de aire fresco. Necesito espacio para gritar al universo y preguntarle qué demonios he hecho para merecer que mi vida se haga pedazos una vez más.

—Entrarán en razón —dice una voz. Fred. De todas las personas del mundo, no pensé que sería él quien se pondría de mi lado—. Papá no va a abandonar la guerra con David. Le ha herido el orgullo que el cabronazo permitiera que su gente allanara en nuestra casa familiar, así que, en ese frente, estamos cubiertos. La mansión Caruso aún está rodeado y todos van como pollos sin cabeza.

—¿Viste el vídeo?

Él asiente.

—Así es.

—Enséñamelo —le digo, dejándome caer en el sofá de terraza, con los dedos apretados contra las sienes en un intento de evitar el dolor de cabeza que intenta abrirse paso en mi cerebro.

Fred toma asiento a mi lado y saca el móvil, pero duda en dármelo.

—No lo tengo.

Le miro con el ceño fruncido.

—Y una mierda que no. Te conozco muy bien como para pensar que algo así, que puedes usar para restregarme por la puta cara, no estaría en tu posesión en menos de lo que canta un gallo.

—Vale. —Se encoge de hombros y se mete las manos en los bolsillos—. Pero no lo guardé para usarlo como una puta herramienta de chantaje emocional. ¿Seguro que quieres verlo?

—¿Qué, temes que de repente piense que está confabulada con Raoul?

Le quito el teléfono de la mano, deslizo el dedo por la pantalla y le doy a reproducir.

La cara de Kailyn ocupa toda la pantalla, tan preciosa como el día en que la conocí. Lleva el pelo recién lavado y seco, con largos mechones enmarcándole ambos lados de la cara. No lleva mucho maquillaje, sólo un poco de colorete en las mejillas y pintalabios rosa. Casi me olvido de escuchar lo que dice mientras contemplo esa cara que he echado de menos durante demasiado

tiempo y que probablemente tendré que seguir echando de menos durante más.

—Ace —dice—, sé que estás buscándome. Supongo que cuando Raoul y yo planeamos todo esto, nos imaginamos que iba a ir de otra manera —habla con facilidad, imprimiendo las emociones adecuadas en los momentos adecuados, pero la conozco lo suficiente como para ver en sus ojos que no está bien—. Hemos armado un buen lío para las dos familias —continúa—, y lo sentimos. Me he encargado de que Tommy se quede con mi madre. Está con ella y está a salvo. Al principio, el plan era que él, Raoul y yo formáramos una familia, pero ahora veo que nunca dejarás de luchar hasta que lo recuperes, debería haberlo sabido. Desde el primer día que lo tuviste en tus brazos en el hospital St. Joseph, habéis compartido un vínculo irrompible. Un vínculo que creí que tú y yo compartíamos durante un tiempo, pero entonces Raoul entró en escena y...

Pongo el teléfono en pausa y miro a Fred. Se encoge de hombros.

—Te miente sobre cosas de las que sabes la verdad —dice exactamente lo que yo estaba pensando.

—Tommy no nació en St. Joseph —le digo, y veo cómo se le dibuja una sonrisa en la cara.

—He hecho mi investigación.

—¿Ah, sí?

Se aparta de mí para mirarme atentamente.

—Vuestra historia no tenía sentido. Necesitaba saber a quién estabas metiendo en la familia, así que la investigué. Su grupo sanguíneo es O positivo. Calza un 30. Es alérgica a las piñas, pero no de gravedad. No tanto como para no poder comerlas en la pizza.

—¿Qué coño?

—Como he dicho, te estabas comportando de forma sospechosa. Y ella aún más. La investigué sólo para asegurarme de tener algo que usar en tu contra en caso de que me jodieras. De todos modos, vuelve a poner el vídeo desde el principio otra vez. Tu chica es brillante de cojones. Supe que pasaba algo cuando lo vi con papá y Kailyn se puso a hablar de tú cogieras al bebé en brazos porque...

Le doy un ligero puñetazo en el brazo, todavía un poco enfadado porque haya destapado esa parte del secreto, sabiendo lo importante que es para mi padre esa estúpida palabra de mierda, «familia», y su definición aún más jodida de la misma.

Vemos el vídeo al menos cinco veces, tomando notas en mi móvil hasta que nos hacemos una idea adecuada.

Kailyn habla de las flores que llevé a su habitación del hospital, hortensias azules, y de lo mucho que ella odiaba esas flores. Cómo llené la habitación entera hasta que una esquina parecía un arbusto de hortensias y cómo eso era señal de que no éramos compatibles. Habla de la vez que fuimos a Cook's Brewery y me pensé que sabía exactamente lo que quería comer y decidí encargarme de pedir por ella. Que hacía eso todo el tiempo y que Raoul es el tipo de hombre que la deja tener su propia opinión, que le deja pedir lo que quiera.

Ha esparcido tanta información a lo largo del vídeo que Fred y yo podríamos dibujar un puto mapa entero cuando acabemos. Pero, aun así, bien podría ser un mapa del espacio exterior.

Miro a Fred, la confusión que siento está a punto de envejecerme ochenta años en apenas minutos. Tiene una sonrisa de comemierda en la cara que no se ajusta en absoluto a las circunstancias.

—¿Recuerdas a esa chica de Miami? —pregunta. Le entrecierro la mirada—. La de la uniceja. Bueno, en realidad no es una uniceja, sino más bien... unas cejas casi unidas. Nunca lleva ropa interior y tiene un polvazo. Te vuela la mente. Está tan mojada que parece que te has follado un cubo de pollo del KFC cuando terminas.

Cierro los puños a los costados y le frunzo tanto el ceño que es casi doloroso.

—Me estás tomando el puto pelo ahora mismo.

—No te estoy tomando el pelo. Va en serio.

—Mi chica ha desaparecido y tú me estás hablando de...

—Vale, sí. Mal momento, lo pillo, pero ya has oído este tipo de anécdotas antes. —Puedo ver cómo se evade, pensando más en mojar el churro que en el asunto que nos ocupa.

—¡Fred!

Me mira y suelta un suspiro que le hace temblar los labios.

—Eh, sí, el tema es, que la chica de Miami y yo vamos a Cook's Brewery siempre que ella está en la ciudad. Era la mejor amiga de la encargada y, aunque le he garantizado que puedo pagar la cuenta al completo y que hay montones de italianos mucho mejores que ese antro, le encantan los descuentos, así que es el único sitio adonde quiere ir a comer.

—Hay montones de ellos esparcidos por Chicago.

Levanta un dedo y la emoción le brilla en los ojos.

—Sí, claro. ¿Pero cuántos de ellos están justo enfrente de los arbustos de hortensias más grandes que jamás hayas visto?

—No sabes una mierda de flores. ¿Cuándo fue la última vez que te acordaste de encargarle a mamá un ramo para el día de la madre?

—Ya, yo no sé una mierda de flores, pero mi chica de Miami sí. Es botánica o algo así. Anda siempre por ahí con un par de tijeras en el bolsillo.

—Vaya, parece que tiene problemas de control de la ira. Hacéis una pareja de ensueño, sí, señor.

—No, la chica es delicada. Usa las tijeras para cortar muestras de arbustos al azar allá por donde pasa —dice y casi parece ofendido. Si no conociera a mi hermano, pensaría que la chica de Miami es más que una aventura.

—Estoy seguro de que hay un montón de...

—No los hay, ella misma me lo dijo. Que no se ve un arbusto de hortensias azules como ese. Al menos no uno tan grande como el de Cook's. Y sabe del tema porque...

—Es botánica —termino por él.

—Sí, exacto. Hubo esta vez en la que estaba tardando demasiado. Se había metido debajo de una de esas plantas con sus tijeras y pude ver lo que había justo debajo de su falda; tenía el coño tan listo para mí como una monja para la misa del domingo. Ya sabes, gracias a lo de que no lleva ropa interior y eso. De todos modos, no podía esperar. Tenía las pelotas azules desde el momento en que empezó a menear el culo de un lado a otro. A ella le gustaba caminar, así que siempre me hacía aparcar a una manzana de Cook's y como me gustaba ir de incógnito y no me interesaba que nadie supiera dónde estaba, no tenía problema en aparcar lejos. El caso es que me la follé en el arbusto de hortensias. Se corrió tan fuerte que estoy seguro de que las plantas no necesitaron que las regasen en todo un mes. Así que sí, reconozco las hortensias. Me estuve arrancando sus pétalos de la chaqueta durante semanas.

En otras circunstancias me habría reído. A veces mi hermano puede ser todo un personaje. Ahora mismo, la adrenalina me bombea por las venas, caliente y potente como torrentes de lava.

—¿Me estás diciendo que sabes dónde tiene Raoul a Kailyn?

—Por fin lo pillas. —Lo habría entendido mucho mejor si hubiera ido al grano en lugar de hacerme un resumen de su vida sexual, pero da igual—. Ahora vamos a disparar a algunos de los mamones de Caruso y a recuperar a tu chica —concluye, palmeando la pistola que lleva en la cintura.

DIECISIETE

Aclan

Me dirijo a mi cuarto antes de que Fred y yo nos vayamos. No agradezco que mi familia esté aquí, sobre todo después de haberlos echado. Pero viendo que se han negado a abandonar mi casa, aprovecharé los cuidados de niñera gratis que aún no saben que me van a ofrecer.

De pie ante la puerta de mi habitación, reparo en que Tommy no está solo. La figura sentada al borde de la cama le acaricia el pelo, tarareando una melodía que reconozco de mi infancia.

—Ah, hola —susurra cuando me ve. Tiene una media sonrisa en la cara. Después de la explosión en el salón, no sabe cómo acercarse a mí.

Sigo cabreado con ella, con todos ellos, de hecho. Pero verla con mi hijo de esta manera, sabiendo que a pesar de toda la mierda que se soltó antes, lo sigue queriendo, es suficiente para que me ablande un poco. Lo de papá es otro cantar; que haya cuestionado la paternidad de Tommy es algo que me va a llevar un tiempo superar.

Mamá se levanta y viene con pasos ligeros a detenerse delante de mí. Apoya las manos a ambos lados de mi cara.

—Te queremos —me dice—. Las emociones están a flor de piel en un momento en el que esperábamos poder llevar una vida más sencilla. No nos odies por ser precavidos. Ese vídeo nos sacó de nuestras casillas y cuando no nos cogías el teléfono...

Aprieto los dientes. Aún no se me ha pasado mi cabreo con ella, aunque una parte de mí lo entiende. Estaban deseando jubilarse. Se suponía que yo iba a casarme con Ava y que ellos iban a comer perdices y vivir una vida menos estresante con la certeza de que la familia Bernardi estaría en buenas manos.

—Voy a salir con Fred —le digo—. Necesito despejarme. No te importa cuidar a Tommy mientras tanto, ¿verdad?

—Suenas agotado, tesoro.

—Es porque lo estoy.

Mira por encima del hombro, observando a Tommy.

—Quédate en casa, *figlio mio*. —No hay mucha fuerza en su voz ante esa petición. Ella también está agotada. Todos lo estamos. Pero no pararé hasta que toda mi familia vuelva a estar junta.

Alargo la mano, le doy una palmada en el hombro, sacudo la cabeza y me doy la vuelta. Mi madre no intenta detenerme a pesar de saber en el fondo de su corazón que no me voy a dar un paseo. El que mi padre no me siga poco después y los guardias del exterior se queden en sus puestos es cuanto necesito para saber que mamá aún no le ha comentado a papá mi marcha.

Fred es el que conduce. Dice que es porque sabe de memoria dónde está ese lugar. En realidad, estoy seguro de que no confía en que yo esté en condiciones de mantenernos vivos durante todo el trayecto.

Las calles están vacías cuando salimos de mi barrio. Supongo que los habitantes de Chicago no cargan con los demonios que carga mi familia, que les quitan el sueño.

Me saco el móvil del bolsillo del pantalón, el personal. Hay una tonelada de mensajes de Ava Caruso. No los leo. Sólo con ver su nombre me dan ganas de arrancarme todos los putos pelos. Uno a uno.

—Encontraremos a Kailyn —me asegura mi hermano, encendiendo el intermitente para tomar la siguiente curva a la derecha.

—Sí —digo.

No estoy seguro de creérmelo. Debería creérmelo. La confianza, la esperanza y el positivismo son cosas buenas en este momento, pero me siento como si estuviera pasando por un millón de etapas del duelo en un orden que no tiene sentido. Ira, ira, ira, esperanza, pesimismo... Ahora mismo, me acompaña la depresión. Que me entierren en un agujero con somníferos como sustento y me despierten sólo cuando acabe esta pesadilla y estaré bien.

Pero no ha habido suerte.

Tan silenciosa como está la carretera es el ambiente en el coche. La atención de Fred está puesta a la carretera, más de lo que suele estarlo. Es de a los que les gusta conducir con la música alta y no tiene reparos en saltarse algún que otro semáforo o adelantar cuando el coche del carril opuesto está demasiado cerca. No es un conductor terrible, pero sí temerario. Esta noche, sin embargo, está totalmente concentrado.

—Llegaremos en solo unos veinte minutos —acaba diciendo. Es entonces cuando miro el reloj y soy consciente de cuánto tiempo ha pasado.

Apenas hemos intercambiado palabra mi hermano y yo. Para el humor que tenía antes de irnos, exaltado por los recuerdos de la chica de Miami, está terriblemente callado. Tal vez los problemas de nuestra reciente debacle estén calándole a él también al fin.

—Veinte minutos. —Asiento y vuelvo a enterrar la cara en el teléfono.

No hago gran cosa, simplemente navego sin un propósito. Me empano, como diría Maria.

Mi mente se detiene en ella durante un rato, en cómo debe estar, en cómo nadie mencionó

nada sobre el funeral de Leonard. ¿Están planeando uno? ¿O confían en que si no se celebra uno parecerá que no ha muerto? Ignorarlo hasta que se haga realidad, o algo por el estilo.

—¿Has sabido algo de Maria recientemente? —le pregunto a mi hermano, incapaz de dejar de pensar en ella y, francamente, sin ganas de hacerlo.

—Está que trina contigo. —Se encoge de hombros—. O al menos lo estaba hasta que se enteró de que no hemos avanzado con la búsqueda de Kailyn. Ya se le pasará.

Deslizo el pulgar por la pantalla del móvil.

—Leonard ha muerto. Estoy seguro de que no se le pasará. El que ni siquiera se esté hablando de un funeral tampoco debe de estar ayudando.

Veo cómo mi hermano traga saliva, como si tuviera una pelota de tenis alojada en la garganta y prefiriera que se quedara ahí a intentar sacarla.

—¿Qué?

—Nada.

—La expresión en tu cara me indica lo contrario.

—El funeral es la semana que viene —balbucea, avergonzado.

Ni siquiera me siento conmocionado, sólo agotado.

—Y no estoy invitado.

—Bueno, no es que la gente vaya por ahí repartiendo invitaciones para los funerales. No es una puta fiesta de cumpleaños. —Fuerza una carcajada, pero no surte el efecto esperado.

—Sabes bien lo que quiero decir.

—Estás... bueno... Tienes que hablar tú mismo con Maria, Aclan. —Lo haría, si respondiera a mis llamadas o contestara a mis mensajes—. Se está comportando de manera irracional en este momento. No piensa con claridad. —Golpetea el volante con los dedos—. Te perdonará con el tiempo, pero es todo demasiado reciente, lo sabes.

—¿Entonces tú también crees que yo soy responsable?

Aparta los ojos de la carretera para mirarme.

—Joder, ¿no estarás hablando en serio?

—Has dicho que me perdonará como si hubiera hecho algo malo.

—Tío, estás buscando pelea y no te voy a dar el capricho. Vamos juntos en un coche y te he cubierto las espaldas cuando el resto de la familia se piensa que estás como una puta regadera por seguir preocupándote por Kailyn. Vieron ese video y les saltaron todas las alarmas y, ¿sabes qué?, incluso si yo me lo creyera, te ayudaría a recuperarla igualmente solo para que pudiera mirarte a la cara y decirte que es verdad. En vez de eso, estamos en la carretera casi a las tres de la mañana sin refuerzos y a punto de irrumpir en algún sitio donde Caruso tiene que tener a sus hombres apostados. Y puede que haya tomado algunas decisiones estúpidas de cojones cuando era más joven, pero esto está a la altura de todas ellas. La única diferencia es que hay una razón por la que estoy tomando esta. Tommy necesita a su madre. Esta familia ya ha perdido suficiente. Veo a Maria y lo destrozada que está... Puede que tú no estés legalmente casado con

Kailyn, pero si la pierdes...

—No la perderé —le interrumpo, con un tono agresivo.

Fred no se equivoca, puede que esté buscando pelea. Lo siento en el pecho, este burbujeo de lava agitada que hará cualquier cosa para abrasar toda la tierra.

—No —coincide—, no la vas a perder. Voy contigo para asegurarme de ello. Pero también para asegurarme de que no te maten en el proceso.

Es una locura cómo se puede vivir en una ciudad toda la vida y aún así no arañar su superficie. Cuando Fred entra en la calle con el gran logotipo rojo y naranja de la cervecería Cook's mirando hacia el norte, me maravillo de lo diferentes que pueden ser determinadas zonas de una ciudad.

Los edificios de aquí son todos desiguales, no son el típico ladrillo rojo, sino una gama de colores brillantes que hacen que parezca que acabo de entrar en una película de Disney. Hay edificios rosas, púrpuras, celestes y amarillos.

Algunos están acentuados con grafitis, pintadas de grandes penes y palabras vulgares en aerosol. Hasta la jarra de cerveza del logotipo de Cook ha sido alterado para que parezca que alguien se está meando en la bebida.

—Un sitio con clase —digo, lanzándole una mirada a Fred.

—Nunca me las he dado de tener clase.

—Ya. ¿Este es territorio Caruso?

Mi hermano arruga la frente.

—No solía serlo y no creo que se hayan apoderado de él. Igual sólo necesitaban un lugar para esconderla donde a nadie se le ocurriera mirar.

Ya lo intentaron antes con el motel y fracasaron. Caruso ya debería saber a estas alturas que ni el fin del universo estaría lo bastante lejos como para esconderse.

Fred aparca en una de las muchas plazas disponibles. Las calles están vacías, igual que en nuestro territorio, con la gran ventaja de que no estamos en una zona residencial.

Apagamos las luces del coche e intentamos idear un plan. Tanto guardar silencio de camino aquí y a ninguno se le ocurrió usar ese rato para nada beneficioso.

—Solía haber un motel por aquí. Bueno, un bar clandestino con tres habitaciones en la parte de atrás. Pero me conocen y con toda esta movida que está pasando, habría oído algo si un Caruso apareciera por aquí.

—Tenemos que peinar la zona a pie —sugiero.

Un paso por delante de mí, Fred ya está saliendo del vehículo, poniéndose una sudadera con capucha sobre la cabeza y un pasamontañas sobre la boca y la nariz. Sus ojos parpadean de aquí para allá para asegurarse de que no le observan. La noche está inquietantemente silenciosa y endiabladamente oscura, salvo por la fachada de una tienda con un letrero de neón que anuncia que ya no está abierta.

Nos mantenemos cerca de los coches mientras echamos un vistazo a los edificios, pendientes

de nuestra proximidad a las hortensias que Kailyn mencionó en su vídeo. Por supuesto, podría ser todo una puta coincidencia como una casa.

¿Quién me asegura que Raoul no le pegó a Kailyn tan fuerte en la cabeza que empezó a decir sandeces?

No, no puedo pensar así.

Necesito que ella esté aquí mismo.

—Por aquí —dice Fred, abriéndose paso por el callejón más delgado que existe—. Parece que el bar clandestino ha cerrado. —Eso no responde a ninguna de las preguntas que tengo, pero le sigo de todos modos.

Llegamos a la trastienda del edificio, donde hay una enorme papelera en una esquina, rebosante de cajas y muebles viejos. Más adelante hay una puerta enrollable con un candado.

Fred parece emocionado mientras me hace señas para que me una a él junto a la puerta enrollable del garaje.

—Parece que se han mudado —dice, y se detiene tan bruscamente como yo al oír movimiento en el interior.

—Parece que no se han mudado del *todo* —susurro.

Mi hermano echa la mano a la pistola mientras acerca una oreja a la puerta. En cuclillas, comprueba la cerradura y una sonrisa de asco se dibuja en su cara al ver que está abierta y enganchada al otro lado.

—¿Estás listo?

—¿Para qué?

No contesta, se limita a empezar a subir la puerta.

Rápida como un látigo, mi mano encuentra mi pistola. Me mantengo fuera del encuadre, en las esquinas, y Fred hace lo mismo. Si Raoul y sus secuaces están dentro, empezarán a disparar antes de que cualquiera de nosotros pueda ni parpadear. Somos mejores tiradores, pero aún así, tenemos que andar con cuidado.

La puerta se abre y mis ojos se abren de par en par ante la escena que se me presenta.

Kailyn está en el suelo, con una mano encadenada a un radiador, maltrecha y llena de moratones, pero incluso así, la expresión en su cara es de arrojo. Como si aún no hubiera perdido la esperanza. Sus ojos parpadean hacia la puerta y sé que debo salir a la luz para que pueda verme, que vea que estoy aquí, que la he encontrado. Pero estoy paralizado, como en las películas en las que le gritas al idiota de la pantalla que corra, pero él se queda inmóvil, dejando que el peligro se acerque más de lo que debería.

Hay un hombre delante de Kailyn al que reconozco de inmediato como George. Fred levanta su arma, pero yo no. Estoy temblando y mirándola fijamente. La sangre le ha goteado y secado en un lado de su cara y tiene el ojo tan hinchado que parece irreal.

George se da la vuelta, me mira con cara de haber visto a un fantasma y reparo en que también él está sorprendido por el estado en que se encuentra Kailyn. Pero también parece

aliviado. Quizá porque soy yo quien está aquí y no Raoul Caruso.

Hago ademán de decirle algo, pero Fred avanza y entonces Kailyn pasa a la acción. Levanta la mano que tiene libre y apunta hacia delante con una pistola y el pulso firme.

Mi boca se abre para decirle que no apriete el gatillo, que ahora está a salvo, que hemos venido a por ella. Pero llego demasiado tarde.

¡Bam!

Los oídos me pitan cuando una bala sale del cañón de un arma.

—No —empiezo a gritar, con los ojos clavados en los de Kailyn. Ella clava los suyos en los míos, con la pistola temblando en sus pequeñas manos.

Y entonces nuestras miradas siguen al cuerpo que cae al suelo.

[LEA AQUÍ EL LIBRO 3](#)